

HUELLAS

IDA FINK



Lectulandia

Veinte relatos, veinte historias narradas alrededor del acontecimiento más oscuro del siglo xx: se sitúan antes, durante y después del Holocausto. Personajes que viven en el dolor y el espanto cotidianos, atravesados por la pérdida, enfrentados al miedo, la incredulidad, la barbarie... y sin embargo aferrados de manera inherente a la Vida, así, con mayúscula. Una estudiante que se acerca a la muerte plenamente consciente de no haber conocido el amor; el padre de un joven SS que no consigue asimilar la historia que le relata su hijo; una pareja que debe vivir largamente encerrada en un desván y en una imagen, un recuerdo, intolerable; personajes que recorren ciudades, pueblos, testimonios y rememoraciones en busca de los suyos, desaparecidos; sueños que cada noche vuelven, como variaciones de una siniestra composición, a la mente de un prisionero en un campo de exterminio; trenes con destinos y viajeros inciertos; imágenes cuya belleza estalla en la más absoluta desolación... Y mujeres, sobre todo mujeres, que son doblemente víctimas: de la Historia y de sus propias historias, de estas astillas desprendidas de las narraciones familiares, personales e íntimas. La de Ida Fink es una escritura que, como Szymborska en la poesía, no busca lo épico, lo trágico, lo sublime, sino que es portadora de lo mejor del arte del fragmento, que ennoblece y «metaforiza» la cotidianidad, el detalle, el evento, y los inserta líricamente en un contexto que trasciende una realidad que sólo en apariencia es insignificante. Como tantas veces se ha dicho, Ida Fink, víctima ella misma de la barbarie nazi, es sin duda la Chéjov del Holocausto, la mujer que mejor ha dado forma a ese horror informe.

Lectulandia

Ida Fink

Huellas

ePub r1.0

Titivillus 25.01.2017

Título original: *Slady*

Ida Fink, 1996

Traducción: Elżbieta Bortkiewicz

Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

En memoria de mi madre y mi padre

EL UMBRAL

EL PORCHE ERA DE MADERA, totalmente acristalado, con enormes ventanales. Hasta hacía poco las ventanas tenían visillos amarillos que recordaban el sol del mediodía. No era un color relajante para la vista, aunque sí alegre y tierno y que armonizaba a la perfección con las capuchinas que florecían en los arriates redondos y alargados, cultivadas personalmente por la madre. Este año tampoco había capuchinas. Despojada de los visillos y las flores, la fachada de la casa tenía un aspecto inusual y lamentable. Incluso estos detalles tan pequeños parecían probar que habían llegado tiempos extraños. La cancela, siempre cuidadosamente cerrada, pendía colgada de una bisagra, como si fuera el cuerpo de una persona desmayada, y las ventanas estaban cerradas a cal y canto, a pesar del maravilloso tiempo veraniego. La callejuela de la casa fluía soñolienta sobre los baches hacia los prados y el río, siguiendo la línea de verdes jardines y casitas de planta baja. Era la primera hora de la mañana del apenas recién comenzado mes de julio de 1941, la primera mañana silenciosa y tranquila después de días de gran pánico. Hacía apenas una semana los rusos habían abandonado la ciudad. Hacía una semana habían entrado los alemanes. Ya habían llevado a cabo el primer pogromo.

Elżbieta salió a hurtadillas de la casa. El ambiente en el porche era fresco, finos hilos de humedad corrían por los cristales de las ventanas. Se sentó en el sillón de mimbre, pálida pero tranquila. Constantemente pensaba en sus padres, que habían sido sorprendidos por la guerra en L., y tenía un solo deseo: que regresaran lo más pronto posible. Le parecía que con ellos volvería el orden y la tranquilidad, que todo sería como antes... casi como antes. Todavía era muy joven.

Cada día le ponía la correa a Czing y salía de paseo a las afueras de la ciudad.

—La playa es más segura —le explicó a Kuba—. Allí no llegará ningún alemán. ¿Crees que se les ocurriría pensar que los judíos pueden querer bañarse ahora?

Junto al río reinaba el silencio. Los álamos brillaban al sol, entre grises y verdes, esbeltos como columnas; el agua fluía perezosa, cubierta por las frezas dispersas y grises de las ranas. La arena despedía calor.

A menudo volvían al anochecer. Les daban la bienvenida las calles vacías, la atmósfera de cansancio y alivio después de un largo día. De los tugurios llegaban voces beodas, canciones cantadas en un idioma duro y ajeno.

—Nunca me gustó el alemán, ni siquiera en la escuela —se confesó ante Kuba—. Dime, ¿acaso no tenía razón?

Kuba calló, sonriendo. Era mucho mayor, sabía mucho más que Elżbieta, y tenía un conocimiento más preciso del mundo. La cogió delicadamente del brazo y la abrazó. Ella no se resistió. Le brindaba una sensación de seguridad.

—Mañana iremos al pueblo a por las patatas —dijo ella al despedirse delante del porche—. Tengo que comprarlas antes de que lleguen mis padres.

Sólo de pensar en ellos le entraban ganas de llorar. Ahora no, quizá más tarde, de noche, cuando nadie la ve...

Al día siguiente, trajeron las patatas con una carretilla.

—¡Dos sacos! Suficiente para mucho tiempo —estaba contenta—. Haremos *pierogi*^[1] y tortitas de patata. ¿Te gustan las tortitas?

La arruga desaparecía de la frente de Kuba cuando oía su voz y veía su cara joven, bronceada por el sol del verano.

Las tías y el tío le reprochaban a Elżbieta su comportamiento. Se mantenía a distancia de ellos, al igual que de todos los asuntos pavorosos e incomprensibles. Se había encerrado en su mundo, cuya entrada protegía celosamente. Viviendo bajo el mismo techo, apenas se veían. Elżbieta no cruzaba el umbral de aquella habitación, la de ellos, repleta de emanaciones de un tiempo hostil.

En vano intentaban explicárselo, abrirle los ojos, como decían. «¡Por ella todo resbala como el agua! ¡En la cabeza sólo tiene esos paseos suyos! En los tiempos que corren quiere ir de paseo. En estos tiempos...».

Los campos olían a manzanilla y a tomillo. Kuba y ella estaban tumbados en la hierba, aplastada y aromática, viendo pasar las horas.

—No puedo —dijo Elżbieta—. No puedo aceptarlo...

Kuba sacó del bolsillo una caja con tabaco, lio un cigarrillo, lo encendió.

—¿Aceptar qué? —preguntó.

Ella se sentó, con la mirada dibujó un semicírculo por todo el horizonte. Al este se veía el oscuro bosque de Lubianiec. Recordó la excursión escolar en el mes de mayo: con las flores en el pelo, empezó a reír. «¿Por qué te ríes?», le había preguntado la maestra. No quiso decírselo.

—¿Qué es lo que no puedes aceptar?

No contestó, pero preguntó:

—Y tú, Kuba, dime... ¿tú también amas tanto la vida?

Caminaban por la orilla, tal y como lo habían hecho antes, iban a la playa y a la pradera. Compraban manzanas a los campesinos y se las comían a lo largo del día. Al anochecer, Agafia hacía *pierogi* y ponía la fuente humeante en la mesa que había junto a la ventana. Detrás de la ventana crecían los lilos, detrás de los lilos estaba el jardín, detrás del jardín, el río. A veces, cuando yacía en la cama en medio de la oscuridad, sin poder conciliar el sueño, le llegaban trizas de conversaciones desde la habitación de las tías. Unas exclamaciones, unos suspiros. Entonces se tapaba los oídos con la almohada y estallaba en llanto. Czing, asombrado, lamía sus pies.

★ ★ ★

Dos jóvenes SS llevaban una hora desvalijando la casa. Metían en las maletas todo lo que les caía en las manos: cubiertos de plata, tapices, cuadros y porcelana. El tío había ido a trabajar y sólo quedaban las mujeres en casa. Las tías intentaron quejarse,

pero, tras haber sido duramente recriminadas, se retiraron a su cuarto, que tampoco se salvó del pillaje. A Elżbieta, la propietaria legal de la casa, la obligaron a presenciar el saqueo, servirles de guía e indicar dónde estaban las cosas. Subieron incluso al desván y se llevaron el cuadro de la mujer desnuda: un regalo que sus padres habían recibido en alguna ocasión, y que, como no soportaban, habían dejado en el desván. Se colgaba únicamente cuando el desafortunado benefactor venía de visita. A los SS el desnudo les gustó sobremanera. Riéndose, tocaban con la fusta los pechos de la mujer sentada con total indiferencia. Finalmente, cuando toda la casa hubo adquirido el aspecto de un campo de batalla, ordenaron que se les sirvieran una botella de vino y dos copas.

—Yo se lo llevo —susurró Agafia a Elżbieta.

Elżbieta salió a hurtadillas de la casa. El ambiente en el porche era fresco, finos hilos de humedad corrían por los cristales de las ventanas. «Volved de una vez», dijo dirigiéndose a sus ausentes padres. Permaneció sentada, pálida, muy fatigada. De la casa llegaban la risa fuerte y vulgar de los alemanes y los murmullos de rabia de Agafia. Después oyó un chasquido de cristal roto; se lo imaginó: habían roto las copas. Después oyó el ruido de sus pasos: se iban. La llamaron pegando un grito. Se puso de pie, de espaldas a la casa, tenía delante la callejuela sombría.

—¿Dónde está tu padre? —se acordó uno de ellos. Ella ni le miró, sumida en la contemplación del extenso castaño en el jardín del vecino, el boticario.

—Dein Vater!

—Mi padre está en el trabajo —mintió, sin dejar de contemplar el árbol.

En ese momento vio que algo se movía a lo lejos. ¿Un gato? Primero avistó una cara de niño, con los ojos atemorizados. Pensó: «¡Qué joven! ¿De dónde habrá salido? ¿Ahora? ¿Una semana después de la batalla?». El chico emergió por completo: el uniforme desgarrado, sin gorra, con el pelo alborotado como si acabara de despertarse de un largo sueño. Miró alrededor: la callejuela estaba vacía. A Elżbieta el grito se le atragantó.

—*Bitte* —dijo con esfuerzo, invitando a los SS otra vez dentro—. Hay una habitación más...

—*Was?* —chilló el mayor—. Vete a ver, Hans...

El muchacho ruso se acercaba a paso lento, era evidente que le fallaban las fuerzas. Veía claramente los galones y sus manos llenas de heridas.

—*Fertig!* Ya hemos estado allí —informó el más joven.

—*Na, dann ab*^[2]! —Dijeron que más tarde vendrían con coche, señalando las maletas repletas, para que no las tocaran. Se dirigieron hacia la puerta.

Elżbieta pensaba febrilmente: tengo que detenerlos hasta que el chico pase, debo retenerlos...

—*Bitte* —empezó tímidamente.

—¡Cállate! —cortó el mayor, convencido de que quería pedir que no se llevaran alguna cosa.

El muchacho se dio cuenta cuando estaba justo delante del porche: se encogió y echó a correr. El más joven de las SS lanzó un grito y le alcanzó corriendo.

—Ven —el mayor empujó a Elżbieta—. Vas a traducir.

—Preguntan dónde estabas escondido —dice Elżbieta. En ese momento tenía la voz suave y tierna de una hermana de la misericordia.

—Schneller, schneller^[3]...

El soldado calló. Elżbieta no soportaba mirarle a los ojos.

—No tengas miedo —le dijo—. No les diré nada, no tengas miedo...

Él movió los labios, susurró algunas palabras. Elżbieta comprendió sólo una: *zizn*. Vida.

—¿Qué ha dicho? ¡Traduce!

—¡Dejadle! —gritó con desesperación.

—Ich bitte, ich bitte^[4]...

El mayor de los SS la miró fijamente. Sus ojos eran azules como el cielo.

—¿Cuántos años tienes?

—Quince.

—Yo veinte. Y ya he matado a diecisiete. Éste de aquí será el décimo octavo. ¿Has visto alguna vez cómo se hace?

Elżbieta se retiró con lo que le quedaba de fuerzas —¡huir!—, pero sintió cómo el fuerte brazo le rodeó el cuello, la mejilla tocaba algo frío, algo que el SS llevaba en la mano.

—Schau mal, das ist so einfach^[5]...

Antes de cerrar los ojos, vio la mirada del chico, desconcertada, última.

Por la noche, Agafia y ella lo enterraron debajo del castaño, en el jardín del vecino, el boticario. En las habitaciones de las tías la luz ya estaba encendida, el *kasha*^[6] hervía en el fuego, llenando toda la estancia con su aroma. Había varias personas sentadas a la mesa.

—... Y después mataron a Goldman y a su hijo pequeño... —dijo el tío en voz muy baja.

Elżbieta entró en la habitación sin el menor ruido y ocupó un sitio en la mesa.

EL SEGUNDO PEDAZO DE TIEMPO

UNA VASTA DISTANCIA separa el viejo y el nuevo tiempo, el espacio entre la primera operación, a la que todavía llamábamos «redada», y la segunda, a la que por primera vez llamábamos con el término correcto: *Aktion*. El tiempo nuevo no expulsó de golpe al viejo, que estaba acomodado en las costumbres y los pensamientos; fue un proceso lento y apenas perceptible y, sin embargo, implacable y consecuente, que se completó irremisiblemente tras la segunda operación. Esta segunda *Aktion* tenía ciertas cualidades que la definían con más detalle.

El espacio que separaba las dos operaciones era una zona fronteriza. Empujados al límite del tiempo viejo, poco a poco, centímetro a centímetro, nos desplazábamos hacia el interior de la zona nueva, un progreso que retrocedía cientos de veces en el camino por culpa de esperanzas vanas y enrevesados cálculos, hasta que, sin saber cómo había ocurrido, nos encontramos en poder absoluto del tiempo nuevo, cercados por él definitivamente y de manera artera, hasta tal punto que al principio ninguno de nosotros se había dado cuenta de este estado de sitio.

Al valorar la situación recurriamos inconscientemente a las simplificaciones, llamando, en el lenguaje de la calle, a aquel empujar centímetro a centímetro hacia la zona nueva «represiones», sin intuir que la dosificación y la graduación de los centímetros de represión nos amoldarían a ella, generarían nuevas categorías de pensamiento y reacciones que en el tiempo viejo se hubieran considerado, sin duda alguna, enajenadas.

En nuestra vida diaria conservábamos aún los viejos hábitos y costumbres, tales como desvestirnos antes de ir a dormir o comer juntos en la mesa, y simplemente añadimos unos pocos nuevos. Así, por citar el ejemplo más sencillo, abandonamos el saludo o el inicio estereotipado de cualquier conversación con las palabras: «¿Qué tal estás?», «¿Qué hay de nuevo?», o bien: «Hoy hace calor», sustituyéndolas con frases como: «En T. hubo una operación, ¿está tranquila la ciudad?». O bien: «En el campo de Reckmann mataron a dos chicos». Dicho esto, ofrecíamos té de pétalos de rosa del jardín o cigarrillos de sucedáneo de tabaco, o cebada perlada, a la sazón la base de nuestro sustento.

En nuestro vocabulario brotaron palabras antes desconocidas y extrañas abreviaciones de términos demasiado largos, pero el vocablo *Aktion* alcanzó el rango de término cardinal, dominante en ese tiempo que algunos, cometiendo un error de ingenuos, solían llamar tiempo de guerra.

El espacio entre la primera y la segunda operación era extenso. Las hojas se desprendieron de los árboles, la nieve cayó abundantemente y el hielo del río que atravesaba la ciudad se rompió con su perezosa corriente, formando enormes charcas en la proximidad de los baños municipales, que, por primera vez —mas no por última—, la noche de la segunda *Aktion*, sirvieron de granero: allí encerraban la cosecha

humana antes de cada transporte.

Fue en la noche en que el hielo se rompió en el río. Se fragmentaba con estrépito, el agua rugía y la voz potente del caudal que llegaba desde el jardín ensordeció los pasos de aquel hombre: le vimos de repente, surgió en la puerta, jadeante y tembloroso. Antes de que hubiese dicho siquiera una palabra, lo supimos: éramos alumnos aventajados del tiempo nuevo, que acababa de empezar. Jadeante y tembloroso, volvió a incrustarse en la oscuridad para, un instante después, resurgir en el umbral de otra casa marcada con la estrella de David, como un mensajero que gritase: «¡Fuego!».

Todavía ignorábamos que esta *Aktion* era especial, que tenía algo que la diferenciaba de la anterior y de las siguientes, y todos, los mayores y los jóvenes, entre breves alaridos de impotencia, salimos corriendo de la casa hacia el enorme susurro del río, a la oscuridad espesa, confiando nuestro destino a los desnudos arbustos del jardín.

Corríamos en fila india por el sendero empapado, forrado de agua, entre el balbuceo de las olas y los crujidos del hielo, hasta que una llamada nos paró en seco. Alguien gritó: «¡Volved!».

¿Quién llamaba? ¿Quién, con qué palabras nos dijo que no estábamos en peligro porque éramos jóvenes y estábamos sanos, en cuerpo y mente? No lo sé. Una mancha oscura, ninguna imagen, ninguna palabra hasta el momento en que me encuentro de nuevo en la cocina, sentada en el banco junto a la ventana.

Estoy sentada en el banco, mi mano sostiene una rebanada de pan basto, la vela está agonizando, se oye el grito de una mujer y unos dedos aprietan un hombro.

Es la *Aktion* de los viejos, los enfermos y los minusválidos.

El alivio tuvo que ser enorme, es decir, el alivio según los términos del tiempo nuevo: una condena a muerte que se había revocado de repente. No recuerdo este alivio, pero mi presencia en la cocina es un testimonio irrefutable de que existió: sentada con una rebanada de pan en la mano, el modo en que lo desmenucé sin comerlo, a la luz feneciente de una vela, el único resplandor que diluía la oscuridad.

Hubo también otro resplandor, débil y breve, que duró apenas un segundo, dos, lo suficientemente largo para que pudiera ver unos dedos apretados sobre un hombro tapado con una zamarra hecha jirones y una cara femenina. El destello estuvo precedido por un grito agudo, como de pájaro, igualmente fino, que parecía venir de la calle, y cuanto más cercano más pajaril, menos surgido de una garganta humana sonaba.

Me pegué al cristal de la ventana, tenía la esperanza de que no fuese más que un pájaro nocturno, aplasté la cara húmeda de sudor en el cristal.

Siguiendo el grito llegaron, corriendo, unos pasos desacompañados, primero lejanos, luego más y más próximos. Se paraban cada dos por tres en su carrera, como si el corredor frenase de repente y luego, empujado con fuerza, reanudase el trote. Le acompañaba un grito incesante que, ahora, una vez acostumbrado el oído, ya no era el

grito de un pájaro, sino una voz humana, lastimosa y desesperada.

Hubiera pasado desapercibido en la oscuridad, sin nombre, si no hubiera sido por la fina espada del destello que cortó la noche, un pequeño foco blanco como un fuego artificial. Se apagó enseguida, pero conseguí verlo.

Primero, y todo en un segundo, vi el hombro ataviado con la zamarra y los dedos clavados en él, fuertes, agarrotados. Después, pero en un solo segundo, el rostro anciano de Perla, la pescadora, la loca del pueblo, que, con el dinero de las limosnas, compraba peces y los echaba al estanque. Nadie jamás había oído su voz, pues ella misma era tan silenciosa como un pez. Pero ahora chillaba. Gritaba que no quería ir al fusilamiento, pronunciando cuidadosamente esta palabra difícil, con dicción perfecta, sílaba tras sílaba. En el último momento le volvió la cordura y el habla.

Cuando el grito cesó y se restableció el silencio de nuevo, me senté en el banco, mascando el pan terroso a pequeños bocados. En un momento me comí la ración familiar para los próximos días.

Detrás de la ventana se esbozaba el contorno de los abetos y la línea dentada de la valla. Salí al porche, abrí la puerta y me quedé de pie en el umbral. El aire era fresco y húmedo, el susurro del río más suave, probablemente porque el agua había bajado durante la noche. El amanecer resplandecía pálido sobre la callejuela. El cacareo de los gallos interrumpió el silencio e, inmediatamente después, desde el fondo de la calle, surgieron tres figuras. Eran tres mujeres. Dos eran jóvenes y llevaban del brazo a una tercera, una anciana de pelo canoso, de cabeza pequeñita y temblorosa. «Ya está, ya se acabó, mamá, deja de tener miedo. Estás viva, mamá». Oí la voz de una de las jóvenes mientras que la otra, girándose hacia mí, dijo: «Escondimos a mamá en la bodega de las patatas».

A la mañana siguiente llegaron las primeras noticias. Provenían de los ferroviarios polacos, que hablaban de un tren compuesto de vagones de mercancías blanqueados con cal viva; mencionaban el nombre de un pueblo: Bełżec. Jamás habíamos oído hablar de él. El nombre traía a la memoria una canción popular que empezaba con «El pueblo de Belz, mi amado Belz», pero resultó que eran localidades completamente distintas.

ALINA Y SU DERROTA

DOS SEMANAS DESPUÉS de que los alemanes ocuparan la ciudad, el amigo de Alina le pidió que fuera a su casa y, de una manera sutil y sin levantar sospechas, interrogara a la casera sobre si los alemanes o los ucranianos habían preguntado por él y, si había sido así, si habían registrado la habitación que tenía alquilada. El amigo de Alina, periodista, era autor de algunos artículos virulentamente antihitlerianos.

Era una petición de mucho peso. En aquellos días, cada umbral se convertía en un camino hacia lo desconocido, o más aún, hacia algún desastre de naturaleza desconocida. Por supuesto, tampoco las cuatro paredes de una habitación suponían una protección. Aun así, la separación ilusoria del mundo exterior creaba una ficción de seguridad, lo cual no era poco entonces.

Al oír la petición de Antoni, Alina se levantó del sofá sobre el que ambos estaban descansando después del almuerzo —desde hacía dos semanas comían patatas espolvoreadas de azúcar: Antoni trajo las patatas, Alina disponía de una reserva de azúcar— y se acercó al espejo para maquillarse. Ahora siempre —las dos o tres veces que lo había hecho— salía muy arreglada, con rímel en las pestañas, colorete, y también se vestía con mucho esmero y elegancia. Ese cuidado en el aspecto físico tenía por objetivo disimular.

Al pintarse las cejas, se dio cuenta de que estaba muy pálida y de que le temblaba la mano.

—¿Es indispensable? —preguntó sin dejar de maquillarse—. ¿Y qué más da si han ido? De todos modos no volverás allí, te quedarás en mi casa...

—Es más que indispensable —replicó Antoni—; pero si no te apetece (no dijo: tienes miedo), no vayas. La mujer de Karol dijo que hoy todo estaba tranquilo —añadió.

—¡Qué va! —exclamó Alina—. Claro que iré. Recuerda que antes de ayer fui a ver a Irena, fui derechita, tranquilamente... Enseguida estoy lista.

De repente se sintió animada, despierta, incluso alegre. Era difícil saber qué le había causado este cambio de humor: la observación de la mujer de Karol o la suposición de Antoni de que «no le apetecía». De tanta animación se olvidó de que la casa de Irena estaba a dos pasos, mientras el piso de Antoni en el otro extremo de la ciudad.

«Claro que iré», pensaba extendiéndose el colorete en las mejillas. «Se tranquilizará cuando le diga que no le han estado buscando, porque estoy segura de que nadie ha preguntado por él...».

Se puso el vestido azul claro, un oscuro sombrero de paja y guantes.

—Estás preciosa —dijo Antoni, y remató dando un giro al tema—: Yo no puedo ir allí; además, no parezco judío, ¡parezco tres judíos juntos! ¡Como cientos, como una multitud de judíos!

—No exageremos —exclamó alegremente Alina—, ni con mi belleza ni con la multitud de judíos...

En el pasillo le cortó el camino la mujer del abogado, en cuya casa alquilaba la habitación.

—¿Sale? Es una locura... La mañana ha sido tranquila, pero acaba de llamar mi hija...

Alina sonrió con amabilidad y cerró la puerta detrás de sí con rapidez. La tarde era soleada y exuberante. La sombra de los plátanos descansaba en la acera, las flores de los alféizares esparcían sus aromas. A lo lejos, al final de la calle, sonaba el tranvía. Al principio caminaba ligera y despreocupadamente, pero, en la plaza donde se cruzaban varias líneas de tranvía, se topó con los primeros transeúntes y notó cómo se le endurecían los músculos de las piernas.

«En dos horas todo se acabará, volveré, me sentaré en el sofá y contaré cómo se me estaban endureciendo las pantorrillas». Siguió su marcha sin aminorar el paso, a pesar de la presión del miedo.

Decidió hacer todo el camino a pie. Ni Antoni ni ella confiaban en los tranvías ahora; además, sólo podría llegar hasta la politécnica, desde donde aún quedaba un buen trecho hasta la casa de Antoni.

La ciudad estaba silenciosa, parecía deshabitada después de la sangrienta tormenta que en los últimos días se había precipitado sobre sus calles y sus casas. La quietud muerta amedrentaba, el silencio amenazaba con una emboscada, irritaba los nervios. Cuanto más se adentraba en la ciudad descubierta y desnuda, casi deshabitada, tanto más se apoderaba de ella el pánico.

Siguió caminando, a regañadientes, colmada de una creciente ira contra Antoni. Toda esta expedición le pareció de repente un total sinsentido, efecto de una imaginación hipersensible.

Estaba a punto de echarse a llorar, se decía que era una idiota, se retorció de miedo, pero seguía el camino.

De este modo hizo la mitad del recorrido y giró en la ancha y arbolada calle Pelczynska. Era la calle donde se había instalado la Gestapo. Se había convertido en mucho más que una calle: era un término, un concepto. «Lo llevaron a Pelczynska», decían, y no eran necesarios más comentarios adicionales.

Enredada en el miedo, con la mente portando un interminable diálogo con Antoni sobre el sinsentido de su misión, ni siquiera se daba cuenta por qué calle transitaba.

De repente se paró como clavada en el suelo. A una distancia de cincuenta metros la calzada estaba bloqueada por camiones. Algunos tipos de la Gestapo estaban yendo y viniendo por la acera delante del edificio, un grupo de personas acababa de desaparecer detrás del portal. Los alemanes iban y venían. Los camiones se alejaron.

—¿Están cogiendo a la gente? —preguntó Alina a un muchacho que acababa de pasar al lado de los alemanes y seguía tranquilamente su camino.

—Piden la documentación, pero no a todos, sólo a aquellos que no les gustan. A

usted —el muchacho la miró con admiración— no la van a molestar...

«Seguro que no, pasaré tranquilamente como si nada», se dijo, incapaz de dar un solo paso. Permaneció desesperada forcejeando consigo misma. Llegó otro camión y un nuevo grupo de personas desapareció detrás del portón, y los de la Gestapo caminaban por la acera de aquí para allá...

Se quedó allí de pie largo rato, desesperada. Finalmente se rindió.

Tomó el camino de regreso destrozada. El pánico se desvaneció, ya no tenía miedo de nada. No era capaz de pensar en nada, excepto en su derrota y en cómo se presentaría ante Antoni y qué le diría. Su desesperación, al igual que el miedo de hacía apenas un instante, aumentaba violentamente, y llegó un momento en que Alina ya no estaba segura de si no hubiera sido mejor que la cogieran...

Cuando entró en la habitación, Antoni se levantó de un salto del sofá.

—¿Han ido?!

La impaciencia de la pregunta, la mirada ávida de respuesta la despojaron de lo que le quedaba de fuerza.

—No estuve allí... —dijo, pero él no la oyó bien. Comprendió «no estuvieron» y su rostro se iluminó.

—No estuve allí.

—¿No has ido? ¿No has podido llegar? ¿Otra vez las cosas no están tranquilas?

—Llegué hasta Pelczynska y ya no pude seguir más. Ante la Gestapo pedían documentación. Quise seguir, pero no pude.

Antoni apretó los labios.

—Has hecho bien —dijo—. Si no hubiera salido bien...

—Iré mañana.

Era un lamentable intento de salvar la cara.

—Ya veremos qué pasa mañana... Quizá vayamos juntos. Quizá vaya yo solo. No te preocupes, no pienses en ello...

La tarde transcurrió en silencio. Antoni estuvo leyendo un libro, Alina fue a la cocina a cocer las patatas.

—¿Ha tenido suerte!

La mujer de Karol, la sirvienta de la casa, estaba sentada junto a la estufa, dispuesta a charlar, como siempre.

—La casera me dijo que había ido usted a la ciudad... La mañana estaba tranquila, pero luego hubo redadas. Redadas en la plaza, redadas más allá del puente. Qué suerte que haya logrado volver... ¿El señor Antoni se queda a pasar la noche? ¿Y dónde va a dormir? En su habitación hay una sola cama...

—Supongo que tendrá que dormir con usted —replicó Alina, irritada.

En la cena, Antoni se explayó ampliamente sobre la arquitectura de las iglesias románicas en Francia. Alina tragaba con dificultad las patatas dulces y pensaba que ya jamás las cosas serían como antes. No debería ser así, no precisamente ahora, cuando tendrían que estar más cerca que nunca.

Se acostó la primera. Antoni se quedó chapoteando largo rato en el cuarto de baño.

«La guerra es guerra; la vergüenza, vergüenza», oyó la sentencia de la sirvienta pronunciada en la cocina en voz muy alta, a propósito.

—¿Has oído? —Antoni se partía de risa—. Pensamientos de oro, pensamientos sanos. ¿Estás avergonzada?

«Tendría que haber continuado, tendría que haber continuado», pensaba ella.

Yacía insomne, las horas caían una tras otra del reloj del campanario. Sólo al amanecer logró dormirse.

En sueños iba por la calle, un joven alemán le cerraba el paso y la empujaba hacia el portón, era el portón de una iglesia románica. El alemán tenía la cara del muchacho que estaba seguro de que no la molestarían. «Me cogieron», pensó con alegría, y durante un breve momento, en el sueño, se sintió en paz.

ZYGMUNT

ERA EL AÑO 1941, principios de junio. El sol reverberaba en el agua clorada de la piscina que había junto al parque. El mundo era verde y soleado. Nos preguntábamos: ¿qué tonos musicales le corresponden al color verde? Por las mañanas, a las ocho, nos dirigíamos allí con el fin de resolver tareas de contrapunto y armonía —ya había empezado el tiempo de exámenes—, y en las carpetas, además de notas y libros, llevábamos bañadores.

Estaban Franka, Rysiek y Ala, que morirían algunos meses después. Franka, con su cara ancha y plana y unas estupendas piernas, admiradora de Bach y del jazz; Rysiek, compositor, esbelto y delicado. Pero todo esto no va con ellos. Tiene que ver con Zygmunt, un muchacho de una lejana provincia, pequeño y discreto, algo arrogante, diríase malquerido. A veces me hacía una visita y la señora H., que me alquilaba la habitación, decía que estaba prendado de mí. No creo que fuese verdad. Creo, en cambio, que Zygmunt buscaba desesperadamente la amistad y que, dado su carácter seco, cada vez que intentaba agarrarla, se le escapaba de las manos. Estaba en un curso superior de la carrera y era sabido que trabajaba mucho, se pasaba días enteros tocando. Estaba preparando un programa amplio y difícil para el examen. Más de una vez le prometí que pasaría por su casa para escucharle —se le veía ávido de alabanzas y elogios—, pero, enfrascada como estaba en los exámenes y, sobre todo, en el amor, aplazaba la visita día tras día.

Cuando por fin me decidí estábamos ya a mediados de junio, pasado el día quince. Ya se hablaba de la guerra abiertamente y con temor.

Zygmunt tenía una habitación arreglada con gusto: libros, cuadros, flores. Era un perfeccionista con un sentido de la estética fuertemente desarrollado. Me senté en el sofá y escuché el tercer concierto de Beethoven. Tocaba muy bien: seguridad, fuerza y una técnica infalible, que conseguía gracias a sus largos y elásticos dedos. Pero, como dicen, sin corazón. Cuando terminó le dije que todo estaba bien «encajado». Parecía contento.

Pocos días después llegó la guerra. En los primeros días conocí el miedo de las bombas, un miedo infantil y ridículo en comparación con aquél de los días venideros: el miedo de la gente.

Los camiones cubiertos con lona recorrían las calles de la ciudad llevándose a los judíos a destinos desconocidos. La muerte se convirtió en el pan de cada día, se hablaba de ella con total naturalidad, en la cola de la panadería; el miedo se tornó una circunstancia natural. En las casas sonaban las primeras, elementales palabras del nuevo idioma: *aufmachen*, *raus*, *los*^[7]. El aspecto de la gente no era el mismo: otra expresión en los ojos, otras miradas, otra manera de andar, un nuevo rictus en los labios.

Me encontré con Zygmunt. También él me pareció cambiado. Dijo que hacía tres

semanas que le habían sacado de su casa. Pensó que aquello era el fin, pero no, ahora estaba trabajando en las afueras de la ciudad, en la nivelación de un terreno destinado al aeropuerto. Le contesté que tenía mucha suerte, a lo que sonrió ligeramente y de modo extraño.

Nos despedimos rápidamente. ¿Quién, en esos tiempos, tenía paciencia para amistosas charlas, para interesarse por el destino ajeno? Éramos egoístas.

Giré en una callejuela lateral, poco frecuentada —es decir: segura—, y sólo entonces recordé un detalle del rostro de Zygmunt. Parecía macilento, cubierto de manchas.

Algún tiempo después, pasé por los alrededores de su casa. Estaba totalmente agotada por la tarea de abrillantar los suelos del ayuntamiento —el final feliz de una redada callejera—, y sentí el deseo de escuchar música.

Pasé por la casa de Zygmunt. Nadie contestaba a mis llamadas. Grité:

—¡Abre, que soy yo! —y presioné la manivela.

En la habitación reinaba la penumbra, los visillos estaban corridos. Zygmunt yacía en el sofá. No se levantó para recibirme, ni tampoco se movió. Dijo con voz sorda:

—Pasa, pasa... —y seguía inmóvil, sin decir ni una palabra más.

—¿Te he despertado?

—No estaba dormido.

—Pasaba por aquí y pensé que quizá me tocarías algo... Pero no te molesto, vendré otro día...

Ya daba la vuelta para alcanzar la puerta cuando él, de un movimiento repentino, se levantó del sofá, se sentó ante el piano, abrió el teclado y sin el instante de vacilación ni concentración que suele preceder a la interpretación, tocó con impaciencia dos breves pasajes en do menor. ¡Sonaron como un grito! Sentí un estremecimiento, un escalofrío. Su modo de tocar no era seco en absoluto, nada artificial, era música pura que llegaba hasta el fondo del corazón. El tercer concierto de Beethoven me hizo olvidarme de todo.

Zygmunt finalizó la primera parte, esperó a que se apagara el último sonido (era un perfeccionista) y, en vez de retomar el calmado acorde en mi mayor que daba inicio a la segunda parte, tal como era de esperar, dijo:

—¿Sabes? Allí nos pegan terriblemente.

Lo comprendí pasado un instante, sin saber qué contestar. El miedo se apoderó de mí.

—*Terriblemente* —repitió—. Nos dan patadas. Mira...

Se desabrochó la camisa a la altura del pecho. En la penumbra poco pude apreciar, me acordé de su cara.

—Entonces, ¿por qué sigues yendo?

Callaba. Estaba sentado, encorvado, sujetándose la cabeza con ambas manos.

—Al principio éramos unos veinte —dijo pasado un instante—. Quedan catorce.

—¿Y a los demás?

—Sí... sí... A todos...

—¡No vayas más!

—Apuntaron nuestras direcciones, vendrán a por mí...

—Quizá no vengán... No vuelvas.

—Cada mañana me digo: «No vayas, arriésgate...». Y cada día vuelvo. Antes de que vinieras estaba tumbado pensando en cómo me pegarían mañana.

—¡Zygmunt! —grité—. ¿Qué pasa contigo? Reacciona... Eso no puede ser... ¡Estás enfermo!

—Sé que no puede ser, tienes razón... Pero no puedo. No soy capaz.

—Zygmunt —dije ya en voz baja y calmada—. Haz algo, defiéndete, ¿me oyes? Debes hacer algo... Debes, de alguna manera...

Sonrió. Y me di cuenta de que era la sonrisa benévola con la que un hombre responde a las tonterías de un niño.

Zygmunt murió. No sé cuándo, no sé cómo. Nunca perteneció al círculo de mis más allegados y reconozco que recibí la noticia sobre su muerte —que me llegó una vez terminada la guerra— con una clase de tristeza indiferente. ¡Había que llorar por tanta gente cercana y querida!

ASCENSO

LAS VACACIONES DE ERNST están llegando a su fin. Emilia cada día hace una tarta dulce sembrada de grumitos de mantequilla y azúcar, y prepara verdadero café que los tres beben cada anocheecer, tras volver del campo. ¡Le vino bien este periodo de vacaciones en la época de la recolección! Hay trabajo a mansalva y Ernst es joven y fuerte, hábilmente clava la horca en las pacas y con soltura, sin esfuerzo, una tras otra, las lanza al carro. El viejo Hans apenas tiene tiempo para colocarlas, atareado y sudoroso; la sangre le golpea la cara por la prisa y el calor. Pero sonrío orgulloso y feliz: ¡ha tenido suerte con este hijo! Trabajador, hábil: el trabajo le cunde una barbaridad. ¡Y esos músculos! Es un mozo guapísimo, alto y deportista. Ni un gramo de grasa, todo músculo, y la piel lisa y tersa. Su pelo, que aún hace dos años tiraba a pelirrojo (como el de Emilia), tenía ahora el color del trigo maduro. No es extraño que Anne-Marie, la hija de los Müller de la *Wirtschaft*^[8] pasee cada atardecer delante de la casa. Hace dos años Müller le hubiera dado un azote: ¡habrase visto, correr detrás de un hijo de campesinos! ¡Cinco hectáreas es una pequeñez para Müller! Y ahora... El uniforme hace mucho, la medalla en el pecho también. Y él, Hans, no tiene nada en contra. Que acabe la guerra y entonces...

—*Vater!* ¿Qué pasa contigo? ¿Voy demasiado rápido?

—Todo en orden Ernst, el ritmo va como debe ser...

De nuevo una ligera contracción de músculos, el movimiento fluido de brazos musculosos, y a los pies del viejo aterriza otra paca de centeno seco y crujiante.

Y no salía para nada con la de los Müller, lo más dos, tres veces. Prefería quedarse con ellos, los viejos, en la habitación para las visitas, limpiada y ordenada especialmente para su llegada, y donde, en una vitrina acristalada, se guardan los recuerdos del viaje de novios: la taza de cristal rojo y el cenicero con el letrero O HEIDELBERG, DU SCHÖNE STADT^[9]. Se sentaba con ellos, sus viejos, jugaba al ajedrez y tocaba la armónica, cantaba con su voz profunda y sonora las nuevas canciones de la nueva guerra y, como cuando tenía quince años y era aprendiz en la herrería, limpiaba los zapatos de su madre. «Nadie sabe sacarles brillo como Ernst», suspiraba Emilia durante la ausencia del hijo, repitiéndolo cada anocheecer, sentada en la escalera ante un montón de zuecos de madera que hacía falta limpiar de barro, engrasar y pulir. Había acabado por acostumbrarse a hacerlo, día tras día, durante dos años, en los cuales Ernst luchaba en el Este, en el salvaje y lejano país llamado Polonia. Dos días más y Hans volverá a oír: «Nadie como Ernst...».

En este último mes ya se ha desacostumbrado. Ernst sacaba brillo a los zapatos y los zuecos, llevaba la leche a la cooperativa, limpiaba el establo, enjaezaba los caballos al carro y, acariciando la melena pelirroja de Emilia, decía: *Meine kleine, liebe Mutter*^[10]... y ella reía, orgullosa y feliz como él en ese momento, cuando mira la silueta bien formada de su hijo levantando las mieses de trigo.

—Se acabó. El carro está lleno.

Ahora puede tumbarse tranquilamente sobre los abultados montículos; Ernst llevará las vacas que, balanceándose como mujeres encintas, bajarán paso a paso, al valle, al pueblo.

Gott im Himmel!^[11] La vida es bella... Hasta donde alcanza la vista: montañas, bosques, tierra fértil, la riqueza de los árboles frutales...

—*In der Heimat, in der Heimat*^[12] —canta Ernst, buen hijo, valiente soldado, *Untersturmbannführer SS*.

Después de la cena Emilia recoge la mesa, friega mientras ellos se sientan con un vaso de sidra joven en la mano. En la cocina flota el aroma de la tarta hecha para el viaje. Por la puerta entreabierta de la habitación se ve el uniforme recién lavado y planchado, extendido sobre la cama.

Emilia cierra la puerta tras de sí. Que hablen entre ellos esta última noche.

—Así que te vas mañana... —dice el viejo vertiendo en los vasos el vino ácido y verdoso.

—Sí, padre. A las siete de la tarde sale mi tren.

—Ha pasado muy rápido...

—Qué remedio... Basta de hacer el vago. He de reconocer que, aunque estoy muy bien con vosotros y os quiero mucho, me alegra volver al servicio.

—Eres muy valiente, hijo, estamos orgullosos de ti. Gracias a ti no me preocupa la vejez. Sólo quisiera que la guerra terminase pronto y que volvieses a casa con nosotros...

—El Führer promete que la guerra terminará pronto. La victoria está cerca.

El viejo cabecea pensativo.

—Me temo que colgarás más de una medalla en ese pecho antes de que lleguemos al final de esta guerra...

—¿Tienes miedo? Deberías alegrarte, padre...

—Y así es. Me alegro y tengo miedo. Toda esta historia tarda ya demasiado, en mis tiempos... Ernst —dice después—, no nos has contado mucho de lo que has estado haciendo durante estos dos años, lo sé, no te gusta hablar de ti, no te gusta presumir. Sin embargo, a tu padre le gustaría oír... Tu última condecoración y el ascenso han sido una gran alegría para nosotros. El mismísimo secretario del partido de nuestro pueblo vino a felicitarnos. Madre hizo unos buñuelos...

—Padre, hay asuntos de los que no se debe hablar —responde el joven.

—¿Tampoco con los padres?

—Ni con los padres, ni con las madres.

—Yo también fui soldado. Ernst, sé lo que es la guerra. A mí me lo puedes contar con toda confianza, no te fallaré.

Ernst levanta el vaso a la altura de los ojos, observa atentamente el verdor del vino, entrecierra sus pestañas cortas pero espesas de color rojizo. Finalmente suelta una carcajada silenciosa.

—Me dieron la condecoración y el ascenso gracias a la cobardía de Walter Pffanne. Es mi camarada. Un blandengue forrado de gallina y un histérico. Me parece raro que le hayan aceptado en las SS, será porque tiene un buen padrino...

Se nota, apenas perceptible, orgullo en estas palabras. Porque él, Ernst, no necesitó de ningún enchufe. Uno ochenta de altura, tipo nórdico, comportamiento modélico en el ejército...

—Te escucho, hijo mío.

—Muy bien, padre, te lo voy a contar.

Se endereza sentado en la silla, enciende un cigarrillo. Con el rabillo del ojo el viejo ve a Anne-Marie que, con un vestido nuevo, se para delante de su casa.

—No es nada fea —guiña el ojo al hijo.

—Aquella tampoco era fea...

—¿Aquella? —pregunta, aunque, impaciente por oír el relato del hijo, no quiere digresiones.

—Una... Porque la verdad es que no le debo el ascenso sólo a Walter. También a ella. —«¿Está Ernst en casa?», se oye la voz de Anne-Marie, y seguidamente la respuesta de Emilia: «Sí que está, pero ocupado. Ven en una hora». Es una mujercita impaciente, piensa el viejo. Vaya, vaya, la prisa que tiene. ¡La finca de Müller vale buen dinero! Mira al hijo, expectante.

—Es una historia corta, *Vater*. Estábamos realizando una operación de limpieza en los territorios de *Distrikt Galizien*. En un pueblo sacamos a los judíos a los campos en las afueras y allí... ya sabes... —chasquea los dedos como un mago en el momento más importante de su truco. Un temblor recorre el cuerpo del viejo, pero el hijo no se percata de ello.

—Era tarde, teníamos prisa por terminar antes del anochecer...

Interrumpe, echa un trago de vino, se desabrocha el cuello de la camisa.

—Disparábamos por turnos, primero Georg, después Gottfried, después yo y al final Walter. Me estaba dirigiendo al camión cuando, de repente, oí la voz del *Sturmbannführer* gritando: «Los!» Me di la vuelta. En el campo había una sola muchacha, de pie. Tenía dieciséis o diecisiete años. Estaba desnuda, trataba de taparse con las manos. «*Ich kann nicht*^[13]», dijo Walter, una y otra vez: no puedo... «Los!»: la orden sonó por segunda vez. Walter permaneció inmóvil, con los brazos caídos, el rostro blanco... «Walter Pffanne», exclamó el *Sturmbannführer* Jeske, «¡es una orden!». Pero él dijo por tercera vez: «No puedo»...

—¡Cobarde! —gritó Jeske. Entonces me acerqué, descerrajé el fusil y apunté. Este suceso, aparentemente, y digo *aparentemente*, insignificante, fue decisivo para mi ascenso.

Bebió el vino de un trago y dejó el vaso dando un golpe en la mesa. En sus mejillas aparecieron dos manchas rojas de rubor. El viejo permanecía inmóvil, con la boca abierta, como en un mal sueño. De repente se estremeció y gritó:

—¡Emilia! ¡Rápido! ¡Emilia!

Ella entró corriendo en la habitación, asustada.

—¡Dios mío!, ¿qué pasa, Hans? ¿Qué pasa, Ernst?

No comprendió la mirada con la que el hijo observaba al padre.

—Nada, nada, no pasa nada, Emilia —dijo el viejo pasado un momento—. Nada... —Pero ella presintió que no era verdad.

EUGENIA

Apuntes para una biografía

UN PASEO POR LA CUMBRE de la Colina del Castillo, plana como una mesa. Encima del camino, una nube de ramas verdes de los árboles del parque; bajo los árboles, los bancos vacíos a la hora del sol ardiente. El paseo también estaba vacío, excepto por Eugenia y por mí, nosotras dos solas en este paseo, el lugar preferido de los habitantes de la ciudad. Nuestros padres ya han desaparecido detrás de la puerta del parque, sólo nosotras dos, y a nuestros pies las casas y los jardines, el río soñoliento y el estanque gris e inmóvil. Todo parece petrificado en la canicular tarde de julio.

Que era julio se sabe por la fecha escrita en el reverso de una foto, hecha dos horas más tarde, anotada por mi madre: el 15 de julio de 1937. Fue precisamente aquel día cuando, de camino a la merienda en casa de una amiga de mi madre, la tierna Malwina, Eugenia dijo de repente esa extraña frase. Así, de repente, dijo que querría morir en un accidente de coche, un bello y soleado día, en un sinuoso camino en la montaña, en la plenitud del gozo por la belleza de la vida y la naturaleza. Una fracción de segundo, el coche al precipicio, y se acabó. La miré con estupor. Yo tenía trece años y ella cerca de cuarenta, y todas nuestras conversaciones solían girar alrededor de asuntos cotidianos: el colegio, los libros, las amigas.

Por otro lado, se presentaban pocas ocasiones de conversar, porque ella vivía lejos, en la cuenca minera, a un paso de los alemanes, mientras nosotros vivíamos en el este, a un paso de los rusos. Venía solamente una vez al año, de vacaciones, de visita en casa de su hermana mayor. Dormía en el comedor, en el estrecho diván, ideal para ella porque era menuda y frágil; decían que fue la consecuencia de los años de hambre de la Primera Guerra Mundial. De aquellos años era también su dedo de la mano derecha, el quinto, el más pequeño y aún más reducido por la operación. Colgaba inerte, gracioso, siempre con una cuidada manicura con esmalte rosa. Toda Eugenia era cuidadosa: tanto en su aspecto como en todo lo que hacía y, ciertamente, con igual perfección estenografiaba cartas comerciales en tres idiomas: era secretaria del director del consorcio minero en una ciudad llena de humo y alemanes. Después, más de una vez pensé que ese entorno alemán en el que vivía era la causa de su cuidado y su exagerada pedantería.

Tenía la cara redonda, los rasgos delicados. Calzaba zapatos minúsculos, una talla 34. Al anochecer cerraba las puertas del balcón a cal y canto: tenía miedo de que las ranas saltaran desde el jardín.

Aquel día de julio, la miré, sorprendida por su inesperada confesión, el anhelo de una muerte violenta en un bello paisaje, pronunciado en voz alta. Quise decir algo, preguntar por qué era presa de este tipo de pensamientos, pero ella no esperó a mis palabras y siguió hablando, actuaba como si no hubiese estado hablando conmigo, avanzando a un paso apresurado, llevada por sus flacas piernecillas, con su vestido de

color de guinda madura, que me regalaría algunos años después y que yo llevaba puesto precisamente el día que me llevaron al campo de trabajo de Liegenschaft.

Apenas escribo «campo de trabajo de Liegenschaft» (en realidad, se anota solo), el paseo de la Colina del Castillo desaparece por unos segundos y en su lugar surge un patatal entre la niebla gris y se oyen los gritos de los vigilantes ucranianos... Sólo durante unos segundos. Porque henos aquí de nuevo, emergiendo de la niebla: Eugenia acelera el paso y no me mira a mí, sino el estanque lejano, inmóvil; la coqueta gorrita colocada de lado que lleva en la cabeza se asemeja a un nido de pájaro. Una fracción de segundo, el coche cae al precipicio... Hoy me digo: qué deseo más sabio.

Acabábamos de atravesar la puerta del parque, al fondo apareció la casa de doña Malwina y de su bigotudo marido, el porche con la mesa puesta para la merienda y, delante del porche, mis padres saludando a los anfitriones y a su ya no tan joven, aunque apuesto, hijo. Fue él quien nos fotografiaría después en el césped bajo los pinos con su máquina con temporizador, de modo que también él figura en la foto. De pie, con un cigarrillo en la mano, observando a Eugenia con los ojos semicerrados, con atención y benevolencia. Ella gira la cabeza y mira a un lado. Sólo después de la guerra, al contemplar esta foto salvada milagrosamente, me fijé en la mirada benevolente y el giro de la cabeza, y pensé que quizá la amiga de mi madre y ella misma, mi madre, ambas, tenían un silencioso plan, una esperanza: una tenía un hijo ya no tan joven, soltero, la otra una hermana soltera, ya tampoco joven...

Dos días después de la merienda Eugenia se marchó inesperadamente. Su salida fue precedida por una llamada interurbana, también inesperada dado que nadie jamás la llamaba. Habló muy poco por teléfono, tras lo cual anunció que al día siguiente volvía a su casa. Mi madre la miró sin decir una palabra. Por la mañana cogimos un simón para ir a la estación. El verano era seco, los árboles del camino estaban cubiertos de polvo. El simón rodó derecho hasta la bifurcación de caminos a las afueras y allí giró a la derecha, rumbo a la estación.

Tenemos por delante cinco años todavía; nosotros y Eugenia. Cinco años más tarde, de entre todos nosotros, sólo ella seguirá el mismo camino recorrido ahora por el simón; pero en la bifurcación girará a la izquierda, en un camino campestre. No hay allí colinas, ni curvas, el paisaje es plano, estepario. Cinco años delante de nosotros todavía.

El tren llegó vacío; volvía de la estación que hay en la frontera. Eugenia se posó en la ventana, menuda y en la soledad de pasillos y compartimentos. Se despidió agitando su dedo inerte.

Al anochecer, a la hora de regar los arriates, nuestra vecina Paulina preguntó a mi madre:

- ¿Y por qué tu Gienia no se casa? Tan guapa, educada, con un buen trabajo...
- Será que hasta ahora no ha encontrado a nadie con quien quiera estar.
- Los años pasan, ya no es tan joven...

—¿A ti también te ha salido tanto pulgón en los rosales? Es una verdadera plaga —dijo mi madre.



Se fue en verano, y volvió en invierno. Era el año 1938. Volvió en invierno aunque las heladas le daban pánico y aquí, a un paso de los rusos, el mercurio del termómetro caía en picado. Tampoco le gustaba la nieve, que formaba imponentes montículos cuando despejábamos el camino hacia la casa. Sin embargo, vino.

Era el año 1938, el quinto año de Hitler en Berlín, y ya se sabía (por supuesto, *grosso modo*) qué se estaba cociendo. Los de las camisas de color pardo habían promulgado varias órdenes y prohibiciones, y cierto alemán de la cuenca minera, médico de profesión, cuya existencia conocí sólo después de la guerra, aquel amigo alemán de Eugenia, rodeado de silencio y misterio, a lo largo de muchos años se había negado a cumplirlas. Sólo aquel último y severo invierno cambió de parecer inesperadamente. Inesperadamente para Eugenia, ya que, sin duda, él mismo ya habría sopesado ese paso antes. Julia, la otra hermana de mi madre, decía que era mayor que Eugenia, un poco calvo, que tenía una cara bonachona y unos ojos pensativos. Le conocía sólo por fotografías, ella misma nunca le había visto, ni ella ni nadie de la familia.

Me lo contó en un bello y extenso parque que se conservó intacto durante la guerra, en medio de una ciudad derruida que hasta hacía muy poco era alemana. De modo que, por una lógica sucesión de asociaciones, me recordó nuestro parque en la Colina del Castillo, y la frase pronunciada entonces por Eugenia en el paseo volvió hada mí palabra tras palabra (ignoraba que estuviera tan incrustada en mi memoria). También pensé que aquel hombre bonachón de ojos pensativos, convertido en el quinto año de Hitler, seguramente abandonó a Eugenia entonces, a la llegada de aquel invierno.

—No molestéis a Gienia —decía madre—, tiene que descansar, está agotada por el trabajo y su organismo necesita tranquilidad... —Los ojos de Agafia lanzaban relámpagos de ira, murmuraba algo, pero encendía obedientemente las estufas dos veces al día para que tuviéramos calor; sin embargo Eugenia, de todos modos, parecía como si tuviera frío. Se acostaba pronto en su pequeño diván, delante del cual, cuidadosamente colocadas, una junto a otra, hacían guardia las zapatillas de Zakopane adornadas con llamativos bordados. Lo recuerdo muy bien. También la cara de Eugenia, empequeñecida y demacrada...

—¿Y ése, el bonachón, qué? —le pregunté a Julia.

—Se fue a Alemania. Es lo único que nos dijo: ni una palabra más.

—A la Wehrmacht no lo llevaron porque era demasiado viejo, pero ¿quién sabe? ¿Quizá le hicieran médico en algún campo de concentración?

Julia replicó que no le gustaba especular, que ya bastaba con sobrellevar lo que sabía: «Le robó sus mejores años; Eugenia tardó mucho tiempo en levantar cabeza. Y

después, ya era demasiado tarde».

El parque intacto en la ciudad derruida tiene enormes claros, avenidas sombreadas, los riachuelos susurran suavemente...

«Maravillada por la belleza de la vida...». Sólo ahora me llega el *pathos* de estas palabras, sólo ahora las comprendo.

Callo, y Julia calla también. Caminamos entre los árboles, las bellotas chasquean bajo los pies. Callamos, cada una enredada en sus pensamientos.



Un año más tarde, vino a casa para quedarse para siempre. Huyó de la cuenca minera. Los alemanes estaban ya a un paso de nosotros, sobre el río Bug, separado de nuestra minúscula Gniezna por un espacio no demasiado grande.

El término «para siempre» significaba que Eugenia no pensaba irse a ninguna parte, se quedaría con nosotros hasta el fin de la guerra. Más tarde estas palabras adquirirían un sentido distinto. En cuanto a la guerra, no se sabía cuánto duraría: unos decían que mucho, otros que poco, unos y otros sabían lo mismo que nada, no tenían ni idea de lo que les aguardaba.

Eugenia, aún más menuda que antes, como encogida y silenciosa, raras veces salía de casa, y mantenía largas conversaciones con mi madre. Por la mañana se ataba el pañuelo en la cabeza para proteger su pelo de la suciedad, y cuidadosa, sistemáticamente, se ponía a quitar el polvo de los libros en la biblioteca, lamentándose a media voz de que Dostoievski estaba lleno de porquería y Heine muy manoseado, con las páginas dobladas. Agafia se enfadaba con ella por meterse en lo que no le incumbía. Por las noches Eugenia se sentaba junto a la radio, giraba el mando y cuando los chillidos en alemán explotaban en el altavoz, se ponía las manos en las sienes como si de repente le entrara dolor de cabeza.

En cambio, Paulina, la vecina, volvía erre que erre.

—Tu hermana es una solitaria, el hijo del boticario está detrás de ella, deberías aconsejarle...

Madre callaba, quizá con este silencio daba la razón a Paulina...

Los alemanes estaban a un paso de nosotros. Los rusos estaban ya con nosotros.

La casa encogió, dos habitaciones fueron requisadas por oficiales soviéticos. Eran tres: el mayor de edad y de rango, admirador de Bach, nos advirtió que tuviéramos cuidado con el del medio, porque era un *politruk*, un oficial político. En cambio, el más joven, hermoso con una belleza insolente, apenas hubo llegado le pidió a Agafia que le llevase a la iglesia ortodoxa, preferiblemente al anochecer, cuando estuviese oscuro.

El mayor de edad y rango, poco después, salvó a Eugenia de un transporte a Siberia: al haberla defendido, sin quererlo, la condenó a muerte. Pero ella, feliz, le daba las gracias por haberla sacado del transporte, que tardaría semanas y semanas en llegar al norte de la taiga.

¿Eugenia feliz, dije? Mal dicho. Jamás la vi feliz, tampoco cuando se reía. O quizá sí, una sola vez. Me asustó entonces, porque fue en el gueto, en sus últimos meses, ya casi al final de todo. Entró en la habitación y se detuvo en la puerta, mirándonos a todos: con una sonrisa picara como si acabara de hacer alguna trastada, a padre (madre ya no estaba), a Julia, a Szymon, a Elżbieta y a mí, y nosotros la mirábamos a ella, atónitos ante tamaña transformación, porque no era ella la persona que se hallaba junto a la puerta, sino alguien distinto, años más joven, con la cara despejada y —es difícil definirlo de otro modo— *feliz*.

Tenía un nuevo peinado; sus cabellos, que solía llevar recogidos en un moño, estaban cortados formando una línea recta alrededor de su cabeza.

Fue el día en que Elżbieta y yo nos escapamos del gueto. Ese día fue la última vez que vi a Eugenia.

★ ★ ★

Julia termina su relato. «Pero entonces era ya demasiado tarde», repite una vez más, y pregunta si me acuerdo de Emanuel, un fugitivo de Łódź que recaló en nuestro gueto. Es a él a quien tiene en la mente cuando dice «demasiado tarde».

Me dice aún una frase (que no termina) sobre un amor súbito en el gueto moribundo, un amor frenético, tierno, arrancado aún a la vida, un amor que a Eugenia...

No pregunto nada más.

★ ★ ★

Eugenia y Emanuel murieron en la última *Aktion*, cuando liquidaron el gueto. Una semana más y se hubieran podido ocultar junto con Julia y Szymon en el desván de la casa del molinero. Pero donde vivían Eugenia y Emanuel no había ningún escondite.

Inmediatamente después de la guerra apareció la modista Olga y dijo que, desde la ventana de su pequeña casa junto al camino que conducía a la estación, había visto la última marcha desde el gueto.

Eugenia caminaba por la parte externa de la calzada y un hombre alto, ligeramente encorvado, la rodeaba con su brazo. Pasaron justo debajo de su ventana.

LA RESURRECCIÓN DEL PANADERO

DESDE HACE SEMANAS están devolviendo a la vida al panadero Weiskranz, para matarlo de nuevo, siempre con el mismo método rebuscado.

Este procedimiento suele estar precedido por algunas aclaraciones topográficas generales, cuya precisión, al igual que el relato de los últimos instantes de la vida del panadero, depende de la memoria de quienes contestan a las preguntas.

De entre ellos, por ejemplo, algunos dan una descripción exacta del depósito cementado de poca profundidad que hay en la parte trasera del campo, dando por seguro que no solamente había sido construido pensando en tirar en él a los prisioneros, tan débiles que la inmersión en el agua tan poco profunda causaba la muerte. En cambio, otros afirman que éste fue precisamente su objetivo. Y otros no saben nada de su existencia.

Hay otros que, preguntados por el chamizo para las herramientas —palas, carretillas, picos—, enseguida completan la pregunta con la observación de que era el chamizo donde depositaban los cuerpos de los asesinados. En cambio, para otros este hecho se halla envuelto en la espesa niebla del olvido.

Lo mismo pasa con Weiskranz, con la salvedad de que todos sabían, y muchos habían visto con sus propios ojos, de qué modo había sido asesinado.

Este primer esbozo, día tras día se completa con nuevos detalles, y finalmente resulta que no se sabe cómo rodaba el tonel con el panadero: ¿a lo largo o a lo ancho de la plaza? ¿Detuvo su loca caída en la alambrada de púas que rodeaba la plaza, o bien la pararon los prisioneros por orden del comandante?

Como es evidente, no es la única inexactitud en el laboriosamente montado *collage* sobre la muerte en el tonel. Hay más inexactitudes y, por eso, veintisiete años después de este trágico suceso —por entonces tan corriente—, en los días claros del verano canicular, el panadero Weiskranz debe renacer y volver a morir cada día. Ambas, la resurrección y la muerte, se realizan a cámara lenta; el objetivo registra cada detalle, por banal que sea —estaba a punto de llover, los campesinos rastrillaban—, cada fase del acontecimiento.

Son las cinco de la mañana. El mes de septiembre. La fecha exacta quedará determinada por el calendario judío, dado que se trata de una fiesta judía.

El barracón número 2. Hay diez barracones, el campo no es muy grande. Son las cinco de la mañana, en el campo empieza un nuevo día.

Ya los primeros momentos del día despiertan dudas en quienes contestan a las preguntas. Hay quien afirma que ese día Weiskranz no se levantó del catre, que fue despertado por el capo Heinz, quien, al hacer el control del barracón, descubrió al panadero enfermo echado en el catre, y debajo de éste, una botella. Y que el capo informó sin dilación al comandante de la infracción cometida por el prisionero. En cuanto a la botella, todos coinciden en que existió de verdad. Weiskranz padecía de la

vejiga, no tenía fuerzas para levantarse por la noche. Hay divergencias en cuanto al tiempo. ¿El capo Heinz la descubrió el mismo día en que Weiskranz murió? ¿El tonel es la consecuencia de la botella?

Hay muchos que dicen: «Sí. Seguro que sí. Lo recuerdo muy bien».

También hay muchos que dicen: «El incidente con la botella tuvo lugar una semana antes, el tonel no tiene nada que ver con la botella descubierta por Heinz. Lo del tonel fue después».

Unos: «Eran las cinco —a las cinco nos levantábamos para el recuento—, el capo Heinz entró de golpe en el barracón, gritando *Aufstehen, Kinder!*^[14], el desayuno está servido, así que todos ya sabíamos que el capo Heinz se había levantado con mal pie y que el desayuno sería dios sabe cómo. Cada uno intentaba escapar del barracón lo más rápido posible, pero no todos lo conseguían, porque el capo Heinz estaba plantado en medio, la porra en la mano, dando a éste en la cabeza, y a aquél... No en vano había dicho lo del desayuno.

Y después, lo que no siempre solía ocurrir, registró el barracón, y en un rincón, en el catre de abajo yacía el viejo panadero Weiskranz, tapado con la manta, enfermo desde hacía algunos días. El jefe del barracón, Benio, no había dicho nada de lo de Weiskranz porque no era mal tipo, ese Benio, y hacía lo que podía, pero no siempre podía. Así que el capo Heinz se detuvo encima de Weiskranz, y Weiskranz, que ya se había convertido en un *musulmán*^[15], estaba dormido como si nada.

En fin, nos dijimos, hubo Weiskranz, no hay Weiskranz. Cuando el capo Heinz le dé un porrazo, se acabó. Pero el capo Heinz se agachó primero y sacó una botella de debajo del catre. Weiskranz no tenía fuerzas para levantarse por la noche al retrete. Sólo entonces el capo se puso a chillar, se le olvidó lo del porrazo y fue corriendo a avisar al comandante. El capo Heinz era, como es sabido, perro entre los perros. Y el jefe del barracón, Benio, le dijo al panadero: “Weiskranz, mejor levántate y vete al cuarto de calderas, porque yo ya no puedo protegerte”. Así que Weiskranz se arrastró de su catre y se fue con el comando al *Kohlensieberei*^[16], y allí, a las diez, llegó el comandante con el *Oberkapo*, sacaron a Weiskranz a rastras a la plaza y le ordenaron meterse en el tonel».

Y otros: «Era un hombre mayor, muy religioso. Trabajaba en el *Kohlensieberei* y en un mes se había transformado en un *musulmán* porque era un comando muy duro. Benio le protegía porque al padre de Benio lo habían gaseado en el *Stammlager*^[17] y repetía a menudo que Weiskranz le recordaba a su padre. Sólo por eso lo protegía, porque con otros no era tan dulce ese Benio, el jefe del barracón. Y entonces, cuando el capo Heinz encontró la botella debajo del catre del panadero, Benio habló del tema con Heinz y el capo no informó al comandante. En cuanto a Weiskranz, aunque muy débil y enfermo, se levantó y fue al *Kohlensieberei* para evitar el castigo. Porque desde allí le habrían llevado al *Stammlager*, a las cámaras de gas. Sólo pasada una semana mataron a Weiskranz en la plaza, en el tonel. Por una razón totalmente distinta...».

Cada mañana —y eran días más claros y cálidos que los de aquel septiembre—, el panadero dormita en su catre. Cada día, el capo Heinz irrumpe en el barracón número 2 y pronuncia su sentencia sobre el desayuno. Día tras día repite el registro del barracón, día tras día el panadero enfermo se arrastra de su catre y, sujetado por los prisioneros, se presenta en el recuento...

También otros decían: «Fue una semana después, por una razón completamente distinta. Aquella vez Benio le había salvado del asunto de la botella. Una semana después, el débil y enfermo panadero Weiskranz se levantó a rastras de su catre por la mañana, dio una vuelta por los barracones y anunció que era un día de ayuno. No se puso en la cola del café por la mañana. Era muy religioso y temeroso de dios, ayunaba y pretendía que ayunasen todos. Pero nadie quiso ayunar, sólo él. Casi no se mantenía de pie y el comandante enseguida se dio cuenta. Entonces el capo Heinz le dijo que el *Häftling*^[18] estaba débil; el comandante miró alrededor de la plaza e indicó un tonel de cal.

»—*In das Fass hinein!*^[19] —gritó. El *Oberkapo* metió a Weiskranz en el tonel y ordenó rodarlo por la plaza que se inclinaba hacia el río, y debajo del todo estaba cercada con un muro y alambradas».

Otros: «El comandante mismo le metió en el tonel y ordenó rodarlo desde la torre de vigilancia por la diagonal».

Algunos: «Rodaron el tonel durante cinco minutos».

Otros: «Diez minutos».

«El comandante gritó: *Genug!*^[20]».

«El *Oberkapo* gritó: *Genug!*».

Todos al unísono: «Cuando pararon el tonel Weiskranz ya estaba sin vida».

Todos: «Fue entre las diez y las once de la mañana».

Todos: «Amenazaba lluvia. En los campos, al otro lado de las alambradas, los campesinos rastrillaban el heno».

★ ★ ★

Desde hace semanas devuelven la vida al panadero Weiskranz para quitársela de nuevo, siempre por el mismo método rebuscado. Cada mañana a las ocho de la mañana (es el año 1970) el capo Heinz irrumpe en el barracón número 2, cada mañana el panadero se arrastra fuera del catre...

Cada mañana a las ocho, en la sombría ciudad del norte, alejada miles de kilómetros, el comandante baja de la primera planta de su chalet unifamiliar y levanta las persianas de su charcutería, y el *Oberkapo* se sienta ante el escritorio en su despacho de director de una constructora. Ninguno jamás ha oído hablar del panadero, quien aún durante muchos meses, quizá años, seguirá resucitando y muriendo en el tonel.

VARIACIONES NOCTURNAS

FUE LIBERADO y cruzó el portón del campo con el letrero ARBEIT MACHT FREI^[21]. Una oleada de felicidad distinta a cualquiera que hubiese experimentado jamás se apoderó de él.

Detrás del portón, hasta el horizonte, se extendía una carretera asfaltada, plana y vacía. Empezó la marcha y caminó por la desierta carretera de asfalto a paso ligero, diríase casi alado. En el cielo pálido brillaba el pálido sol.

De pronto vio a lo lejos una figura corriendo en su dirección. No, no averiguó quién era inmediatamente; sólo cuando la distancia entre ambos hubo disminuido, reconoció a la muchacha que corría, la muchacha que él amaba. Corría a su encuentro, con el pelo alborotado por el viento.

Poco después cayó en sus brazos, radiante y sonriente. «¿Tienes un cigarrillo?», preguntó con voz jadeante a causa de la carrera. Se quedó de piedra. Recordó que había dejado los cigarrillos sobre el catre, y comprendió que, si quería cumplir el deseo de la muchacha a la que quería, debía volver al campo. Y volvió.

★ ★ ★

Fue liberado y cruzó el portón del campo con el letrero ARBEIT MACHT FREI. Una oleada de felicidad distinta a cualquiera que hubiese experimentado jamás se apoderó de él.

Detrás del portón se extendía un bosque joven. Empezó la marcha y caminó por el desierto camino de asfalto a paso ligero y, diríase, casi alado. Recorría un sendero forestal, entre árboles, arbustos y helechos, y la luna iluminaba su camino con su resplandor blanco.

De repente, al mirar hacia arriba, vio que el cielo sobre él era negro, sin luna, y comprendió que la luz que iluminaba su camino era la de un foco de la torre de vigilancia que le había encontrado y atrapado con su luz. Comprendió que tenía que volver al campo. Y volvió.

★ ★ ★

Fue liberado y cruzó el portón del campo con el letrero ARBEIT MACHT FREI. Una oleada de felicidad distinta a cualquiera que hubiese experimentado jamás se apoderó de él.

Detrás del portón, hasta el horizonte, se extendía una carretera asfaltada, plana y vacía. Arrancó la marcha y caminó por la desierta carretera de asfalto a paso ligero, diríase casi alado. En el pálido cielo brillaba el pálido sol. Ignoraba cuánto tiempo llevaba caminando cuando, de pronto, vio que una barrera cortaba la carretera. Una flecha pintada sobre una señal blanca indicaba la dirección. Giró obedientemente a la

derecha y continuó su marcha a paso ligero por la calzada asfaltada, igual a la que acababa de abandonar. Siguió caminando, sin saber cuánto tiempo, hasta que otra barrera le cortó el camino. La punta de la flecha sobre la señal blanca esta vez también estaba dirigida a la derecha. Se detuvo, miró alrededor. No pasaba nada. Todo estaba desierto, el pálido sol brillaba sobre el pálido cielo. Empezó a caminar en la dirección indicada por la flecha. Ignoraba cuánto tiempo llevaba caminando antes de avistar el portón con el letrero ARBEIT MACHT FREI. Delante del portón, un SS con su dedo índice doblado en forma de gancho le llamaba.

JULIA

Apuntes para una biografía

JULIA LLEGÓ DE VACACIONES con los niños y al final se quedó en nuestra ciudad. En septiembre, el mes de la derrota polaca, su marido, Szymon —un hombre robusto, con barba negra— se reunió con ella.

Recuerdo a Julia los últimos días de agosto: parecía flotar por la plaza cubierta de polvo, con el ala ancha de su sombrero de paja negro batiendo como si fuese a echarse a volar, delgada todavía, llevando un vestido color arena, guantes hasta los codos del mismo color, elegante, mundana. Tenía el andar ligero, las piernas bien formadas.

«Es asombrosa la capacidad de adaptación de algunas», dice su amigo de la juventud Henio, quien había llegado desde París y, al igual que Julia, se había quedado en la ciudad. «La última vez que la vi estaba viviendo con su marido en el campo», me cuenta Henio (como si yo no lo supiera...) mirando a Julia que se aleja. «Vivían en una habitación alquilada en la casa de unos campesinos. Julia les acompañaba en la faena en el campo, adoptó su forma de cocinar, su manera de vestir —por entonces llevaba faldas anchas y jerséis viejos—, en su vocabulario surgieron expresiones puramente campesinas. Al anochecer, mientras ella ayudaba a la casera a dar de comer a los cerdos, yo mataba el tiempo leyendo a Proust, que se codeaba en el estante con la guía de los primeros auxilios: en el pueblo no había médico. Me asombraba su metamorfosis, dado que la conocía desde pequeña. Proust en su estantería y ella campesina. Y ahora, de nuevo...».

Henio gira la cabeza, coronada por el plumón de sus finísimos cabellos; sus ojos azules expresaban, además de estupefacción, una profunda admiración.

Es la primera hora de la tarde, el sol abrasa. La nueva encarnación de Julia se aleja a paso ligero, envuelta en su vestido color arena y el aleteo negro de sus alas de paja. Nadie sabe, excepto los más cercanos, que no habían sido comprados por ella, que no fue ella quien decidió el corte y el color: son regalo de una prima adinerada. Nadie puede siquiera sospecharlo, pues Julia da la impresión de haber estado vistiendo con las arenas parisinas y las pajas florentinas toda su vida.

A medida que se aleja, la arena se funde con el color de la plaza llena de polvo y, pasado un instante, se divisa tan sólo una nubecilla negra flotando encima de su cabeza bien formada.

Los más supersticiosos hubieran visto en ello una premonición.

—Pero... pero... ¡no es así!

—¿Por qué no? —preguntan los supersticiosos, y se sacan de la manga otra versión más, ésta del pasado más lejano. El hijo mayor había perdido un ojo a la edad de dos años; no sirvieron de nada las visitas a los profesores vieneses: quedó tuerto, con un ojo de cristal con el iris marrón. Cuando observaba algo, giraba la cabeza. El

menor, en cambio, llegó al mundo demasiado pronto y durante mucho tiempo hubo dudas sobre si sobreviviría. Más tarde también a él lo llevaron a los profesores; era raquítico, flaco, tenía la cabeza demasiado grande, alargada y oviforme.

—Pero... pero... ¡Cuántos niños nacen prematuros, cuántos sufren de raquitismo, de minusvalías! Eran unos muchachos increíbles, excepcionales. El menor, con catorce años, pasaba horas estudiando a Marx, y el mayor ponía a sus profesores del colegio en situaciones embarazosas con sus preguntas. Y si no hubieran matado al mayor en el bosque y el menor no hubiera perecido en el campo...

—Eso es —dicen los supersticiosos, y desvían la mirada.

Exactamente dos años vivió Julia en la aldea con su marido y sus hijos. Las cosas les iban bastante mal por entonces. Szymon, a pesar de ser ancho de hombros, estuvo mucho tiempo sin trabajo y luego se fue a P., donde algunos familiares le habían buscado empleo en una empresa textil. Un año después Julia fue detrás de él. En P. las cosas seguían adelante, aunque de aquella manera, tampoco para lanzar cohetes, y el menor, Tulek, a la pregunta: «¿Qué es lo que no te gusta?», contestaba sin pestañear: «El cobrador». Julia se convirtió inmediatamente en una mujer urbana. A la hora en la que antes daba de comer a los cerdos, empezó a frecuentar la cafetería para tomarse un café solo, o a visitar con entusiasmo museos y monumentos; de vez en cuando incluso se permitía el lujo de asistir a un buen concierto. En verano se tumbaba en la playa junto al río; pero no en la playa pública, sino en la playa salvaje, la de rocas, porque era más barata.

El segundo año de la estancia en P. ocurrieron dos sucesos que debilitaron bruscamente su simpatía por la ciudad que había admirado tanto por su limpieza y su orden. A su hijo mayor, David, los compañeros en el colegio le dieron una paliza, gritando: «¡Zurra al judío, zurra al judío!». Desde entonces el muchacho empezó a andar encorvado, como si estuviera permanentemente esperando un golpe.

El segundo suceso ocurrió en el bello *hall* de la filarmónica, y su sentido era igual de contundente, si bien más discreto en la forma. En el descanso, durante el recital de un famoso pianista, Julia oyó una frase pronunciada a media voz: «Ni siquiera aquí podemos librarnos de ellos». Renunció a las dos últimas sonatas de Beethoven, sus preferidas (era una melómana por intuición, sin formación), y abandonó el edificio de la filarmónica para nunca más volver.

Dado que aquel año en muchos locales colgaron letreros de PROHIBIDA LA ENTRADA A PERROS Y JUDÍOS, quedaban sólo los paseos por la orilla del río que rodeaba esta ciudad limpia y germanizada. Los hijos respiraron hondo cuando en junio se terminó el año escolar y la madre empezó a preparar las maletas para las vacaciones. Iban a pasarlas en su natal Z.

La encarnación mundana y urbana de Julia había desaparecido, no quedaba ni rastro de la nubecilla negra sobre su cabeza, pero el rostro del amigo que había venido desde el mismísimo París seguía expresando sorpresa y admiración. Sin embargo, las palabras que pronunciaba no tenían nada que ver con la sorpresa o la

admiración. Afirmó, de repente, que Julia tenía una vida muy dura. Como si yo no lo supiera...

★ ★ ★

Llegó el septiembre de la guerra, la radio parloteaba en un extraño lenguaje de abreviaciones y llamadas, la ciudad se llenó de fugitivos que huían de los alemanes, por la calle principal pasaban a gran velocidad las grandes limusinas de los dignatarios repletas de esposas y maletas y decoradas con banderitas blancas y rojas. Las limusinas iban hacia el sur, levantando nubes de polvo y curiosidad general. Nadie tomaba en serio la posibilidad de que la ciudad pudiera ser ocupada por los alemanes. «Tan lejos», decían, «no llegarán».

Un anochecer —todos estaban llenos de aromas y de estrellas fulgurantes—, llegó Szymon, el marido de Julia, más moreno que de costumbre, más peludo, sin afeitar. Había huido a pie, en carretas tiradas por caballos, tenía las piernas llenas de heridas; repetía: «Derrota, derrota». Hablaba de trenes que salían y no llegaban, de carreteras atestadas de caminantes y vehículos, de bombarderos sobrevolándolo todo, de gentes y caballos muertos en los campos.

Julia escuchaba con un oído, enfrascada en sus quehaceres en la cocina; encendió el fuego, puso la sopa a hervir, colocó la olla con agua para prepararle un baño caliente y, a la mañana siguiente, se dispuso a buscar una casa.

Las limusinas pasaron, los locutores de radio callaron, el frente se detuvo y, en la segunda mitad del mes, el ejército ruso cruzó la cercana frontera. «Vienen los rusos (se oía el mismo zumbido en toda la ciudad), vienen a ayudarnos contra Hitler». Tumbados en una de las cuatro torres que antaño habían protegido el castillo de las invasiones de los tártaros, esperábamos a nuestros salvadores y mirábamos hacia la carretera que bordeaba el estanque —el agua lisa y gris, juncos, y a lo lejos, en la colina de la otra orilla, una iglesia ortodoxa blanca—. Mirábamos hacia la carretera desierta y vimos una *britchka*^[22] que claqueteaba, y en ella un hombre pequeño y rechoncho, con un bigote blanco caído, botas altas: el alcalde sármata, noble y judío, salía al encuentro de los salvadores portando una bandeja con pan y sal. El sol se estaba poniendo cuando aparecieron las primeras avanzadillas, algunos soldados saltaron a la orilla, e inclinados sobre el agua, lavaban sus caras y manos. «¡Mirad!», gritaba el hijo menor de Julia, «¡Tienen toallas limpias!».

Al día siguiente, el alcalde sármata judío y los altos cargos de la municipalidad fueron arrestados. Nadie volvió a oír hablar de ellos.

Por la noche tirábamos al río los uniformes de los oficiales que se ocultaban, supervivientes del ejército polaco. Dormían en el comedor, sobre los colchones. A nosotros, los niños, nos vetaron dar paseos hacia la torre.

★ ★ ★

Julia alquiló un apartamento de dos dormitorios y lo amuebló con una mezcla de enseres, «piezas únicas», como decía ella. Lo amuebló de manera informal, aunque muy a su estilo. Confeccionó fundas de varios colores con los viejos vestidos, y los cojines taparon el viejo y gastado sofá. Ásperas mantas cubrieron las camas, un banco de campo encontró su lugar en una esquina y también las flores campestres en sencillos jarrones de barro. Era un paisaje entre campestre y urbano, ella misma era un poco del campo y otro tanto de la ciudad. En una caja guardó las arenas de París y las pajas florentinas, la caja la metió en el armario... Se despojó de su aspecto mundano como una se despoja de la ropa gastada, sin pena ni celebraciones. Empezó a llevar ropa ancha, cómoda y algo descuidada. Engordó.

Por la mañana hacía pasta, picaba repollo, lavaba, zurcía; pero a las cinco de la tarde, invariablemente, preparaba el sucedáneo de café y se lo bebía sentada en el desgastado sofá rodeada de cojines de raso y de amigos, los viejos y los nuevos. Entablaba relaciones al instante, relaciones de diferente carácter. Henio de París, a quien la guerra encerró en Z., y que seguía musitando comentarios sobre la metamorfosis de Julia, era el huésped de cada día; venían a charlar también Antonia, la lavandera, el profesor de Historia del colegio local, y la secretaria de los tribunales, una solterona diminuta y timorata.

Una vez a la semana, el día del mercadillo, aparecían los campesinos en cuya casa había vivido en el pueblo. Venían de visita y para pedir consejo. Como a todos, les agasajaba con galletitas hechas por ella misma, deprisa y siempre demasiado poco hechas, así como el café con pequeñas tazas de porcelana fina, y ellos preguntaban: «Tía, ¿por qué eres tan agarrada? Tienes que comprar tazas de verdad, no esas cosas en las que cabe menos café de lo que puede lamer un gato...». Después pedían consejo sobre si valía la pena vender el caballo Gniady, que cojeaba pero aún servía para trabajar, o sobre si Malanka era o no demasiado vieja para Stiepan... Al despedirse dejaban junto a la pared un cesto cubierto con un pañuelo de flores. Dentro había huevos, queso, mantequilla.

«Ves», decía Julia, «no estamos tan mal, es decir, no estamos peor que muchos otros. Quizá hasta mejor. Siempre hay que pensar en quiénes son los menos afortunados. Recuérдалo».

Szymon trabajaba en el molino, y la ración de harina que le correspondía les alejaba de la escasez que afectaba a todos. Se alimentaban casi exclusivamente de platos hechos con harina y sin duda ésa fue la razón por la que Julia se volvió ancha y deforme. A pesar de la obesidad seguía moviéndose con ligereza y gracia. Envuelta en un enorme abrigo de piel (regalado) ceñido con un estrecho cinturón de cuero, un gorro de lana calado sobre la frente, se parecía a aquellas herederas de fincas que el nuevo poder había expulsado de sus tierras y luego envió al este. Fumaba tabaco malo.

Aquel primer invierno del tiempo de guerra leía a Montherlant, anotando minuciosamente sus observaciones y citas en un grueso cuaderno pintarrajeado con

cuentas y listas de la compra. A Montherlant se lo había traído Henio de París. No le gustaba mucho, echaba de menos a Proust, que se había quedado en P. Por la noche, cuando se sentaban a la mesa para cenar ñoquis, se desataban violentas discusiones. Szymon, socialista de Bund, protestaba y se burlaba; sin embargo, el hijo menor, que en aquel tiempo estaba descubriendo a Marx, defendía lo que estaba ocurriendo, y de su hermano mayor decía con desprecio «ese liberal estetizante».

«¿Y tú, mamá? ¿Tú qué dices?», preguntaban. Julia se tapaba los oídos. Hasta que, una vez, la pusieron entre la espada y la pared y entonces dijo que, simplemente, tenía miedo. Miedo de lo que estaba ocurriendo en esos momentos y de lo que ocurriría después.

De acuerdo con sus nuevos pasaportes, emitidos por las nuevas autoridades, estaban clasificados en el «párrafo once» y desde entonces sólo les estuvo permitido vivir en la provincia, lejos de las grandes ciudades. Este párrafo se usaba para controlar a los llamados «sujetos poco fiables», dentro de los cuales se incluía a todos aquellos que, al huir de los alemanes con el estallido de la guerra desde la zona occidental del país, cambiaron su lugar de residencia. El hecho de que Julia, Szymon y sus hijos hubiesen nacido en Z. no tenía ninguna importancia. Para las autoridades eran *biezence*^[23].

Szymon acogió el párrafo con un indiferente encogimiento de hombros. Julia no. Sentada en el sofá con un gran pañuelo campesino de cuadros sobre los hombros, parecía empequeñecida, preocupada, como si no fuera ella. Quiso decir algo, pero se tragó las palabras, sacó un calcetín del cesto y se dispuso a zurcir.

El amigo Henio se levantó de la silla de golpe:

—A lo mejor molesto... querías decir algo... quizá mi presencia...

—¡Dios, qué estúpido eres! —exclamó Julia con su voz ronca por el pésimo tabaco—. Siéntate y calla, bah...

—Seguro que Julia quería resaltar el hecho de que nuestros pasaportes amenazan con la expatriación a Siberia —aclaró Szymon.

Desde detrás del marco dorado de las gafas de Henio se escurrió una mirada azul llena de miedo. El amigo de París últimamente se había vuelto frágil y delgado como un palillo. Trabajaba en el almacén de madera; era vigilante. «No me quejo», solía decir. «Gano una miseria pero tengo tiempo para la lectura». Ahora estaba leyendo a los rusos. Julia le alimentaba con ñoquis.

A Julia y Szymon no les expatriaron, en cambio Henio fue enviado a Siberia en primavera. Aún tuvieron tiempo para llevarle a la estación un saco de pan seco.

—Se perderá allí, es... torpe como un niño —se lamentaba Julia.

—Aún le envidiaremos —contestó Szymon, y más tarde Julia citaría a menudo sus palabras.

Pero aquel día no pensaba en la expatriación, sino en David, su hijo mayor. Pensaba que esos pasaportes le habían cerrado el camino a la universidad.

—Ya lo sé —decía—, es estúpido por mi parte... Pero me da una pena horrorosa

el chico... Es tan capaz... soñaba con estudiar una carrera. Es un golpe muy duro.

Szymon saltó, como escaldado:

—¿Un «golpe»? Es mucho más que eso...

★ ★ ★

El día en que David se iba a un pueblo del fin del mundo, hubo una tormenta de nieve y hacía un frío polar. Los trineos se detuvieron delante de la casa, entre risas y gritos. Julia llevaba su enorme abrigo y un cigarrillo en la mano. David se encaramó torpemente al trineo donde ya estaban sentados sus compañeros y compañeras, que, como él, se dirigían al pueblo del fin del mundo, sólo que con otro objetivo. El trineo les acercaría a la estación de ferrocarril, subirían en un tren expreso de larga distancia que, por razones desconocidas, se detendría en aquel pueblo durante un minuto. Normalmente nadie sube y nadie baja, no se sabe para quién se detiene. Los compañeros y las compañeras de David subirán al tren con calma, sin codazos y empujones de la multitud de viajeros que atestaba la estación de la ciudad. Volvían de sus vacaciones de invierno: en pocos días empezaría el nuevo trimestre.

El mismo trineo llevará después a David a la escuela local con una sola aula. David aceptó el puesto de maestro en el pueblo del fin del mundo. Ahora está sentado entre los afortunados, hundido en su enorme abrigo de piel vuelta, ladeando la cabeza para mirar a su madre.

—¿Has metido a Tácito? —pregunta, y Julia asiente con la cabeza.

—¿Y *Rojo y negro*?

—También —dice Julia con su voz de fumadora.

David añade también:

—Vendré en Pascuas, cuando se derrita la nieve.

La nieve cae espesa, seca, grandes láminas descienden de un cielo muy bajo y completamente gris. El trineo se desliza silenciosamente, durante unos momentos aún se oyen las risas y los gritos, y después quedan tan sólo el silencio, la grisura, el blanco.

★ ★ ★

—*Beruf*^[24]? —preguntará poco después un SS.

—*Lehrer*^[25] —contestará David, y con la respuesta sellará su destino.

★ ★ ★

Junio de 1941 se está acercando a su final, los alemanes ya están en la ciudad, la sinagoga ya está quemada, las barbas de los judíos píos cortadas, las tiendas saqueadas, el zapatero muerto de un tiro, sentado en su taburete, con el martillo en la mano, y con él otros nueve judíos; las pancartas azules y amarillas con la leyenda HAJ

ZYWE WILNA UKRAINA^[26] ondean en la calle principal, lacitos azules y amarillos adornan las americanas de los ucranianos que dan la bienvenida a Hitler, por lo que se les obsequia con tres días de *libertad absoluta*: el derecho a llevar a cabo un pogromo. Las ventanas están cerradas, las puertas bloqueadas. Desde los alrededores llegan noticias sobre sinagogas quemadas, judíos sacados a rastras de sus casas y fusilados. Después de los tres días de *libertad absoluta*, cae el silencio. La ciudad parece sembrada de erupciones blancas: carteles, órdenes y prohibiciones, y todos ellos repiten invariablemente la palabra *Tod*^[27].

Junio se torna julio, los tilos perfuman el aire, las ranas croan en el río, los perros cantan a la luna, las noches son claras e insomnes. Las erupciones blancas exigen contribuciones. Los judíos juntan oro y plata, reúnen café, té y dinero, mucho dinero. El *Landrat*^[28] reclama cuberterías de plata y porcelana fina; de las ciudades vecinas llegan noticias sobre el oro y la plata, el café y el té, y el dinero, mucho dinero. El oro y la plata, el café y el té han de comprar la tranquilidad y el silencio en la ciudad, una tranquilidad que no es tal, un silencio que no lo es tampoco.

—¡Ingenuos! —grita Szymon—: ingenuos aquellos que lo creen... no es más que una obertura, sólo —vuelve a gritar— ¡el comienzo!...

No dice de qué es el comienzo: ¿para qué iba a decirlo?

★ ★ ★

Julia, Szymon y los muchachos estaban ahora viviendo con nosotros; se trasladaron el primer día desde su piso céntrico a nuestra casa oculta entre los jardines de una callejuela retirada. Ocuparon la antigua habitación infantil, que llevaba un tiempo vacía, y colocaron en ella sólo lo necesario de un día para otro. Las paredes parecen desnudas, la habitación desnuda. El verdor de detrás de las ventanas y la Colina del Castillo constituyen el único adorno de este cuarto. Julia, siempre tan hábil para crear interiores con cualquier cosa, esta vez no hizo nada. Los cojines, los kilim, los jarrones, todo se quedó en el piso anterior. Se llevó la mesa, las camas, cuatro sillas y el armario. Sólo eso. Se acurrucó como a la espera. De esos tiempos bajo el mismo techo la recuerdo como ausente, invisible. Algunos retazos aquí y allá, insignificantes, inexplicablemente registrados por la memoria. Sentada en el banco del jardín, bajo el cerezo, las gafas sobre la nariz, sobre las rodillas un libro que no lee. La oigo preguntar si hay tranquilidad en la ciudad. O bien la veo calentando el *kasha* en la cocina, y Agafia la mira mal porque no le gustan los intrusos en su reino (son recuerdos, por tanto, de las primeras semanas, pues Agafia seguía siendo la reina en la cocina: todavía no le habían prohibido reinar en un hogar judío). La avena para el *kasha* la traen los granjeros del pueblo, que cada vez aparecen con menor frecuencia, para pronto dejar de venir. Y otro recuerdo más, ya de tiempos posteriores, cuando íbamos por la calle y, de repente, un coche, una gran limusina descapotable negra, pasa junto a nosotras: es la limusina del *Landrat*. Y el mechón de

cabellos rubios sobre la cara de Slawka, hija del cura ucraniano, su cara pálida de rasgos delicados, la sonrisa altiva y despreciativa en sus finos labios.

—David estaba enamorado de ella —dijo Julia de repente.

Entonces David ya no estaba. No sabíamos que se había enamorado de Slawka. Era una muchacha gorda al principio y luego muy flaca. La amante del *Landrat*. Siempre de negro, siempre con su pelo seco alborotado. Recuerdo esta escena como si perteneciera a una película: el cuerpo negro del descapotable, la figura negra de la pálida muchacha, su cabello de color trigo. Y oigo la voz de fumadora de Julia.

David murió dos meses después de la entrada de los alemanes, fusilado en un bosque cercano. Después de la guerra, Julia fue al bosque y, siguiendo las indicaciones de los campesinos, encontró el lugar de la ejecución. Era un pequeño claro en el bosque, casi en su límite, rodeado de robles y avellanos. El sitio estaba cubierto de una jugosa hierba. Julia me decía que los campesinos le llamaron la atención sobre la excepcional belleza de la hierba en ese lugar.

Unos meses después se llevaron a Tulek. Le cogieron al amanecer; iba corriendo, con una pala en el hombro, a trabajar en el Ostbahn^[29]; fue Julia la que le había entregado la pala gritando que se apresurara. Arrancada del sueño por un grito: *Aktion!*, la redada, los pies descalzos, el pelo alborotado, la cara petrificada por el terror: le pone en las manos la pala-salvación al hijo, allí estará seguro... Deprisa... Y después mira a su hijo menor, larguirucho, flaco, quinceañero, cómo corre por la callejuela verde y desaparece detrás de la esquina.

Por la noche yacía en la cama inerte, envuelta en una manta gris. Como un saco de tierra. Sonó un susurro cortante de Szymon:

—Dejadnos solos.

Salimos de la habitación de puntillas... La huerta parecía negra, la colina, negra, y un silencio de muerte se apoderó de la calle: una de cada dos casas estaba deshabitada. Los perros ladraban más allá del río en esta noche negra de verano.

De Tulek quedaron tan sólo dos tarjetas, que logró enviar del campo de Janów. En la primera pedía un jersey grueso; en la segunda, veneno. Encontramos las tarjetas después de la muerte de Julia, en una cajita esculpida con motivos de Zakopane y cerrada con una pequeña llave. Además de las tarjetas también había allí un cuaderno escolar con notas escritas con letra grande y contrahecha que se asemejaba a la figura flaca y algo deforme de Tulek. Era el fragmento de un diario. Tulek escribía sobre un amor profundo y no correspondido a una muchacha que se llamaba Ludka. No conseguíamos recordar quién era.

Más tarde, en el gueto, Julia acogió a una niña huérfana, de modo que eran cuatro buscando cobijo junto al estanque, en la casa del molinero, también con el viejo padre de Szymon, quien, casualmente, se había salvado, y que murió de viejo en el escondite. Le enterraron en el patio, de noche y en secreto, temiendo a los vecinos y a los perros. Era invierno, el suelo estaba endurecido por el hielo. Pasaron un año en el

desván y nadie, excepto el molinero, sabía nada de ellos. Julia enseñaba a la niña a leer y escribir, Szymon la tabla de multiplicar. En el escondite la niña empezó a llamar «mamá» a Julia.

Un día después de la liberación, Szymon cayó enfermo de tifus. El fuerte y robusto Szymon, que sobrevivió hasta la liberación, murió en la primera semana de libertad. Julia decía que lo había presentado todo y que, cuando le entraron las fiebres a Szymon, supo que la próxima sería su hija adoptiva. Cuidaba del marido y de la niña con la esperanza de contagiarse ella también. «No se sobrevive dos veces al tifus», dijo Szymon en un momento de lucidez. Ya había padecido de tifus durante la Primera Guerra Mundial. Una semana después de morir Szymon, murió la niña. Delirando por culpa de la fiebre, Julia llamaba a sus hijos. Era marzo de 1944.

★ ★ ★

—¡Sé todo sobre ella! —exclama Henio de París, que acaba de volver de Rusia—. Lo sé todo...

La misma mirada celeste, los mismos mechones en la cabeza, que se asemejan al plumón. Jamás he visto llorar a Henio.

—Níobe —musita—. Níobe—. Y llora.

A su lado, una persona bajita, de piernecillas cortas y enérgicas, le pregunta severamente:

—¿Quieres que te vuelva a subir la tensión? —y Henio, obedientemente, deja de llorar.

—Si no hubiera sido por ella —dice en un susurro de confianza—, habría palmado de hambre. (Sin embargo, Henio ha cambiado: antes no hubiese pronunciado la palabra «palmado»...). Y también, ya directamente al oído, con la voz colmada de admiración: «Fíjate, ella no ha leído ni un solo libro en su vida...».

La personita de piernecillas enérgicas es la mujer de Henio. Estos días se van a los Estados Unidos.

Julia, expatriada de las tierras del Este a las del Oeste, trabaja como contable en una fábrica de mermelada. La zona es bonita, intacta después de la guerra, cada ciudad tiene su plaza del mercado, sus viejos soportales, viejas fuentes, todo limpiísimo, una estampa perfecta, y alrededor bosques y colinas; entre bosques y colinas, balneario tras balneario; en los balnearios, parques; en los parques, fuentes termales y manantiales (Chopin mismo tomó las aguas y dio un concierto en uno de estos balnearios). Pocos saben lo de los *Nebenlager*, los pequeños campos de concentración que hasta hace poco estaban diseminados por aquí, y los que lo saben, callan.

Las secuelas de la guerra: un hervidero de gente se precipita por las estaciones, el saqueo continúa y el vodka corre a raudales. En la taberna Del ciervo, el pianista, en cuya cabeza rapada apenas ha comenzado a crecer el pelo, toca cada noche *Czerwone maki nad Monte Cassino*, «Amapolas rojas sobre Monte Cassino». La encargada de

la taberna sobrevivió gracias a los papeles arios, el pianista estuvo en Oświęcim, y las tetudas camareras, embutidas en apretados vestidos negros, ya habían servido aquí la cerveza en los tiempos en los que el Führer miraba desde la pared, y el local se llamaba Zum Hirschen. Era una bella ciudad, con soportales y un viejo puente sobre el río cuyo nombre pasaría a la historia.

Detrás del tercer balneario está la frontera, dicen que «verde», porque no está herméticamente cerrada todavía, sólo entrecerrada: quien quiere irse ha de darse prisa.

Julia llevó a Henio al edificio de la escuela donde acampaban los judíos que querían abandonar el país que se había convertido en el cementerio de los suyos.

—Cuídate —le dijo.

Henio frotaba sus gafas llenas de lágrimas, llevaba todo el día frotando las gafas.

—Estará bien, señora Julia, descuide —replicó la mujer de Henio—. Yo cuidaré de él. Sólo tiene que aprender el oficio. Mi cuñado tiene allí un taller de sastrería...

Henio no dejaba de repetir:

—Níobe...

Julia trabaja como contable en la fábrica de mermelada, colecciona pequeñas tazas de café que inmediatamente regala a los amigos, colecciona cerámica de colores, botones y seda para coser. Dispone de un buen muestrario de botones. Hace visitas a los alrededores, camina por las colinas verdes, viaja a la ciudad derruida para ver las iglesias derruidas de la isla sobre el río y numerosos puentes. Con el silencio selló su propio pasado. Hace de madre de los jóvenes, los jóvenes la quieren. La llaman tía.

—Cuando me levanté después del tifus me dije: «Una cosa u otra...». Como ves, estoy viva. Y eso obliga.

Un instante después añade:

—Al menos obliga por lo que concierne al exterior...

Pero ¿cómo es cuando, por la noche, cierra la puerta de su casa? Desde las paredes de la habitación la siguen las miradas del orondo Szymon y la risa despreocupada de los muchachos, que están sobre el puente de Z. David tiene un libro en las manos; Tulek, una pelota. Bajo el puente murmulla alegremente el agua alborotada.

★ ★ ★

Le escribieron desde Israel, desde los Estados Unidos, desde Australia. No quería cruzar el mar. ¿Para qué? ¿Para quién? Pasó mucho tiempo hasta que, por fin, hizo las maletas. Todavía nadie sabía que el año de su llegada sería el año de una guerra breve, contada por días; y que aquel tiempo que había engullido a los chicos y a Szymon, cerrado a cal y canto con el silencio, que aquel tiempo, concatenado con el tiempo de la guerra de aquí, rompería los diques de protección y golpearía su corazón exhausto y enfermo como una ola iracunda.

Todavía nadie lo sabe y Julia está aprendiendo dificultosamente las letras y palabras ajenas; por las noches, sentada en un banco escolar. De día, a cada rato abre su cuaderno. Aún nadie presiente nada, y Julia renueva las viejas amistades y entabla otras nuevas, contempla los atardeceres en la costa, se sienta bajo el sicomoro y escribe cartas...

En el cielo no hay ni una nube, los días son cada vez más cálidos. Nadie presiente nada y a Julia aún le espera el encuentro con su viejo y envejecido amigo, quien, como muchos, vendrá en Pésaj y se sentará en la terraza del hotel con vistas al mar gris y barrido por el viento simún. Calvo, de ojos celestes: americana de cuadros, palmeras sobre la corbata; le dirá a Julia:

—Ahora leo a los norteamericanos...

—Y de día cose pantalones —añadirá su mujer—. Es un buen sastre...

Julia está fumando un cigarrillo, mira el mar y, con su voz baja, inesperadamente, suelta:

—*Iam ba iam onía...* [30]

Cuando el mes de mayo se acerque a su fin y los días se vuelvan aún más calurosos, más dominados por el simún, la historia se precipitará: «Queda cerrado el estrecho, el ejército de la ONU se ha retirado... Escalada, escalada», gritan los locutores en todos los idiomas.

En las arenas de Néguév hay tanques. Llegan difíciles días de espera. Inclined sobre el mapa respira con dificultad.

—El gueto —dice—, el gueto antes de una *Aktion*. Salvad a los niños...

Pidió que captáramos la emisora de El Cairo y nos hizo traducir los comunicados emitidos en hebreo.

—¿Cómo sabes que no harán nada? —se indignaba—. Entonces tampoco me creyó nadie... Mira —extendía el mapa—, mira el mapa. Somos una gota, un puntito...

Y de nuevo:

—Niños... niños...

Al atardecer nos sentábamos en el balcón, el aire olía a mandarinas, en el cielo zumbaban los helicópteros, se deslizaban pesadamente los aviones. Se ponía la mano en el pecho.

—Pásame mis gotas —pedía.

El ataque le sobrevino inmediatamente después del armisticio, antes del amanecer. La ambulancia se precipitaba por la ciudad sumida en un sueño tranquilo y profundo de alivio... En el hospital pedía conocer los comunicados de la radio.

Después del segundo ataque ya no abría los ojos, dormitaba. Se volvió pequeña y plana. Sólo una vez levantó los párpados y, totalmente consciente, preguntó con su voz ronca de tabaco, con determinación y claramente:

—¿La sesión plenaria de la ONU ya se ha celebrado? ¿Qué dijo Kosygin?

Esa misma noche llamaba a sus hijos.

★ ★ ★

La anteriormente mencionada cajita esculpida, donde habíamos encontrado dos tarjetas del campo de Janów y el diario de Tulek, guardaba también algunas fotos. En una de ellas Julia está rodeando a los chicos con sus brazos, delgada, elegante, ataviada con un vestido claro y guantes hasta el codo. Tiene la cabeza inclinada, no se le ve la cara. Parece oculta tras las negras alas del enorme sombrero de paja.

YA HEMOS IDO A LA ÓPERA

LLEGÓ A Z. como antes solían hacerlo juntos, sin embargo, esta vez estaba sola, en medio de una soledad definitiva e irremediable. Empujaba el carrito con la maleta en dirección a la parada de los taxis, que llegaban rápidamente, uno tras otro. En este país todo se hacía de manera ágil. Indicó la dirección del hotel donde, antes de salir de viaje, había reservado la habitación, tras haber verificado que no se hallaba demasiado cerca de aquél donde se quedaban antaño.

El hotel era pequeño, estrecho, y estaba situado junto a una calle con mucho tráfico; la habitación era pequeña, oscura: esa diferencia tendría que haber aportado alguna clase de alivio, pero no era así.

No se lavó las manos, no deshizo la maleta. Se tumbó en la cama e inmediatamente le vinieron a la memoria las llegadas a aquel hotel, que también era pequeño, pero diferente. Les había gustado al momento, no sólo porque estaba rodeado del silencio, situado entre árboles y en medio de un jardín, sino también —o quizá sobre todo— por la música. Porque, cuando se quedaron allí por primera vez —fue un día de un viento levante muy potente, el sol blanco, velado por una neblina—, de repente, los primeros compases de la última sonata de Beethoven se colaron por las ventanas de la habitación, cerca, nítidamente. Descorrió el visillo y avistó a un señor entrado en años con una alborotada mata de pelo canoso: apoyado sobre el piano de cola, escuchaba.

En el edificio de al lado estaba el conservatorio de música, su propia juventud. Incluso vio semejanzas entre el señor mayor de pelo cano y su antiguo profesor, quien destacaba por su flequillo, para nada canoso, sino pelirrojo como el fuego. No se veía a la persona que estaba tocando la última sonata de Beethoven. A la mitad de la primera parte, la cabeza blanca efectuó un movimiento negativo y desapareció del campo de visión, el piano calló y ya no volvió a sonar. Estaban ya a principios de junio, la época de los exámenes.

A la mañana siguiente les despertó Chopin, el estudio *Teclas negras* que B. seguía tocando con gran ligereza a pesar del dedo roto en el campo, y cuando volvieron por la tarde después de recorrer la ciudad (comprando tarteras y piolets de escalada), les dio la bienvenida la sonata de Prokófiev para violín y piano.

Era muy de su gusto esta vecindad tan cercana a la música, la quietud del hotel y las sombrillas en la terraza al aire libre donde solían tomar café. Después siempre paraban allí de paso, para una noche o dos, pero la música les había acompañado únicamente la primera vez. En los años siguientes llegaban siempre más tarde, a finales del verano, durante la época de vacaciones. El conservatorio permanecía en silencio. Al anochecer, se encendía una luz en el ático: sin duda el vigilante vivía allí. Y cuando, una vez, vinieron en invierno, por las ventanas herméticamente cerradas no se filtraba ningún sonido. Un chelista flaco, con una expresión dolorosa en su

rostro, antes de deslizar el arco por las cuerdas mudas, dibujaba con el brazo un amplio gesto. Detrás de las ventanas lloviznaba. Al otro lado de la calle, detrás del gran escaparate de cristal, estaban sentados algunos hombres, envueltos en sus abrigos, unas jarras de cerveza y cestitas con pan delante de ellos. Caía una nieve diminuta, mitad nieve mitad lluvia, y la calzada brillaba con la humedad parda.

Llamó a Elwira. Elwira no dijo ni una palabra sobre su soledad irreversible, era cordial y concreta: quedaron a las ocho en la cafetería.

De modo que le quedaba aún un montón de tiempo; permaneció tumbada, con los ojos cerrados, fumando cigarrillo tras cigarrillo.

La última vez habían llegado por separado, desde sitios diferentes; cuando él entró en la habitación, ella aún estaba dormida, aunque se despertó enseguida.

Sentado en la cama, con su cazadora nueva y botas de montaña, contaba cosas sobre la tienda de campaña agujereada y el baño en los géiseres. Desde hacía mucho no lo veía tan en forma como aquel verano, que resultó ser el último.

Inmediatamente, al instante, deseaba ir a la montaña: vamos, vamos, la apresuraba, ella no tenía fuerzas, quería descansar, deshacerse del *jetlag*. Le quedaba bien la cazadora nueva, hacía juego con su cara tostada por el viento del norte.

Nadie le creía cuando decía su edad. Hacía mucho tiempo que no estaba tan en forma. Después comieron tortitas en la terraza, al sol, bajo una sombrilla.

Ella encendió otro cigarrillo y se asomó por la ventana. La lluvia, los hombres, la cerveza; un letrero luminoso azul encima de la entrada del tugurio.

Volvían de noche por una calle estrecha y empinada de la ciudad vieja; el sonido agudo de las campanas dispersaba el silencio. Abajo estaba el lago, oscuro e inmóvil. Una hoja colgada en el portal de la casa: «Hoy, noche de quintetos: Schubert, Brahms». Primera planta. ¿Te apetece Brahms? No le apetecía. Eso daba cuenta de la magnitud de su añoranza de las montañas, porque también quería mucho a Brahms. «Vamos», pidió, «no sea que el tiempo se estropee». De noche durmió el *jetlag* y se fueron.

Sacó una botella de Coca-Cola del frigorífico y bebió un trago, mordió una galleta seca. Lo que más le apetecía era recoger los bártulos y volver a casa. Se le antojaba que en casa todo resultaba menos duro. Aunque, cuando estaba en casa creía precisamente todo lo contrario. De modo que daba igual donde estuviera, aquí o allá.

Se lavó, se vistió cuidadosamente, se pintó los ojos y bajó al vestíbulo sombrío atestado de maletas de turistas italoparlantes. Recordó que este año querían ir a los Dolomitas. «Debes desprenderte de tu manía de buscar asociaciones», se ordenó severamente, en voz alta. Un italiano a su lado le lanzó una mirada de estupor.

La cafetería no era grande, algo pasada de moda. Al entregar su abrigo en el guardarropa avistó en la pared un roído cartel de la ópera *Don Giovanni*. Apartó la vista, bajó por unos escalones a la sala suavemente iluminada por unos candelabros y repleta de humo. Olía a café recién hecho. Se sentó ante una tambaleante mesa de patas finas y raquílicas, incómodamente situada en la zona de paso.

La camarera esperó el pedido con paciencia. Ella no se decidía, no le apetecía nada. Al lado, sobre la mesa situada en un nicho junto a la ventana, vio dos pequeñas tazas y una tarta de manzana con nata montada. De modo que optó por pedir un café expreso y una tarta de manzana, y después fijó su atención en la pareja sentada junto a la ventana. Les observaba ávidamente, con una mirada con la que antes nunca se hubiera atrevido a mirar a nadie. En los últimos tiempos le ocurría a menudo, esa contemplación ansiosa de la proximidad entre dos personas. Seguía sus movimientos, miradas, sonrisas. Su cercanía. «Para, así no se debe...», se dijo a sí misma, pero se lo dijo en vano. Incapaz de reprimirse, no apartaba la mirada de ellos, que no eran conscientes de nada; el hombre le explicaba algo a la mujer en voz baja, inclinado hacia ella. Luego sacó un cuaderno del bolsillo, arrancó una hoja y escribió algunas palabras. Ella lo leyó y empezó a reír, él cogió su mano y se la acercó a los labios.

Vio sus ojos llenos de ternura. Sintió de repente un ahogo, una falta de aire, abrió con premura el bolso en busca de su pastilla.

Elwira se detuvo en la puerta, con su corto abrigo de piel, los cabellos oscuros cayendo a los lados de la cara. Se dieron un beso. Elwira, tan sabia, dijo solamente:

—Qué bien que estés aquí... Pero ¿por qué te has sentado en un lugar tan incómodo, por donde pasan todos?

—Porque todas las mesas están ocupadas...

—¡Cómo que ocupadas! Pero si aquélla, junto a la ventana, en el nicho, está libre. Vamos, nos trasladamos, estaremos más cómodas...

—No me di cuenta...

«Ya hemos ido a la ópera», se dijo. Se asomó por la ventana y les vio alejándose por la orilla del lago, cogidos de la mano. Ella sentía el calor de Su mano.

LOS PÁJAROS

EN CUANTO OCUPARON los asientos, el pequeño pidió un bollo.

—Le encanta comer en el tren —Miła se rio. Cuando Miła reía todo reía en ella: sus blanquísimos dientes, sus ojos entre pardos y verdes y los hoyuelos en las mejillas que todos consideraban como la fuente principal de su encanto. Miła era una joven simpática, por eso la llamaban así: Miła^[31]. Su nombre real era un poco largo y ampuloso: Józefina.

—Hace menos de una hora que desayunó —reparó el hombre.

—En casa una cosa y otra en el tren —aclaró—. Todos los niños adoran comer en el tren. Seguramente tampoco tú fuiste diferente... —Y entregó al pequeño un sándwich de jamón envuelto en un susurrante papel de estraza, muy apetecible, que había preparado para el viaje.

El hombre quiso decir: «Por favor, no utilices la palabra “adorar”; odio este lenguaje», pero, en vez de hacerlo, dijo:

—Qué calor...

Los dientes, los hoyuelos y los ojos de Miła sonreían.

—¿Calor? Hace un momento estaba pensando precisamente que teníamos que haber cogido dos jerséis más, en la radio predijeron una bajada de temperaturas. Pero sin lluvia... —añadió. Estaba de buen humor, no quería ver ni una nube, ni siquiera en el cielo.

Salían de vacaciones. Fue Miła quien escogió el lugar.

—Es un sitio tranquilo, poco conocido, con unos bosques de fábula —le comunicó hacía un mes—. Podrás trabajar con tranquilidad.

En un primer momento no se percató de dónde estaba situado ese lugar perdido de la mano de dios. Sólo cuando Miła empezó a explicarle cómo se llegaba allí la interrumpió y, con un cambio en su voz apenas perceptible, preguntó si no sería mejor ir a la montaña, o, por ejemplo, a los lagos. Ella protestó enérgicamente y le recordó sus quejas referentes a hordas de conocidos que se les pegarían como moscas enseguida. «¡Como moscas! ¿Te gustan las moscas? Yo quiero descansar, tú debes escribir, ¿para qué queremos moscas? Las tenemos todo el año. Además», reconoció, «ya alquilé una casa magnífica, con jardín, junto al río, y barata. Una monada de casa».

Miła no prestó atención al silencio con el que recibió sus expresiones de alegría, enfrascada como estaba en sus quehaceres en la habitación. Él, de pie junto a la ventana, encendió la pipa y aspiraba el humo con nerviosismo. Cuando, un momento después, se volvió y empezó a hablarle: «Sabes, Józui...» (sólo en momentos especiales se dirigía a Miła con su nombre verdadero), se percató de que su mujer ya no se encontraba en la habitación. En el cuarto de baño se oía el susurro del agua: Miła se estaba duchando.

«Quizá sea mejor así», pensó, y no volvieron a hablar del tema. Quería a Miła y tenía con ella un hijo de tres años. Era su segunda mujer, muy joven. La conoció después de la guerra.

El tren arrancó a las diez en punto y era, al parecer, el mismo tren que entonces, porque no había otro, salvo el nocturno, que, lógicamente, por el niño, no se tuvo en cuenta. Además, de noche esto le resultaría aún más difícil. Pasar de puntillas, bajo el manto protector de la noche... El día se había levantado soleado, era el comienzo de la primavera. El fragante bosque... las bandadas de pájaros...

«Aquel día llovía a mares», había dicho el vecino de los padres de Zofia.

De modo que había dos «entonces» y el «ahora» de hoy, que en unas horas se añadiría a aquéllos como tercer «entonces». En este preciso momento este tercer «entonces» le pareció el más difícil, pues el primero sólo podía ser imaginado, algo que nunca había logrado hacer o, más bien, algo que siempre se negaba a intentar. El segundo «entonces» lo vivió solo. Sin embargo, ahora estaban viajando los tres, y eso resultaba insoportable: los tres juntos se dirigían a la casa junto al río a pasar las vacaciones, felices y alegres; precisamente allí... Tendrían que pasar a la vista de todos los demás...

«A la vista de todos los demás», pensó, y le asustó su elección de palabras. No era correcto ir con ellos. Miła debería haber ido con el niño primero, y él después, solo. ¿Por qué no lo había pensado antes? «Es estúpido», se contradecía a sí mismo. «Una estupidez, estupidez», se decía. Pero no servía de nada.

—Te miro y te miro y sé que tú no paras de pensar en Karolina...

Sobresaltado, como recién despertado de un sueño, estuvo a punto de preguntar: «¿Qué Karolina?», lo que, sin ninguna duda, hubiera inquietado a Miła, porque Karolina era la protagonista de la novela que él llevaba escribiendo ya dos años. Últimamente le resultaba muy difícil escribir. Se atrancaba, se sentía débil. Miła abrigaba muchas esperanzas en la estancia en aquel lugar lejos de todo, lejos de las «pesadas moscas».

—Estoy harto de ella —sonrió torpemente— y me parece que la voy a encerrar en el cajón...

—Pero ¡por favor! ¿Te rindes tan fácilmente? —se enfurruñó. Le miró fijamente: se daba cuenta de que en los últimos tiempos estaba de un ánimo extraño, pero se lo atribuía a las derrotas cotidianas sufridas delante del escritorio. Quiso seguir comentando los problemas de la novela, pero él pidió que cambiaran de tema, aunque lo que Miła decía era más que razonable. No quería, como dijo, ocuparse de Karolina, le dolía la cabeza. Otra vez estuvo a punto de cometer un error cuando Miła, cambiando de tema obedientemente, preguntó: «¿Cuándo llegaremos?». «Dentro de dos horas», estuvo a punto de decir, lo cual no tenía mucho sentido porque en dos horas llegarían tan sólo a la ciudad donde había vivido Zofia antes de que se casasen, y también más tarde, después de que él se fuera, cuando se trasladó a la casa de sus

padres. Para llegar a ese lugar en el fin del mundo quedaban aún cinco largas horas de viaje. Mucho.

Se acurrucó en un rincón, cerró los ojos y se dejó ir en un semisueño. Un sol tierno y bondadoso bañaba su cara. Miła le hablaba al pequeño de vacas y árboles a media voz. Luego se oyó el susurro del papel de estraza y le ofreció al niño el segundo sándwich, y otra vez se oyó el mismo susurro. Miró por debajo de las pestañas: también ella estaba comiendo un bocadillo. La contemplaba a hurtadillas con un resentimiento que hasta entonces no había experimentado nunca, con la mirada fría de un hombre ajeno: cómo masticaba lentamente, como un niño cuando le gusta la comida, y, como un niño, entrecerraba ligeramente los ojos. «Tiene una cara corriente», pensó, sabiendo que no era verdad y que no le hacía justicia no sólo con su juicio, sino también con la manera de observarla.

—¿A qué huele el viento? —preguntaba Miła al pequeño.

—A viento.

—No es verdad. El viento huele a trébol —estalló en risa... Eran como dos niños...

Debió de quedarse dormido, pues, de pronto, ya no sentía el sol en la cara, y nubes blancas y esponjosas vagaban por el cielo.

Le preocupaba no estar seguro de si ese puente, aquel puente eternamente provisional, como había dicho el vecino de los padres de Zofia, se hallaba justo antes de llegar a la ciudad o mucho antes. Nada más pasar ese puente, la vía subía y durante unos dos kilómetros avanzaba despacio por el terraplén empinado, flanqueado a ambos lados por el bosque. «Era el mejor sitio para saltar», había dicho el vecino. «Mire: bosque por aquí, bosque por allá, y cualquier tren, incluso aquél, tenía que ralentizar, lo quisiera o no. Aquí saltaban».

El vecino le llevó por el terraplén, descendiendo hasta el lindero del bosque. Asustaron a una bandada de pájaros, que salió de entre las ramas y voló hacia el cielo. Los robles eran viejos y anchurosos. El vecino dijo: «Aquí, señor...», indicando con la mano el lugar donde yacían Zofia y el pequeño, muertos: bajo el roble, junto al camino que se adentraba en el bosque. Se agachó y pellizcó una brizna de hierba que guardó en el bolsillo del uniforme. Era 1945, todavía no le habían desmovilizado.

Volvieron a la ciudad tal como habían ido, andando. El vecino seguía contándole todo lo que sabía, él escuchaba en silencio. Cuando llegaron a la estación le dio las gracias, se despidió y subió al tren.

El niño hacía pucheritos. Miła lo sentó sobre sus rodillas.

En la única foto que le quedaba, Zofia tiene al bebé en sus rodillas. La carita del niño no es nítida, apenas tiene rasgos. Zofia mira la máquina de fotos ensimismada, seria. Le había enseñado la foto a Miła, aun antes de casarse. «Es bella, pero ¿por qué parece tan triste?». «No era triste, pero tampoco era alegre», le aclaró.

No sabía explicar cómo era de verdad, no quería decir: distinta a ti.

Tocó la mejilla de Miła. «Mi amor...», dijo, ignorando si se lo decía a ella o a la otra... ¿Quizá a ambas? Había amado a aquella mujer. Ahora amaba a ésta.

Miró el reloj, cargó la pipa, se levantó mostrando la pipa para decir que quería fumar y salió al pasillo. Cerró tras de sí la puerta del compartimento, separándose de ellos dos.

El tren aún avanzaba rápido. Se quedó de pie, esperando. De repente, las ruedas cambiaron de ritmo, se asomó por la ventana y vio cómo se acercaba el puente de madera eternamente provisional. Se acercaban lentamente, el puente y el bosque, espeso, de árboles de hoja perenne. Unas ramas secas en el fondo de la hondura. Los pájaros sobre el bosque. El silbido de la locomotora se le antojaba estridente, como el de un pájaro. «En la ciudad lo oíamos, y cuando se oía el silbido todos sabían que el tren estaba sobre el puente y que, pasado un instante, en cuanto terminara de cruzarlo, intentarían escapar...».

El tic-tac se hacía cada vez más lento, como el latido del corazón cansado. El gemido de las vigas. Los dedos apretados sobre el marco de hierro de la ventana. El gemido de las vigas. El empinado terraplén se precipita hacia abajo con su ladera de gravilla. Encima, sobre el techo, estaban ellos, con los fusiles, disparándoles como a los pájaros... Se imaginaba a los que saltaban como si fueran pájaros que salían volando por las ventanas, planeando y cayendo muertos al suelo. El hecho de pensarlos convertidos en pájaros le consoló. Su mirada buscó el lugar exacto donde el camino campestre se adentraba en el bosque. Lo encontró.

Junto al camino se hallaba aparcado un pequeño utilitario y, al lado, debajo del extenso roble, una familia con hijos estaba sentada alrededor de una mesa. Estaban comiendo. Los niños saltaron de sus asientos y corrieron hacia el terraplén y, agitando sus manitas, gritaban algo con sus vocecitas chillonas. Por instinto, sin pensarlo, levantó el brazo y respondió a los saludos.

El niño estaba durmiendo. Miła parecía sumida en la lectura; con gafas parecía adorable.

—¿Ya?

—¿Ya qué? —se inquietó él.

—¿Has fumado a gusto?

Le acarició el pelo: sonrió sin interrumpir la lectura.

«Le contaré todo... Esta noche se lo cuento...», pensó, repentinamente colmado de ternura y tranquilidad.

DE VIAJE, DE NOCHE

¿IBA A LA CIUDAD DE W.? ¿Volvía a la ciudad de W.? Al principio no estaba claro, pero pronto se despejó la duda: iba a la ciudad de W. El tren estaba casi vacío, de modo que resulta difícil dar una explicación al hecho de que no ocupase un asiento y que pasase de vagón en vagón mirando todos los compartimentos. Detrás de las ventanas del tren crecía un bosque joven. De pronto, tuve un presentimiento, algo que tan sólo había experimentado una vez en mi vida, ya que sólo una vez subí en un tren que iba en dirección equivocada. Fue hace mucho, hace treinta años. Aquel incidente me vino a la memoria con gran nitidez. Entonces, al igual que hoy, sin ocupar el asiento en el compartimento, permanecí de pie en el pasillo. Cual no sería mi sorpresa cuando me di cuenta de que el tren atravesaba un joven pinar y no corría, como esperaba, lindando la línea de edificaciones fabriles del suburbio. «¿Es el tren a W?», pregunté al revisor cuando apareció por el pasillo. «No, señorita, este tren va a P.», contestó tranquilamente, y añadió que era un expreso que paraba dentro de una hora, en una estación de cruce.

Esta vez no podía preguntar al revisor porque, simplemente, no lo había, y cuando el tren paró en la estación más próxima, me bajé.

Al lado, en una vía cercana, esperaba otro tren que arrancó apenas hube podido subir.

Era un tren mixto, con mayoría de vagones de mercancía, vacíos, sin maletas ni equipajes, muy limpios. En el rincón de uno de esos vagones el revisor estaba abrazando a una muchacha. Sus troncos no se tocaban, estaban separados por la linterna encendida que emitía el color rojo colgada en el pecho del revisor. Presentía que tampoco era el tren en dirección a W y tuve la intención de preguntar al revisor, pero no lo hice para no molestar a la joven pareja.

Detrás de las ventanas, en la oscuridad, parpadeaban pequeños puntitos de luz movidos por el viento.

Abrí la puerta del compartimento, donde los viajeros dormitaban.

—¿Este tren va a W? —pregunté.

Movieron las cabezas, estupefactos, arrancados del sueño, y un hombre que estaba sentado junto a la puerta respondió con una pregunta:

—¿Cómo dice, a W.?

Los demás me observaban con atención.

No me quedaba otra que bajar de nuevo en la próxima estación. Una inquietud se despertó en mí: ¿qué pasará si resulta que el tren a W acaba de partir? ¿O que... que sale al amanecer? ¿O que no existe ese tren? La estación, sumida en la penumbra, parecía de reciente construcción, aún no terminada. Estaba vacía y brillaba por su limpieza. Quise verificar el nombre de la localidad, pero el letrero luminoso rojo que, supuestamente, tenía que ofrecer esta clase de información a los viajeros, parpadeaba:

se encendía para volverse a apagar enseguida, así que lo guardó en secreto. Desde el andén salía un túnel suavemente inclinado, en cuyo extremo se veían las ventanillas de las taquillas. Estaban cerradas.

Volví al andén con la esperanza de encontrar allí todavía el tren del que me acababa de bajar, pero ya se había ido. El cartel luminoso que había sobre el edificio se iluminó y se apagó, sin darme tiempo a leer las letras que formaban ese rojo balbuceo. Unas lucecitas viraban llevadas por el viento. Bajé por el túnel y me detuve delante de las taquillas. Decidí esperar hasta que abrieran la venta al público. En ese momento oí unos pasos acercándose. Un hombre caminaba por el túnel hacia el andén. Cuando se acercó le pregunté si sabía cuando salía el próximo tren. No contestó, pasó a mi lado sin decir una palabra, tampoco me miró. Sus pasos se silenciaron a lo lejos.

Pensé, impotente, que ya nunca más viajaría sin B.; súbitamente recordé que B. ya no estaba.

LA MANO

¿POR QUÉ RECUERDO precisamente esto? Yo, que puedo confesar con la conciencia muy tranquila que pasé por todos los escalones de la humillación... Quizá fuese la última gota y, por eso, la más dolorosa. No lo sé. A la sazón, estaba tirado sobre la tierra dura, congelada, bajo los árboles despojados de hojas diciéndome a mí mismo: tú, viejo idiota, imbécil... Pero seguía doliéndome el corazón, y me duele aun hoy, bien que, a lo largo de aquellos tres años, descendí a los infiernos y supe que en cualquiera de nosotros hay una frontera, una línea divisoria tras la cual terminaba nuestro conocimiento de nosotros mismos.

En aquellos tiempos, al principio, aún mantenía el control sobre mí mismo y tenía fuerza suficiente para cargar sacos de cemento. Cuidaba de mi higiene, como si la amenaza de la muerte no me acompañara permanentemente, tratando de evitar así las frecuentes diarreas, eccemas e, incluso, conseguí librarme del tifus. Durante el recuento, cuando estábamos de pie, desnudos —el frío cortaba como un cuchillo—, me decía: «Es como un campamento invernal a una altura de dos mil metros». Y mi delgado cuerpo lo soportaba. Sí, al principio aún me mantuve firme a pesar de que era un comando duro y de que, al fin y al cabo, ya era mi segundo año en el campo.

Se le cayó el saco de la espalda y tuvimos que llevarle en volandas; tenía heridas de las culatas de los SS. Era muy joven y parecía un niño grande que sufría. Podría haber sido mi hijo, tantos años nos separaban. Le visité en su barracón, le llevé pan, y no creo que esa relación hubiera durado mucho más si no hubiera sido porque habíamos descubierto una pasión común. Recuerdo cuando me dijo, con la terquedad de un niño, seguro de poder cumplir la promesa:

—Conseguiré salir de este fárrago... y ya verás... ¡aún haré la pared sur de Zamarla^[32]!

Como por un arrebato del viento del sur, de repente me quité veinte años de encima. Tuve que mirarle de modo extraño, porque quiso explicarse.

Después se trasladó a mi catre. Le enseñé una técnica para llevar los sacos, y cómo respirar para reducir al máximo la sobrecarga del corazón. Le revelé el complicado sistema de la jerarquía social en el campo, le enseñé tácticas de defensa propia, le advertí que no comiera mondaduras de patatas y que se despiojara con regularidad. Era muy joven e inexperto.

Por las noches, en el barracón, más de una vez se reían de nosotros y decían:

—Ya están otra vez «andando» esos dos locos...

Andábamos sistemáticamente, siguiendo un plan, empezando desde el límite de los montes Tatras de Bielsk y, frontera a través, hasta Krywa. Conquistábamos las cumbres haciendo todas las variantes de caminos conocidos por la experiencia o aprendidos en las lecturas especializadas. Hasta me sorprendía que hubiera tenido tiempo de conocerlos: ¡tenía sólo dieciocho años! Hablaba de las montañas como un

chavalín enamorado, con el brillo en los ojos y un temblor en la voz. Mi propia pasión, algo polvorienta a causa de la edad, aturdida por el sufrimiento, se despertaba aquellas noches más rica por indestructible, más profunda por la añoranza. Muchas veces soñé con las rocas, con atravesar frescos valles sombríos y arroyos susurrantes.

Cubríamos trozos de papel con una espesa red de líneas que convergían en las cumbres. Contemplaba el revoltijo de líneas y cruces y ya sentía el granito bajo los dedos, y mis piernas, largas y flacas como palillos, se endurecían por el esfuerzo. No sé él, medio siglo más joven, pero yo recibía esos momentos como un remedio revitalizante y salvador. Salvador para el espíritu, dado que el cuerpo empeoraba día a día, y pocos rasgos humanos quedaban en mi capa exterior. También en él, tan joven...

Con el tiempo se hicieron más y más frecuentes las pausas, los ensimismamientos y los silencios. Al final quedaron únicamente las palabras más indispensables en el campo y las expresiones más básicas. No hicimos todas las cumbres de los Tatras. Pero seguía a mi lado; a veces, una pesadilla nocturna le hacía buscar mi mano. En la cabeza yo le decía: «Hijo».

En invierno nos evacuaron a M. Un gélido soplo de aire de las montañas barría el camino a las canteras. Ya no recuerdo si entonces me di cuenta de que provenía de los Alpes. Jaro ya no decía que saldría de ésta, sino que el hombre era como una mosca y cualquier zapato podía aplastarlo. Sabíamos que eran las últimas semanas, los últimos días. De noche el resplandor de la batalla llenaba el cielo y la tierra temblaba.

Nos expulsaron, a nosotros, un puñado de musulmanes, de noche, en medio del caos, de disparos y gemidos de los que agonizaban. Nos llevaron por el bosque, sin caminos, y nadie tenía dudas de que era nuestro último trayecto. Nos quedábamos petrificados ya antes de tiempo, y nuestros cuerpos, bajo los trajes a rayas, se volvían de color morado.

Jaro caminaba conmigo. «Sujétame», musitaba. Su mano y el frío son lo único que recuerdo de aquella noche.

Al amanecer nos encontramos en un claro del bosque no demasiado extenso. Aparte de la garita de los SS, había allí un chamizo sin ventanas, con una sola entrada, y rodeado por una alambrada. Eso era todo.

El suelo de dentro del chamizo estaba duro, ya lo habían pisoteado antes: no éramos los primeros en estar allí. Entrábamos de uno en uno por la estrecha puerta, cayendo unos encima de otros como sacos, con apenas conciencia. De pie hubiéramos cabido, aunque a duras penas, pero ¿quién podía tener fuerza como para estar de pie un segundo? Sentía que mi fin estaba cerca. Aquella marcha nocturna, mi corazón... De hecho, ya me pareció extraño que no me hubiese quedado por el camino, como muchos... Estaba sentado con las piernas encogidas, aplastado por la presión de los cuerpos, y mi espalda se apoyaba en las huesudas piernas de Jaro, que estaba apoyado contra la pared. Pasaron dos días. Ni un sorbo de agua, ni una rebanada de pan... Sólo muchos SS con los fusiles a punto. ¿Por qué no disparaban?

¿Ahorrabán en balas? ¿Sabían que dos, tres días más, y nos moriríamos de todas formas?

De noche el cielo ardía, el eco de los disparos se multiplicaba en el bosque, la libertad estaba a un paso, pero nosotros, impotentes, despojados de voluntad, éramos como un montículo de ramas secas...

Al anochecer del segundo día Jaro se movió. Noté luz a mis espaldas, empecé a caer en el vacío: ¡estaba tirado de espaldas! ¡Oh, felicidad por este instante de respiro! Jaro se arrastraba hacia la puerta, los demás le maldecían porque pasaba por encima de ellos, por la maraña de cuerpos humanos aún con vida, aunque ya medio muertos. No me quedé tumbado más de unos segundos: me dijeron que me apartara y sentara. Cada centímetro era cuestión de supervivencia. Con mucha dificultad, pasado un buen rato, logré desplazarme hacia la pared. Este esfuerzo consumió los restos de mis fuerzas; estaba débil y respiraba pesadamente. No sé cuánto tiempo pasó hasta que oí la voz de Jaro que decía:

—Échate a un lado, éste es mi sitio.

Tenía razón, era su sitio, mejor porque estaba junto a la pared. Con razón lo reivindicaba, pues, aunque tenía dieciocho años, frente a la muerte todos teníamos los mismos derechos.

—Un momento, deja que coja fuerzas... —musité.

Al parecer, no me había oído, porque gritó una vez más y me asestó un golpe.

Yo susurraba: «Jaro... un momento...», pero él siguió golpeando y después cayó sobre mí.

—¡So bestia!... —gritaba—. Es mi sitio, ¡fuera de aquí!

Me estuvo pegando mucho tiempo, hasta que logró escurrirse debajo de mí y yo yacía sobre él, y los demás gritaban que se estaban asfixiando porque, de repente, el chamizo pareció aún más atestado y no se podía respirar. Pero ¿a quién le importaban los demás?

Yo veía los ojos de Jaro, unos ojos vivos en un rostro muerto, y veía el odio en esos ojos...

Me dio un empujón y me echó. Pensé estupefacto: ¿de dónde saca tanta fuerza? Ahora yo estaba tirado sobre otro, y alrededor no había ni un centímetro de espacio libre, a pesar de que hacía poco allí cabía también mi cuerpo. Ahora era yo quien se arrastraba hacia la puerta pisoteando a los demás, yo, que no tenía fuerzas ni de moverme medio metro. Era como si los golpes y las patadas del otro, como si su mano hubiese despertado en mí vestigios de rebeldía. Me incorporé apoyándome contra la puerta.

Era una noche estrellada, la tierra estaba cubierta de escarcha y los árboles enjutos y desnudos. Mis pulmones tardaron unos instantes en habituarse a la frescura punzante del aire; di unos pocos pasos y me desplomé.

Unos meses más tarde, volviendo a casa después de una larga estancia en el hospital,

paré en P. El tren salía al anochecer; caminaba por la ciudad aún muy débil y lleno de temor por los míos. Ante mí, a distancia de unos pasos, apareció alguien, con el cráneo como un incipiente cepillo. Pasé a su lado. No le reconocí.

Pero él gritó mi nombre y me apretó en un abrazo. Ya bien alimentado, con la camisa clara, no me soltaba de entre sus brazos. Se reía. Yo veía el hueco dejado por los dos dientes que le había sacado el vigilante en la cantera.

—¡Hermano! —gritaba—. ¡Estamos vivos! ¿Recuerdas mis palabras? Vayamos a la montaña... ¿eh?

Con un gesto de amigo golpeó mi hombro. De repente me faltó aire, se me nubló la vista.

Quité su mano de mi hombro. Al apartarme sentí su mirada atónita.

LA DIRECCIÓN

EL TELEGRAMA LLEGÓ a las ocho de la mañana. Aún estaba en la cama, no tenía ganas de levantarse. Ahora odiaba los domingos. Era un día vacío, difícil de llenar. Se levantaba lo más tarde que podía, una vez que el ajetreo doméstico se hubiera calmado, que se hubieran terminado las carreras al baño y a la cocina. Eso solía durar mucho, dado que residían en el piso tres familias distribuidas en tres grandes habitaciones. Él ocupaba un cuartucho minúsculo, al parecer un antiguo cuarto de la criada, cuya única ventaja consistía en que era sólo suyo. Por otra parte, no había sitio para poner otra cama y sólo una vez, cuando llegaron los familiares de los dueños de la casa desde más allá del río Bug, tuvo que aceptar por la noche a un niño de doce años para el cual prepararon un colchón en el suelo.

Fue casi la mejor noche que pasó en esa casa: habitualmente dormía nervioso, tenía pesadillas, a menudo se despertaba por la noche y se quedaba despierto hasta el amanecer. Aquella noche, cuando junto a su cama, en un colchón, durmió este «pequeño» —decían «pequeño» aunque era un mocetón bien grande—, le pareció que Henryk había vuelto y estaba durmiendo a su lado, cansado y un poco extraño, un poco mayor, más «hecho un hombre». Escuchaba la respiración del muchacho y observaba su cabeza oscura apretada contra la almohada. ¡Con qué facilidad se deslizó en esta mentira impuesta por la imaginación! No luchó contra la conmoción y, por primera vez desde su regreso, sintió calor dentro de su cuerpo. Aquella noche durmió plácidamente, más tranquilo que el pequeño, que se estremecía y gemía en sueños.

La mañana fue dura. Evitaba la mirada del muchacho cuando éste, charlatán y curioso, quiso conversar con él. Se excusó con que tenía prisa, porque había, como siempre, cola para el baño, y salió de casa sin lavarse, sin afeitarse, aún más huraño y cerrado que de costumbre.

El aire fresco le despejó. Se reprochó duramente ese accidente sentimental de su naturaleza fría y racional. Por la tarde encontró la habitación recogida, y la dueña, agradeciendo su amabilidad, anunció que los familiares se habían ido a la Baja Silesia. Recibió con alivio la ausencia del muchacho, pero, de nuevo, pasó una mala noche y, en contra de lo habitual, tomó un somnífero. Sería una locura creer que Maria y el muchacho estaban vivos. Siete meses de búsqueda escrupulosa, de cartas, anuncios, visitas a conocidos y extraños: ni un rastro. Todo se interrumpía el 10 de mayo de 1943. Porque hasta este día logró, basándose en conversaciones y relatos, reconstruir toda la vida de su mujer e hijo durante la ocupación. No faltaba ningún eslabón: primero Varsovia, la calle Hoza, el primer piso en zona aria y el apellido Wisłowska. Después, el chantaje, el traslado a Cracovia ya como Kowalska, y finalmente el regreso a Varsovia (no lograba entender por qué volvieron), una habitación en la casa del ingeniero Z. y un puesto de trabajo en la oficina de correos.

El 10 de mayo, a las diez de la mañana, Maria salió de casa con el niño. Nadie más les vio después, nadie preguntó por ellos. A partir de ese día sólo se extiende la oscuridad y el silencio.

—No quiero parecer cruel —dice el ingeniero Z.—, pero creo que la única explicación es que se toparon con algún bestia que los denunció.

—¿Y una redada? ¿No pudo haber sido una redada? —replicaba a todos aquellos que recibían su loca persecución de los muertos con un encogimiento de hombros o con la compasión que creían que merecía un hombre desesperado.

Hace un mes abandonó la búsqueda. En la maleta se amontonaba una columna de escritos, formularios y cartas, cuya respuesta siempre era «No». Llevaban sellos de la Cruz Roja y la Cruz Blanca, la oficina de Repatriación, Joint, Hias; sellos suizos, londinenses, alemanes. Hace un mes cerró la maleta con llave; y aceptó la condena a muerte. Dejó de preguntar, de empeñarse en reunirse con mucha gente, de coleccionar biografías de la guerra. Aceptó el puesto de trabajo en una oficina y en poco tiempo se ganó la opinión de trabajador diligente y compañero poco sociable. En las encuestas personales escribía: «Viudo».

Y entonces llegó. Su primera reacción fue agarrar un cigarrillo, pero sus manos temblaban con tanta violencia que era incapaz de encender la cerilla. Cayó de nuevo sobre las almohadas, débil y tembloroso como alguien después de pasar una enfermedad grave.

—Ya les había dicho —susurraba—, si les dije...

La noticia la envió la delegación de la Cruz Roja en Varsovia, desde donde, en repetidas ocasiones, había recibido respuestas contrarias a lo que decía el telegrama que acababa de llegar. Probablemente la dirección de Maria había tardado todo este tiempo en llegarles; las cartas desde el extranjero tardan, muchas se pierden por el camino, así que no hay que extrañarse. Una y otra vez, infinitamente, levantaba la hoja blanca con el torcido papelito pegado: MARIA KRANZ E HIJO, CAMPO UNRRA 94, OTTLINGEN, ZONA AMERICANA, ALEMANIA.

«Ocurrió como me lo había imaginado: les atraparon en una redada callejera, les llevaron a un campo de trabajo o a trabajos forzados. Yo lo sabía, presentía que estaban vivos...».

Se imaginó en un enorme *hall* de la estación de una ciudad desconocida, se vio bajando del tren, corriendo hacia ellos dos. Maria con su vestido claro, que tanto le gustaba, y Henrys... Henrys tenía la cara y el pelo oscuro del niño que había dormido en su habitación. En los labios sintió una gota ligeramente salada. «Estoy llorando», pensó con alegría. Una hora más tarde, al despedirse de la dueña del piso, le pidió que hiciera una llamada a su oficina para explicar su repentina ausencia.

—¿No puede esperar hasta mañana? —preguntó sorprendida más por la rapidez de los acontecimientos que por la noticia, muy frecuente en estos tiempos—. Prepararse para el viaje tranquilamente, comprar víveres; es un viaje tan largo... ¿No sería preferible pedir un permiso? Es tan peligroso cruzar así la frontera, vaya. O

mejor aún, escribir a su mujer para que venga ella aquí...

La escuchó educada y pacientemente; estaba ya totalmente equipado: un jersey grueso, una cazadora, mochila. Repitió: «Sólo le pido, por favor, que llame a la oficina...».

Actuó con celeridad, lógica y firmeza. Abandonó la ciudad en el primer tren que salía hacia el suroeste. Tras estudiar el mapa, llegó a la conclusión de que lo más cómodo sería cruzar la frontera en los alrededores de uno de los balnearios, donde las colinas densamente arboladas garantizaban el máximo de seguridad. Además, le pareció ridículo pensar en los peligros en este momento, cuando acababa de encontrar a su mujer y su hijo.

La pintoresca ciudad donde se bajó del tren, sus callejuelas empinadas y sus soportales no atrajeron su atención ni por un momento. Esperaba su autobús en un tugurio lleno de humo; a través de los sucios cristales se divisaban los tenderetes en la plaza de la estación. Compró cigarrillos, guardó en la mochila bollos y manzanas. Cuando tomó asiento en el autobús, todo el día le pareció un sueño del cual no lograba despertar. Se asustó y probablemente emitió un gemido, porque su vecino de asiento le miró atentamente y dijo, revelando su acento de Lvov:

—¿Y usted qué? ¿Está enfermo?

El autobús llegó a su destino. Caminó dos kilómetros por la carretera y después giró hacia el bosque.

Se caminaba bien al atardecer. El aire puro de la sierra suavizaba el peso de la respiración, los músculos trabajaban elásticos y hábiles. Ahora sí, ahora podía imaginarse una conversación infinita con Maria. Antes no. Cuando estaba muerta jamás le hablaba.

La tierra en el bosque era húmeda y olorosa. Caminaba pausadamente, con el paso firme de un caminante experimentado. No se detuvo hasta llegar a la cima. Colmado de una felicidad tácita miró el cielo y las estrellas. Exclamó: «¡Maria!», y el eco le respondió.

Estaba a punto de llegar. Tras dos días de travesía los ojos le escocían, los pies se le habían hinchado. Viajó en trenes, coches, y un buen tramo caminando. Avanzaba sin ver nada alrededor. Pasaba con indiferencia junto a los nombres de ciudades conocidas, sordo a los sonidos de un habla extranjera, sin caer en la cuenta de que el país donde se hallaba era tierra hostil.

Pasados dos días aparecieron de nuevo las montañas, suaves, verdes, de formas redondeadas. Allí, al pie de estos montes, estaba Maria.

En la *Wirtschaft* le indicaron el camino sin problema. El campamento de UNRRA estaba situado en el antiguo cuartel de las SS, en las afueras.

—*Eine wunderbare Gegend*^[33] —ensalzó una alemana recién salida de la peluquería, sentada detrás de la barra. En la cervecería reinaba un ambiente fresco de orden, las mesas de madera y los bancos relucían, pulidos con los traseros de los bebedores de cerveza. La alemana tenía las uñas de color sangre, la radio emitía un

concierto de violín de Bach. Salió rápido de allí como si le persiguiera alguien.

Cruzó el puente sobre el río, pasó al lado de las últimas casas de la ciudad. El día llegaba a su fin, los coches ya encendían los faros. Pasada la curva, junto a la pared del bosque, se hallaban unas casas de color claro. Pretendió acelerar el paso, pero el corazón no se lo permitió. Respiraba rápidamente, como después de una larga carrera. Una especie de flojera se apoderó de sus piernas. Lo sabía: no era el cansancio. Se secó el sudor de la frente y en el pañuelo afloraron manchas húmedas y sucias. Sin detenerse encendió un cigarrillo. Tenía miedo.

El guardia con uniforme americano le preguntó en polaco:

—¿A quién viene a ver? —y luego indicó un edificio de una sola planta—. Allí está la administración y allí tienen el registro, pero ahora está cerrado.

Explicó caóticamente su caso, que no podía esperar hasta mañana, que, por favor, ya, enseguida...

Se sentó en la escalera y esperó. Delante se extendía una enorme explanada rodeada de edificios, en el césped se habían sentado mujeres con niños pequeños, por los senderos circulaban grupitos de gente. Alguien tocaba la armónica. En medio de la plaza se erigía un sólido poste con la bandera blanca y roja.

—¿Es usted quien busca a Maria Kranz? —oyó una voz masculina. Se incorporó de un salto. Tenía la garganta seca, atenazada por un espasmo. Asintió con la cabeza.

—Doña Maria es nuestra enfermera. Vive en el cuarto bloque, habitación número 15.

Dio las gracias, se echó la mochila al hombro y, aunque el hombre se quedó esperando alguna explicación, no dijo ni una palabra y se encaminó en la dirección indicada. Caminaba consciente de estar despertando curiosidad; la gente se paraba a su paso, lo miraba. Recordó que hacía tres días que ni se afeitaba ni se lavaba... Su cazadora era gris y estaba sucia, los zapatos envueltos en una gruesa capa de polvo. Antes de entrar en el cuarto bloque se detuvo y respiró profundamente una y otra vez. Al respirar sintió dolor en el corazón.

Subió a la primera planta, miró el número de la puerta al lado de la escalera: el diez. Es decir, es la quinta puerta.

No fue capaz de llamar a la puerta enseguida. Se quedó quieto, escuchando. La habitación estaba sumida en el silencio, un fino haz de luz se escurría por una rendija. Quería gritar: «¡Maria!», pero sus labios estaban como helados. En la planta baja se oyó el crujir de la puerta y una voz de mujer dijo: «Józek, para ya! ¡Qué cruz con este niño!», y a continuación sonó el llanto de un niño. Fue entonces cuando presionó ligeramente la manilla. La puerta se abrió suavemente, sin oponer resistencia. En la habitación había una lamparilla encendida junto a la cama. En la cama, envuelta en una manta gris, descansaba una mujer. Una mujer desconocida.

Se detuvo en la puerta, respirando pesadamente. La mujer levantó la cabeza: vio sus cabellos claros, muy claros, formando pequeños rizos. No era joven.

Él se agarró a las migajas de esperanza, aunque ya sabía que era en vano.

—Estoy buscando a la señora Kranz. Maria Kranz... —E inesperadamente, incluso para sí mismo, añadió—: Soy su marido.

Vio los ojos de la mujer dilatados de asombro repentino: de un salto se levantó de la cama, aunque se controló enseguida y dijo tranquilamente:

—Es una equivocación. Usted está buscando a otra mujer. Mi marido está muerto.

Él dio algunos pasos y, sin quitarse la mochila del hombro, se derrumbó pesadamente sobre la silla.

—¡Equivocación! —rio con amargura—. Ella ha muerto, no está... y usted me dice «equivocación».

La mujer se acercó, él veía su cara fatigada, ajada.

—Ella era joven... joven y bella... —dijo, y enseguida añadió—: Perdóneme... Llevo tres días caminando...

—No hay nada que perdonar —la mujer se encogió de hombros—. ¿Cree que no le comprendo? Pero ¿cómo es que tiene mi dirección?

Sacó el telegrama del bolsillo, se lo tendió sin decir una palabra. La mujer lo leyó, y lo dejó sobre la mesa. Él no volvió a guardarlo.

—La Cruz Roja, claro. Sí, hace un mes les escribí otra vez. Sigo con la esperanza de que aparezca alguien de la familia... Pero que usted haya venido así, a ciegas... Tendría que haberlo verificado antes y no venir así, como... como una polilla atraída por la luz...

«¿Cómo podía dudar?», pensó. El mismo nombre, apellido. E hijo.

En voz alta dijo:

—Una vez más le pido perdón. Ya me voy...

★ ★ ★

Volvió a la ciudad. Caminaba con dificultad, a paso lento, de repente débil y sin fuerzas. «Me duele todo», pensó. «Qué dolor más sordo...». Ya era de noche, las calles parecían desiertas, sólo la *Wirtschaft* en la explanada, donde hacía poco había preguntado por la dirección, estaba bien iluminado. Temía no tener fuerzas para llegar hasta allí. Se detuvo, buscó apoyo en el brocal del pozo. De nuevo pensó: «Qué dolor, dolor sordo...».

Desde el fondo de la plaza sumida en penumbra salió corriendo una joven con un vestido claro; corría a paso ligero, pasó junto a él, cerca, muy cerca, y luego desapareció en la oscuridad. El corazón le latió con tanto ímpetu que tuvo que ponerse la mano en el pecho para tranquilizarlo. Así, con la mano sobre el corazón, se quedó esperando. «Volverá, me llamará... Como antes...».

En la *Wirtschaft* no había ni un alma. La camarera de uñas de color sangre estaba leyendo un libro, la radio estaba en silencio. Se desplomó sobre el banco, ocultó la cara entre las manos y se quedó sentado, inmóvil. La alemana, sin esperar el pedido, puso una jarra llena de cerveza delante de él. Bebió ávidamente, de un trago, hasta el fondo.

—*Sie fahren weg?*^[34] —preguntó ella cuando le pagó la cerveza—. Es una pena. Este lugar es tan bonito, tan pintoresco... De nuevo vendrán los turistas, nuestros viñedos son famosos en todo el país... *Wein, Weib und Gesang*^[35]...

La miró: su mirada la asustó tanto que dio un paso atrás. La noche era fresca. Llegó a la estación en el momento en que el brazo verde del semáforo se levantaba. Subió al tren, sin saber adonde le llevaba; ocupó el asiento junto a la ventana, detrás de la cual se derramaba la oscuridad espesa e insondable.

EN LA INFANCIA, AL ANOCHECER

ES LA ÚLTIMA HORA DEL ATARDECER, sobre la mesa hay un tazón de cereales, en el plato descansa una rebanada de pan con mantequilla. El bocado se atraviesa en la tráquea porque se ha vuelto demasiado estrecha: duele.

La cocina es inmensa, oscura, con su enorme mesa con nudos, el único elemento iluminado por la lámpara suspendida encima; todo lo demás: el gran aparador, el extenso horno, una preciosa pesa de latón, todo está sumido en la semioscuridad.

Tras los cristales reina la noche. El viento se cuela por la ventana, rebota en las paredes, baila con la lámpara colgada encima de la mesa y huele a jardín.

En la taza de barro de florecillas rosas y azules hay sucedáneo de café generosamente endulzado por Agafia. Pero Agafia no está; está sentada en la escalera que, a diferencia de la del jardín, se llama «escalera de la cocina», hablando consigo misma. Le gusta hablarse. Dio orden de comer obedientemente y no levantarse de la mesa hasta que no desapareciera del plato el pan, y el café de la taza.

El perro de los vecinos ladra, la hija de los vecinos se ríe sonoramente; es la mayor de las alumnas del profesor de piano que cada semana viene de la capital de provincia para dar clases. Es la mayor, sí, pero es la primera en tocar en los conciertos, porque sabe poco más que do-re-mi. Pero tiene unos dedos largos, los más largos de todas —ninguna de las alumnas los tiene así—: «Manos de una pianista nata», alaba el profesor mirando sus ojos de color violeta.

Toda la casa está envuelta en sombra y silencio, sólo en alguna habitación lejana suena la radio, no se sabe para quién, porque los padres y las tías no están, todavía no han vuelto de una visita.

El silencio, la penumbra, los árboles susurran, en la boca el sabor dulcísimo del café. La cabeza apoyada sobre la mano. Desde una habitación lejana fluye la música, se posa en la garganta y ahoga. Ya no se oyen los rumores nocturnos ni los murmullos de Agafia en la escalera, ni las risas de la vecina de ojos color violeta. Una lágrima cae en el café.

Agafia irrumpe en la cocina jadeando.

—¿Qué pasa contigo? ¿Todavía no te has comido el pan? Ya vuelven... Oigo sus pasos...

De repente, con desconfianza, sospechando:

—¿Y tú qué? ¿Estás enferma?

En el porche ya estalla la alegría, voces altas, una de ellas, la más alta de todas, exclama:

—¡Callad... callad... psst! Escuchad la tercera parte de la Novena...

SABINA BAJO LOS SACOS

Apuntes para una biografía

SABINA ERA FLACA Y ALTA, de mirada timorata, como si supiera de antemano que nada bueno podía ofrecerle el mundo ni la gente. Sus ojos tenían el color de los nomeolvides silvestres, no de los de cultivo, cuyo color es más claro. Era de su padre de quien había heredado ese azul intenso que atraía la mirada. Su pelo era fino, liso y sin vida. Una vez se había tocado con un enorme sombrero de paja de su hermana vienesa, y todos constataron que, de esa guisa, se asemejaba a aquellas inglesas de las carreras de caballos de Ascott. Nadie de la familia había estado jamás en Ascott; las semejanzas las sacaron de la revista *Die Bühne*, a la que estaban suscritos en casa. Por lo visto las inglesas eran flacas y planas como Sabina, tenían los ojos claros y transparentes y andaban llevando esos imponentes sombreros. Sabina recibió ese indudable cumplido con una mirada de espanto. Pasó toda su vida en casa de sus padres en la pequeña ciudad de Galitzia, sin contar el periodo de su matrimonio, que no había durado ni dos años. Inesperadamente volvió a casa con un niño de medio año y dos enormes maletas.

Ese matrimonio, hay que decirlo, había sido amañado por un casamentero muy solicitado en la zona. Sabina tenía entonces veinte años. Su regreso fue precedido por una carta de Paul, el marido, empleado de un banco. El padre de Sabina, tras haber leído la carta, se quedó sentado en la mesa un largo rato, pensativo; después dobló cuidadosamente la carta en cuatro y la deslizó dentro de la cartera. Era un hombre sosegado, de modales irreprochables, alto y delgado. Sabina tenía de su padre no solamente el color de los ojos, también la altura y el cuerpo delgado. Era asimismo un hombre sabio y pío, observador de las tradiciones, de una tolerancia excepcional en aquellos años para con sus hijos, a los que permitía vivir según sus convencimientos e ideas.

—¿De quién es la carta? —le preguntó su mujer, Betty, una persona bondadosa como su marido, aunque muy diferente en cuanto a la sabiduría, y entrada en carnes, con esa clase de obesidad que parece blanda.

—Del marido de Sabina. Sabina vuelve. El matrimonio se acabó.

Betty emitió un grito ahogado.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

—Incompatibilidad de caracteres.

—¿Cómo es posible? Sabina, tan callada y pacífica, tan tranquila...

—No tiene importancia cómo sea. La incompatibilidad de caracteres es una fórmula que facilita el procedimiento del divorcio. El matrimonio se acabó, y punto. Por favor, no te pongas nerviosa, Betty, recuerda lo de tu corazón...

Fue solo a buscar a su hija a la estación y, de camino a casa, le preguntaba con cautela. Ella contestaba sin ganas, la carreta claqueteaba, la niña lloraba. Sí, era una

niña. Tenía los ojos de la madre y del abuelo.

—¿Estabas mal con él?

—Mal.

—¿Es verdad lo que ha escrito?

—Él me pegaba.

—Pregunto si es verdad...

Sus miradas se encontraron. Sabina aguantó la del padre, no contestó. Él no insistió. Siguieron el viaje en silencio hasta llegar a la ciudad. En ese momento, Jakub W. acarició el pelo siempre lacio de su hija, y después se inclinó sobre la niña que lloraba y dijo sonriendo, en un idioma que utilizaba en sus conversaciones con Betty, lectora de novelas de amor ambientadas en Viena: *Ein süßes Kind*^[36].

Betty, acalorada, esperaba en el umbral de la casa. Al ver a la hija y al bebé se puso a llorar.

—Querida hija, a lo mejor esto se arregla, en el matrimonio las cosas a veces son así...

—No mamá, nunca volveré con él. Jamás.

La voz de Sabina era seca. Jamás la habían oído hablar con tanta determinación.

Durante la cena charlaron sobre la niña que, cansada por el prolongado llanto, se durmió al fin. En un momento, la madre, todavía con la cara ruborizada, preguntó a la hija:

—¿Por qué me miras así?

—¿Yo te miro? —se sorprendió Sabina.

Betty no sabía explicar a qué se refería, y tampoco resultaba fácil de precisar: lo que la abrumaba era la nueva, asustada mirada de Sabina, que le quedaría para toda la vida.

Se fueron a la cama pronto. Antes de acostarse, Betty se tomó una dosis doble de sus gotas y, recostada en sus amontonadas almohadas, esperó que su corazón se calmara. Pensaba: «Jakub lo solucionará, encontrará la salida...». Este pensamiento tranquilizador la trasladó al sueño.

En cambio, su marido se levantó de la cama, abrió la ventana, acercó la butaca y encendió un cigarrillo. Una falena entró en la habitación, aleteó debajo de la pantalla de la lámpara de su mesilla. De noche Betty siempre cerraba las ventanas, le daban miedo los insectos nocturnos y los chillidos de los murciélagos cuando volaban bajo. Él se quedó escuchando. La habitación de Sabina estaba en silencio.

«Pobre niña... y yo, el viejo tonto... ¿Para qué la casaríamos con ese fantoche? "Se negaba a cumplir con sus obligaciones matrimoniales...". ¡Obligaciones! Pobre Sabina... Y yo que quería lo mejor para ella, tan distinta de sus hermanas y hermanos, la única —lo pensó así—, la que peor salió... Pero nunca hubiera sospechado que llegaría a pegarle, ese...».

Se quedó largo rato pensando, en su vida había pasado mucho tiempo pensando, y

ciertamente por eso no había llegado lejos; sólo alquilaba un humilde aserradero en las afueras de la ciudad, cerca del bosque. Cada día se dirigía allí en la calesa, bondadosamente sonriente, erguido como una vela, con las manos apoyadas en el bastón culminado con un pomo de plata.

Al día siguiente del regreso de su hija, Jakub W., a la vuelta de la serrería, se bajó delante de la casa del abogado y mantuvo con él una conversación de dos horas de duración. El divorcio se tramitó sin problemas y sin la participación de Sabina, cuyo papel se redujo a la firma de algunos documentos en el bufete. Tras conseguir el divorcio no mostró alivio, lo cual no significaba que no lo hubiese experimentado. No exteriorizaba sus sentimientos nunca, ni siquiera con la niña: nada de besos ni caricias en presencia de terceros, todo lo contrario que el abuelo, quien, aunque de manera algo tímida y reprimida, no dejaba pasar ninguna oportunidad de mostrar a su nieta ternura y amor.

(Qué poco sabemos de la verdadera Sabina, ni siquiera si ha existido una Sabina distinta de la que conocimos, la verdadera... Da hasta vergüenza. Se escurre por los caminos laterales de la memoria, aparece e instantáneamente desaparece, no llama la atención con su persona, ni siquiera lo pretende. Sólo los últimos momentos, y hablando con más exactitud, las últimas horas entre la mañana y la tarde de su último día, se grabaron en mi memoria con una imagen que perdura. Y ni siquiera los vi con mis propios ojos, tan sólo oí a alguien relatarlo, y por casualidad.

En esta imagen no están Sabina ni su hija Dora. Ambas están escondidas bajo un montón de sacos vacíos en el pasillo del *Judenrat*^[37]. Todavía están allí. El SS borracho entrará dentro de un momento).



Fluye por la ciudad el ya conocido riachuelo de corriente raquílica y monótona. La vida de Sabina se parece a él. Vive con sus padres, ayuda en casa: sólo un poco, porque Betty no quiere despedir a la fiel cocinera de tantos años. Cuida del niño, corre a la biblioteca a buscar novelas de amor para su madre y, de paso, sin buscar mucho, pide libros para ella; con el tiempo leerá ávidamente todo lo que caiga en sus manos, tanto a Courths-Mahler^[38] como a Dostoievski. Los días de mercado compra en la plaza una barra de mantequilla envuelta en una hoja de repollo; compra de cualquier manera, sin probar si está fresca, como lo hacen todas las amas de casa. Apresuradamente mete en la cesta fruta y verdura. Su figura plana y roma destaca entre las respetables señoras que practican el ritual de la compra en el mercado con unción y esmero. Apenas llega a la plaza cuadrada (y los días de mercado también multicolor), aún jadeante (siempre camina con paso apresurado, como si tuviera mucha prisa), lanza a los conocidos un breve «Buenos días», y ya desaparece.

También se diferencia por su ropa. Lleva vestidos elegantes, regalo de sus hermanas vienesas, desde por la mañana y para ir al mercado, y además lo hace de la

misma manera que compra: despreocupadamente, sin el cuidado que, al fin y al cabo, merecen esas ropas. Cuelgan sobre ella como sobre una percha. Hay quien afirma (amistosamente) que Sabina se viste con una elegancia despreocupada, no meditada, porque no tiene cabeza para eso...

Las hermanas vienesas —ya casadas, con carrera, una incluso con el título de doctora— vienen en verano, procedentes del gran mundo de los teatros y las óperas. En casa señorea el alboroto y el aroma de perfumes desconocidos. «Deberías sin falta buscarte un trabajo», le dicen a Sabina; también dicen que debería obligatoriamente leer a Karl Kraus y, por supuesto, a Thomas Mann, *La montaña mágica*, por ejemplo. Su padre susurra: «*Lasst sie doch in Ruh*, dejadla en paz...». Sabina parece preocupada.

A Sabina le gustan mucho las visitas de sus hermanas. No les tiene envidia: no hay en ella ni una gota de envidia. Sin embargo, cuando se van, respira con alivio. Y cuando un día vaya con el padre a la ciudad, al teatro o a la ópera, volverá desilusionada. Se dará cuenta de que sus hermanas viven allí de manera humilde, en vías de conseguir algo. Por la mañana van a trabajar, vuelven al anochecer, hacen colas de dos horas delante de las taquillas de la ópera y, luego, pasan otras tres en el gallinero... El domingo cogen sus mochilas y hacen caminatas. También frecuentan diversas reuniones. Una de las hermanas es «roja»; la otra, «blanca y azul»; a veces, discuten acaloradamente. A Sabina, las ideas blancas y azules le parecen más cercanas.



La pequeña Dora iba al colegio. A la vuelta preguntaba: «¿Dónde está mi padre, por qué yo soy la única de la clase que no tiene papá?». (Del empleado de la banca se perdió la pista). Hasta que, un día, encuentra la solución: «Les he dicho a los niños que el abuelo Jakub era mi padre».

Era grandona, contrahecha y fea. Después sorprendería a todos con la belleza de su tez blanca, entre rosada y blanca como la leche, dándole un aspecto de soñadora. Eso sería ya en los tiempos en que los transportes a Bełżec salían uno tras otro y reinaba el gran miedo, y el gran hambre. Durante las comidas —pan, cebada o alpiste—, Dora elevaba los ojos al cielo y entonces, en su rostro soñoliento, blanco y rosado, aparecía una expresión de deleite.

Tenía diez años cuando su abuelo Jakub cayó enfermo. Estaba postrado en la cama con una pomada negra sobre la cara: le dijeron que tenía... rubéola. Preguntaba estupefacta: «¿Por qué está negro?». Le daba miedo la cara negra del abuelo sobre las sábanas blancas, le parecía el diablo con su barba puntiaguda. Cuando pidió que fuera a verle, ella huyó. Esa cosa negra mató a su abuelo.



Después de la muerte del marido, Betty ya no salía de casa, y abría cada vez menos las páginas de sus novelas de amor. Sentada en la butaca del balcón de la segunda planta, llevando un vestido negro con chorrera de encaje alrededor del cuello, majestuosa y bondadosa, miraba desde arriba el jardín de la iglesia del monasterio y las cabras blancas mordisqueando el césped.

Sin buscar, sin preguntar, Sabina encontró una ocupación: literalmente, le cayó en las manos. La ocupación era voluntaria y consistía en recoger los pagos mensuales de las mujeres asociadas en la organización sionista femenina, WIZO, a la cual ella misma también pertenecía. De modo que, cada mes, recorría las casas, hacía recibos, y dos veces al año —en Janucá y Purina— ayudaba en la organización de veladas y fiestas.

Solía estar sentada junto a la entrada de la sala alquilada especialmente para este fin, y vendía las entradas. Esta ocupación más que modesta desempeñaba un papel importante: constituía el sucedáneo de los contactos sociales. Hablando de su «trabajo» se animaba. Tenía poco que decir y, como antes su mirada, era asustadiza.

Durante el baile anual de la fiesta de Purina, a Sabina, que vendía las entradas, se le acercó un hombre y preguntó si podía sacarla a bailar.

—No bailo —contestó la verdad, con voz ligeramente temblorosa.

—En tal caso, la invito a tomar un café...

La orquesta local tocaba un vals de Strauss y Sabina experimentó una extraña sensación de irrealidad ante esta escena, como si estuviese trasplantada desde alguna novela de amor. Le parecía estar leyendo un libro.

—Ahora no puedo —su voz temblaba levemente— porque los invitados están llegando todavía, pero dentro de media hora con mucho gusto me tomaría un café...

—Entonces, dentro de media hora la secuestraré —contestó el hombre, y desapareció.

Después de su partida, Sabina vivió un momento de agitación interior: sentada inmóvil, mirando al frente con la mirada más asustada de lo habitual (como si supiera por descontado que nada bueno podía esperarle). El momento de ensimismamiento duró poco porque, de pronto, vio a la vecina, Sara, la manicura, corriendo por el pasillo, pálida, con el abrigo echado sobre los hombros, que gritaba:

—Rápido, doña Sabina, rápido...

Sabina se acercó la mano a los labios y, apretándola, encerró el grito. En casa encontró a Dora encogida en la esquina del sofá, petrificada de miedo. En el dormitorio, sobre el montículo de almohadas yacía su madre, Betty... muerta.



Las hermanas vienesas no vinieron al entierro de la madre. En este tiempo, vigiladas por la Gestapo, limpiaban las aceras y los váteres de la ciudad de los teatros y las óperas. En las cartas escribían: «Huye, vete a Palestina, allí nos veremos», y justo antes de la guerra abandonaron Europa. Dora desde hacía tiempo estudiaba hebreo, lo

cual, habida cuenta de la entrega con la que Sabina trabajaba en WIZO, así como la simpatía por las opiniones blancas y azules de su hermana, parece indicar que tenía algunos planes al respecto. Cuando estalló la guerra, la ciudad fue ocupada por los rusos y ese periodo de casi dos años lo vivió sin un rasguño, y sin empleo: la herencia de los padres bastó para una vida modesta. Tras la ocupación alemana se sumió en el pánico y se sintió paralizada por el miedo.

La primera y la segunda *Aktion* las sobrevivieron en el escondite; la tercera ya no. Muchos años después de la guerra, décadas después... por casualidad se supo...

(«Por casualidad»... «Décadas después», estas expresiones vuelven siempre, como notas al pie de tantos y tantos destinos individuales).

Se supo que se las habían llevado muy de mañana, justo después del inicio de la *Aktion* de las SS en la ciudad, sitiada por un *Einsatzkommando*, y las recluyeron junto a los demás en el edificio de los baños públicos. Se supo que los camiones arribaron al anochecer y el silbido del tren a Belzec se oyó desde la estación con la llegada de la noche. Es lo que se supo.

En cambio, la imagen de Sabina y Dora en el pasillo del *Judenrat*, debajo de un montón de sacos vacíos para harina que servía para hacer un pan correoso, permaneció desconocida durante décadas.

Sólo después de la guerra, cuando la memoria de aquellos tiempos, en contra de lo acostumbrado, en vez de palidecer, volvió a encenderse, un hombre encontrado «por casualidad», un turista de Australia, oriundo de la ciudad, desveló la imagen.

Sólo él podía hacerlo, porque también él, igual que ellas, había estado debajo de los sacos, en el mismo pasillo, pero en otro rincón, fuera del campo de visión del SS, a la derecha de la entrada. Ellas estaban hacia el lado izquierdo. Qué enorme tuvo que ser su desesperación, qué violenta la llama de esa energía ciega, loca... Seguramente con dificultad, Sabina intentaba escurrirse hacia el boquete abierto en la pared justo por encima del suelo (un agujero pequeño, no apto para todos), arrastrando detrás a Dora —¿Se habría quedado muda? ¿O acaso lloraba?—, agarrándola de la mano, porque era a Dora a quien quería salvar, no a sí misma. Seguro.

Aquel australiano oriundo de la ciudad, ya pesado y canoso, entonces joven y hábil, se arrastró por el agujero en la pared y corrió detrás de ellas, hasta que los tres alcanzaron el edificio del *Judenrat*. Un pasillo estaba vacío, con dos montones de sacos. Poco después yacían en sus rincones, invisibles bajo los sacos. Unos pasos corrían al lado, se oían gritos y llamadas...

Un SS borracho (su balbuceo chillón daba cuenta de su embriaguez) entró corriendo, en un ataque de rabia beoda pegó una patada a uno de los montones de sacos. Golpeada por la bota —¿madre? ¿hija?— no pudo retener el gemido. El SS deshizo la montaña de sacos, sacó a ambas a la luz del día —o más exactamente del anochecer, porque el día llegaba ya a su fin— y las mandó por el camino de vuelta hacia donde habían huido por la mañana.

★ ★ ★

Pocas veces recuerdo a Sabina, pero últimamente más.

UNA TARDE EN EL CAMPO

NATALIA, MASZA Y YO estábamos sentadas bajo el cerezo cargado de frutos oscuros y dulces, en el huerto estrecho y recogido. En el fondo se hallaba una casa pequeña y humilde. Los padres de Natalia, a la que habíamos ido a visitar, llevaban dos meses alquilando una de las habitaciones.

El padre de Natalia era sordo, y por eso, en su casa de antes, situada en la calle principal de la ciudad —una casa oscura, repleta de muebles pesados—, se hablaba siempre muy fuerte. Pero aquí, en la habitación junto al acogedor huerto frutal, Natalia y su madre hablaban en susurros, a pesar de que la capacidad auditiva del padre no había cambiado. Me sorprendió mucho este murmurar de voces, habitualmente altas, y vi la sonrisita del sordo, intimidado por el silencio que fluía de los labios en movimiento, que jugueteaba con la cadeneta del reloj desplazándola con los dedos como un rosario, al tiempo que movía ligeramente la cabeza. Su rostro no había perdido esa expresión de bondad, era la misma que yo recordaba de los tiempos en que sus allegados forzaban sus cuerdas vocales para abrir el estanco mundo de la sordera. Era inusual este musitar alrededor de él, sumido en silencio, ignorado, caído en la inopia. La madre de Natalia preguntaba en voz baja:

—¿La ciudad está tranquila, decidme, está tranquila?

En cambio él, indicando el huerto, exclamaba:

—Menudo jardín que tenemos aquí, cuánto verdor...

La madre de Natalia, con su rostro moreno y preocupado, de un gesto suave pero decidido, empujó al marido hacia el interior de la casa y cerró la puerta. Después volvió a preguntar: «¿Hay tranquilidad? ¿De verdad...?».

Natalia estaba sentada con la cabeza gacha, callada. En su cuello aparecieron manchas rojas como el día del examen de Lengua que daba acceso a la universidad. Con el flequillo recortado en línea recta sobre la frente y pecas sembrando la nariz, seguía pareciendo una niña buena. Era la más callada de la clase, y no fue hasta el examen final del bachillerato cuando sorprendió a todos con su redacción, titulada: «Paisajes en la literatura polaca». El profesor de Lengua Polaca se quedó boquiabierto, dijo que era un ensayo magnífico y, mirando atentamente a Natalia, como si la viera por primera vez, afirmó:

—Deberías, sin lugar a dudas, estudiar Filología Polaca... El cuello de Natalia reaccionó a las alabanzas del profesor con aquella erupción de manchas rojas, y su amiga Masza, sentada a su lado, estalló en risa:

—¿No estará bromeando, señor profesor? ¿Filología Polaca? ¿Una judía?

Masza era atrevida y contestona, todo lo contrario de la callada Natalia, que después de este triunfo pasajero se apuntó a los cursos de corte y confección en la universidad de la ciudad vecina. Estuvo cortando y cosiendo justo un año. Después estalló la guerra. Yo también me había ido a la ciudad vecina y volví un año después.

Sólo la atrevida y sarcástica Masza no se había ido a ninguna parte, porque en su casa escaseaba el dinero. Daba clases particulares.

De modo que estábamos sentadas las tres juntas en el pequeño huerto, junto a la humilde casa campesina a la cual se habían mudado los padres de Natalia con la esperanza de que el traslado les salvara del desastre. Los exámenes, los viajes y los retornos se quedaron lejos, en un mundo que dejó de existir. Por eso, en un primer momento no comprendí —tampoco Natalia— qué tenía en mente Masza al decir que nos envidiaba.

—Os envidio por ese año —dijo—. Jamás había sentido envidia, sólo ahora... Ahora sí...

La madre de Natalia apareció en el umbral con un plato de tortitas hechas con una harina oscura.

—Son para vosotras. Comed —dijo, y volvió a preguntar una vez más—: ¿La ciudad está tranquila? ¿De verdad?

Natalia le lanzó una mirada implorante.

—Mamá, te lo pido por favor —y, tocando con los dedos su cuello ardiente, explicó en voz muy bajita:

—Mamá pregunta sin cesar si hay tranquilidad en la ciudad. Como si eso tuviera alguna importancia... Nunca había sido así...

—Ninguno de nosotros es como antes —Masza se rio breve y ruidosamente.

No conocíamos esa risa suya. Las tortitas eran duras e insípidas, las mordíamos con dificultad.

—¿Qué acabas de decir? —Se acordó Natalia—. ¿Qué es lo que nos envidias?

—He dicho que os envidio este último año de antes de la guerra, cuando no estabais aquí... Ese año que habéis pasado solas. Nueva ciudad, nueva gente...

—No sé qué es lo que imaginas, Masza... ¿Acaso no te dije que más de una vez había tenido ganas de tirar la toalla y volver? Cursos de corte... Ah, qué aburrimiento... Tienes una imagen completamente falsa...

—Sé muy bien de qué estoy hablando y qué es lo que imagino —interrumpió Masza con voz irritada—. Y ella —dijo indicándome a mí—, creo que también lo sabe...

Quise decir que creía que lo sabía, pero no lo hice, tampoco miré a Masza, sino que me quedé contemplando la llanura detrás de la cual se ponía el sol. El cielo enrojeció, los cristales de las ventanas se tiñeron del color de las cerezas dulces. Detrás del cristal se veía la bondadosa cara del padre de Natalia. Nos hacía señales con la mano.

La puerta de la casa se abrió de golpe, esta vez la madre de Natalia no dijo nada, no preguntó nada, sino que se acercó corriendo a la cancela y permaneció largo rato acodada en la cerca de madera, con el rostro dirigido hacia la ciudad.

—Me pareció oír unos gritos —dijo a la vuelta—; pero no, está todo tranquilo.

El resplandor de la lámpara de petróleo iluminó el interior de la habitación. El

padre de Natalia abrió la ventana y gritó:

—¿No os molestan los mosquitos, niñas?

—Mosquitos, mosquitos... —se enfadó su mujer—. Tiene mosquitos en la cabeza...

Masza inclinó hacia mí su cara plana y redonda como una hogaza de pan. Sus ojos buscaron los míos.

—Dicen que has tenido un novio allí: ¿es verdad?

—Sí.

—Cuéntame... ¿De veras es tan... tan bonito?

—¡Masza, cómo puedes...! —exclamó Natalia.

—Tenemos que volver —anuncié, y Masza se levantó obedientemente.

Natalia nos acompañó hasta la carretera. El anochecer era fresco, la niebla se tejía sobre los campos. Caminábamos de vuelta a casa rápidamente. Un chiquillo pasó a nuestro lado gritando en ucraniano: *Zydiw biju*^[39], y estalló en risa, satisfecho con su broma.

La ciudad callaba. Justo después de pasar el puente nuestros caminos se separaban, y allí Masza se detuvo. Su cara, blanca en la oscuridad, parecía una máscara.

—No te enfades... —me dijo—. Compréndelo: simplemente, me da una pena horrible que yo... que ya nunca...

Doblé la esquina de nuestra calle y corrí; de lejos se veían los pinos delante de la casa, que parecían negros. Corría pensando: «Pobre, pequeña Masza», y cuando alcancé el porche de la casa, pegué el dedo al timbre como si fuera de extrema urgencia, para poder abrir el cajón lo más pronto posible y sacar de su interior las cartas que me sabía de memoria, y leerlas, leerlas...

LA DESCRIPCIÓN DE UN AMANECEER

Una MUJER joven está sentada en un colchón. Ante ella se encuentra un HOMBRE joven. Está haciendo gimnasia: brazos arriba, a los lados, inspira y expira. El sitio donde se encuentran es un desván o, más bien, parte de un desván. Tiene el techo inclinado, las paredes de madera.

HOMBRE: Klara, por favor. Estoy esperando. Me lo has prometido y me has dado la razón. Klara, por favor, te lo pido. *(Un instante después)*. Si no quieres... *(Sigue haciendo ejercicio)*.

(La MUJER permanece sentada, inmóvil, con los ojos cerrados).

HOMBRE: Basta por hoy. *(Durante un instante se queda parado, indeciso, luego se acerca a la pared de madera y pega el ojo a una rendija)*. Amanece. El patio está vacío todavía. Esperaré a las gallinas. Les he cogido cariño. Son muy alegres. Cacarean. Sobre todo una, la pinta. Aunque también la de la cresta: qué simpática es. Sí, eso, es simpática. Conozco todas las gallinas. No hay dos gallinas iguales. *(Acercas el otro ojo a la rendija)*. Están dormidas aún. Quizá sea domingo hoy. Perdí la cuenta. Ya te lo dije, teníamos que haber seguido con el calendario. *(Un instante después)*. Oh, la dueña. Sale de la casa; lleva un cubo. Eso quiere decir que no es domingo; los domingos ordeña mucho más tarde. Pero lleva el pañuelo rojo en la cabeza, el de los domingos. Y tiene un delantal limpio. Se ha detenido en el umbral. Se suena la nariz, se limpia las manos en el delantal. Ha dejado el cubo en el suelo. Está barriendo el patio. ¿Quieres mirar un poco? *(Después de un rato)*. Barre muy de aquella manera. En el rincón derecho del patio dejó caca de gallinas. Tiene prisa. Ahora entra en el gallinero. ¡Ay, Klara, qué suerte que tengamos esta rendija! *(Mira en silencio)*. Oooh, las ha soltado. Sale la primera, la blanquita, y tras ella, la de la cresta. Una, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete. Falta una. Quizá la hayan degollado, quién sabe... Me gustan las gallinas. Se han ido corriendo. No las veo. Lástima. *(Se frota los ojos)*. Me canso de mirar con un solo ojo, y cambiar luego al otro. *(Un momento después)*. Ahora desayunaremos. *(Dice ofreciéndole a la mujer un trozo de pan y un vaso de agua)*. Come. Tienes que comer. El pan está seco, pero demos gracias a Dios por tenerlo.

(La MUJER levanta maquinalmente la mano a los labios, la vuelve a bajar, abre los ojos).

HOMBRE: Vamos, come.

MUJER: ¿Qué decías esta noche?

HOMBRE: No podía dormir.

MUJER: ¿Qué decías?

HOMBRE: Recordaba los apellidos de mis alumnos del quinto curso, de los que fui tutor. Por orden alfabético. Muchos ya no los recuerdo. Me atasqué en la letra S.

MUJER: (*Maquinalmente*). En la letra S...

HOMBRE: Sí. ¿Tal vez tú te acuerdes de cómo se llamaba aquel pequeño, con pecas, que venía a vernos a veces?

MUJER: Süss.

HOMBRE: ¡Eso es: Süss! Süss, Tyczynski, Wesolowski, Zylberstein.

MUJER: Vi cómo se llevaban a Süss.

HOMBRE: (*Implorando*). Klara... me lo has prometido...

MUJER: De acuerdo.

HOMBRE: Süss, Tyczynski, Wesolowski. Ah, es verdad, primero Winkler y después Zylberstein.

MUJER: ¿Podrías dejar de hablar sólo por un momento?

HOMBRE: De acuerdo... si te molesta tanto. (*Se acerca a la rendija*). No se ven las gallinas. Hay un cubo delante de la caballeriza. El patio está vacío. En el rincón derecho hay un montículo de estiércol. (*Un momento después*). La dueña sale de la caballeriza. Se suena la nariz. Se ha quitado el pañuelo y se está rascando la cabeza. Levanta el cubo, entra en casa. El patio está vacío. No se ve nada. (*Regresa al colchón, se sienta*). ¿Qué plan tenemos hoy?

(*La MUJER se tapa los oídos con las manos*).

HOMBRE: Gimnasia, desayuno, gramática latina, la continuación de nuestra novela hablada. Te tapas los oídos, Klara, pero tú misma me has dado la razón: esto es indispensable. Es nuestra defensa.

(*La MUJER se recuesta en el colchón sin separar las manos de los oídos*).

HOMBRE: (*Conciliador*). Se lo pediré al dueño otra vez. Quizá consiga algún libro. Si

nos sentamos junto a la rendija, tendremos luz suficiente para leer.

MUJER: No te traerá ningún libro. Tendrá miedo. ¿Para qué quiere libros? ¿Qué dirá si le preguntan para quién es el libro?

(Se oye un disparo).

HOMBRE: *(Se levanta de un salto y acerca el ojo a la rendija)*. Alguien ha disparado. ¿Quién? ¿Dónde? ¿Contra quién? El dueño ha salido corriendo de la casa. Se está abrochando el pantalón. Sí que es domingo, tiene puestos los pantalones de paño. O, a lo mejor, es alguna fiesta... Burek ha salido corriendo detrás de su amo. Se acerca a la cancela; mira hacia el pueblo. Está de pie, mirando. *(Un instante después)*. Vuelve. Bosteza. Ahora se ha agachado para acariciar a Burek. Está tranquilo. El disparo no le ha inquietado. Vuelve a casa, cierra la puerta. El patio está vacío. *(Se acomoda sobre el colchón. Dice lo siguiente con repentina energía)*. Así que vamos por el tercer capítulo. Mrs. Brown vuelve a casa de su tío. Todavía no sabe nada del robo. Llegó en el tren nocturno. Es la primera hora de la mañana. Empecemos, pues, por la descripción del amanecer. Las descripciones de la naturaleza pueden ser muy tranquilizadoras. No, Klara, no... terminemos hoy el tercer capítulo; es en el que se solucionará el misterio del robo. ¿De acuerdo?

MUJER: No puedo. No quiero. No lo aguanto más.

HOMBRE: Entonces propón tú otra cosa.

MUJER: Quiero estar en silencio.

HOMBRE: El silencio es nuestro enemigo. El silencio significa la avalancha de pensamientos. Te lo he explicado cientos de veces. Además, recuerda lo que decías al principio.

MUJER: Sé lo que decía.

HOMBRE: Decías: «Me volverán loca estos pensamientos, loca». Las palabras, y te lo digo por enésima vez, son nuestra salvación.

MUJER: Quiero callar. Quiero que tú también calles. Por favor, Artur.

HOMBRE: De acuerdo. Callemos.

(Silencio. El HOMBRE musita algo sin emitir voz. Se oye un disparo, luego otro).

HOMBRE: ¡Dios mío! ¿Qué es?

MUJER: Disparan a la gente. No es nada extraordinario.

HOMBRE: (*Nervioso*). El dueño y la dueña han salido corriendo de la casa. Están hablando de algo, gesticulan. El dueño se acerca corriendo a la cancela, señala el bosque. Grita algo. Allí ha pasado algo... Allí ha pasado algo. Dios mío, Klara... (*En susurros, rápidamente*). El dueño vuelve. Da una patada a una piedra. Está enfadado. Escupe. Mira... Está mirando hacia nuestro desván. Parado, de pie, mira hacia nuestro desván. Escupe... Escupe. La dueña se le acerca; le dice algo. Ella se santigua. Esto quiere decir que han matado a alguien. ¿Me oyes? ¡Han matado a alguien! Están cerca. (*Se acerca a la MUJER, la agarra del hombro*). ¡No te quedes tumbada! ¡Despierta!

MUJER: Me haces daño.

HOMBRE: Lo siento. Fue sin querer. (*Se sienta en el colchón*). A lo mejor viene y nos dice qué pasó. Cuando descubrieron el refugio aquél en el bosque vino y nos lo dijo. Quizá venga esta noche. O quizá dentro de dos días. Dentro de dos días ha de traer pan y leche.

MUJER: (*Irónicamente*). Querías empezar el tercer capítulo de la novela.

HOMBRE: No seas cruel.

MUJER: Estoy tranquila, eso es todo.

HOMBRE: (*Tras un prolongado silencio*). Lo sé, a ti te molesta que hable y hable sin cesar. Antes era de pocas palabras. Lo sé. Tiene que ser muy irritante para alguien que no comprende que sólo de esta manera, sólo con las palabras... Entiéndelo.

MUJER: Lo entiendo.

HOMBRE: (*Agitadamente*). Voy a ver qué pasa. (*Un momento después*). Nada. El patio está vacío. Una montañita de estiércol en el rincón derecho. No se ven las gallinas. Una pena... ¿Sabes? Les he cogido cariño a estas gallinas. Quizá porque las he conocido más de cerca. Me sé sus costumbres, conozco a cada una por separado. Por ejemplo, la de la cresta estaba triste hoy. Es curioso, ¿por qué razón puede estar triste una gallina? Quisiera ser gallina. Gallina, Burek, el dueño, todo menos yo mismo, todo menos... (*Con repentina energía, cambia de tema*). Entonces... Sally Bowl viene a casa de su tío. Su destino se decidirá ese mismo día. Empezamos por la descripción del amanecer. (*Recitando*). «El día promete ser precioso. El sol se levanta por encima del bosque, el rocío brilla en la hierba, reverbera, fulgura... destella...». Disculpa, pero has de reconocer que últimamente abandoné la costumbre de buscar

sinónimos. Así que: «El rocío brilla en la hierba, reverbera... Y los pájaros inician su alegre trino matinal. Primero la oropéndola».

MUJER: ¿Por qué la oropéndola?

HOMBRE: Porque sí.

MUJER: Una oropéndola cantaba en nuestro jardín.

HOMBRE: Nada de recuerdos, Klara. Te has olvidado de lo que habíamos acordado.

MUJER: ¿Crees que eso ayudará? Recuerdo a esa oropéndola. Nos despertaba puntualmente a las seis de la mañana. Pero nunca la vi.

HOMBRE: (*Con obstinación*). Promete ser un día precioso, el sol se levanta por encima del bosque, el rocío brilla en la hierba y los pájaros...

MUJER: Te voy a decir algo: el día de nuestra boda mi madre entró en la habitación y dijo: «Promete ser un día precioso».

HOMBRE: Por favor, no sigas...

MUJER: (*Continúa*). Tenía los ojos llorosos. «¿Por qué lloras, mamá?», pregunté, y ella me dijo que así eran las cosas en este mundo y que todas las madres lloraban el día de la boda de sus hijas. (*Llora*).

HOMBRE: (*Con voz de reproche*). ¿Ves? Para qué...

MUJER: Soñé con ella. Sueño con ella cada noche.

HOMBRE: (*Deprisa*). Quisiera saber qué significaba ese disparo. A lo mejor sólo disparaban por disparar. El dueño no daba la impresión de estar preocupado. Pero la señora se santiguó...

MUJER: (*Sigue*). Y siempre es el mismo sueño. Está corriendo...

HOMBRE: (*Acerca el ojo a la rendija, habla deprisa*). El patio está vacío. No ha pasado nada. Nada. Un pájaro se ha posado sobre la cerca.

★ ★ ★

(*Se oye el susurro de la lluvia, del viento, de los árboles*).

HOMBRE: ¿Estás dormida, Klara?

MUJER: No, no estoy dormida.

HOMBRE: ¿Lo oyes? Está lloviendo. Llueve, diluvia, chispea, descarga. Ah, sí... Perdona. El otoño llegará temprano este año.

(El susurro de la lluvia, del viento).

HOMBRE: *(Con voz animada)*. De noche oí cómo golpeaban la puerta.

MUJER: *(Con repentino interés)*. ¿Quién llamó? ¿Quién? ¿Dónde?

HOMBRE: Un pájaro. No llamaba, sino que golpeaba. «Toc, toc». Se paseaba sobre el tejado justo encima de nuestras cabezas y con su pico hacía «toc, toc». Rítmicamente, nítidamente, con fuerza. Como si quisiera decir: «Soy yo, abrid». O: «Tengo frío, dejadme entrar».

MUJER: ¿Estás seguro de que era un pájaro?

HOMBRE: ¿Y quién si no?

MUJER: *(Dudosa)*. No sé... No lo sé...

HOMBRE: También oí un grito.

HOMBRE: Alguien gritaba. Lejos. No se sabe si era hombre o animal. *(Pasado un instante)*. Y al amanecer pasó por el camino una carreta. Las ruedas claqueteaban alegremente. Un carro de madera se asocia con algo alegre, ¿no es así? Quizá porque hace pensar en la paja, y la paja tiene el color del sol. Seguro que iba al campo para recoger el trigo para que no se mojara. Porque poco después empezó a llover.

(Se oye el susurro de la lluvia).

HOMBRE: Y desde entonces llueve, llovizna, descarga, gotea, diluvia... ¿Qué más palabras se podrían encontrar? Eh, Klara...

(Un largo silencio).

HOMBRE: Perdóname. *(Un momento después)*. Y tú estabas dormida. Oía tu respiración regular.

MUJER: Otra vez soñé con ella. Cada noche sueño con ella.

HOMBRE: Siéntate... Siéntate junto a la rendija, asómate al patio, coge aire. Huele...

MUJER: Y siempre igual. Corre por el camino y grita: «Mamá».

HOMBRE: Hablaré con el dueño. Quizá nos deje bajar por la noche. Un momento nada más. Aunque debo darle la razón: no es conveniente. Sus hijos podrían vernos por casualidad, oír algo. No, no le diré nada, debemos... Solos... (*Con dureza*). ¡Levántate, Klara! Tienes que hacer algunos movimientos. Es muy importante. Acabarás pagando esta inmovilidad de muchos meses, y no solamente en lo físico. Debemos, dentro de nuestras posibilidades, muy limitadas... Debemos... Unos pocos movimientos, Klara. Unas pocas inspiraciones y espiraciones.

MUJER: (*Se ríe burlona*). Respiraciones... Espiraciones... Artur, de verdad, eres... (*Se ríe cada vez con más fuerza, pierde el control de sí misma*).

HOMBRE: Calla. Para, que te oirán. (*Con la voz ahogada*). ¡Para! Nos oirán, ¡Klara!

MUJER: (*Burlona*). ¿Tanto miedo tienes? (*Silencio, lluvia*).

MUJER: (*En un tono diametralmente distinto, muy tranquila*). Siempre el mismo sueño. No sueño con nadie más. Ni con mis padres, ni con tu hermano Elek, ni tampoco con la tía Regina y su hijo. Nadie. ¿Cómo pudo suceder, Artur? Si no se hubiera soltado de mi mano... Vio un gato. «¡Mamá, un gatito! ¡Un gatito sobre el murete!». Eso dijo... y ya no estaba. ¿Artur, recuerdas cómo ocurrió? Porque yo... nada... no recuerdo nada.

(*Silencio*).

HOMBRE: (*Desesperado*). Klara... Klara... Mi amor... (*Un momento después, fingiendo estar animado*). ¿Qué te parece el juego de la geografía? Hace tiempo que no jugamos a ese juego. ¿De acuerdo? Vamos, adelante. Según las reglas establecidas: tres ciudades de una vez. Que empiecen con la letra B. Empiezas tú. Por favor.

MUJER: (*Obedeciendo pero sin ganas*). Barcelona.

HOMBRE: Sigue.

MUJER: (*Con obstinación*). Barcelona. Tienes una naturaleza feliz, Artur.

HOMBRE: ¿Feliz? Lo que dices es cruel. No lo merezco...

MUJER: Gimnasia de los músculos, gimnasia de la mente, descripción del amanecer,

conjugaciones latinas. La organización de la vida. ¿Qué vida? Al principio te admiraba mucho, pero después... ni siquiera sé cuándo... Después has empezado a irritarme.

HOMBRE: (*Como si no oyera sus palabras*). Barcelona, Berna, Buenos Aires...

MUJER: (*Grita*). ¡Me irritas! ¿Sabes? Me irritas.

HOMBRE: (*En susurros, como si estuviera rezando*). Barcelona, Berna, Buenos Aires, Bruselas, Bagdad, Burgos... Barcelona, Berna, Buenos Aires, Barcelona, Barcelona, Barcelona...

★ ★ ★

(*El HOMBRE está de pie con el ojo pegado a la rendija*).

HOMBRE: El cielo es azul pálido. En el suelo hay muchas hojas caídas. Tendremos un otoño temprano. Burek da vueltas por el patio. Y una gallina. Aquella que siempre se mantiene aparte. La gallina-solitaria. Burek persigue a la gallina. Ya no se los ve. La puerta de la caballeriza está abierta, sujeta con un palo. Parece que los dueños se han ido al campo. Delante de la caballeriza hay carretillas. Burek espantó a la gallina, se sentó delante de la casa. ¿Quieres mirar? (*Pasado un momento*). Por la noche pasaron tres coches. Creo que eran camiones. Antes nunca se habían oído coches. ¿Significará algo? ¿Quizá el frente se haya movido? ¿Quizá hagan una redada en el bosque? (*Después de un momento*). ¿Has oído los coches?

MUJER: Los he oído. Te has pasado toda la noche hablando.

HOMBRE: Estaba reconstruyendo *De bello Gallice* palabra por palabra. El latín siempre había sido mi fuerte. Pero se me ha olvidado todo. Todo son lagunas. (*Pasado un momento*). Y luego estuve recordando proverbios. Me acordé de veintitrés.

MUJER: (*De repente y sin relación con lo que dice él*). Corre y grita: «¡Mamá!»...

HOMBRE: También terminé un capítulo de nuestra novela, que empieza con la descripción de un amanecer y con la llegada de Sally Brown a casa de su tío. ¿Te gustaría escucharlo? (*Recita*). «Promete ser un día precioso, el sol se levanta por encima del bosque, el rocío brilla en la hierba...».

MUJER: No, no, por favor...

HOMBRE: (*Extrañado*). ¿Me has acariciado la cara? Hace mucho... nunca me... Oh, Klara...

MUJER: No te enfades conmigo. Dame la mano, abrázame fuerte. Estoy cansada. Voy a dormir.

★ ★ ★

MUJER: (*Irritada*). No puedo dormir. Aquí falta aire.

HOMBRE: Has dormido. Estuve sentado junto a ti, te cogí de la mano. Has dormido mucho. Ya está anocheciendo. El aire tiene que ser maravilloso. Un atardecer suave, silencioso atardecer, atardecer gris... Disculpa, cariño.

MUJER: No importa, Artur. Puedes hablar cuanto quieras, sé que eso te ayuda, que tienes que hacerlo...

HOMBRE: Un atardecer gris. ¿Recuerdas algún poema sobre el atardecer?

MUJER: ¿Atardecer? Al atardecer mataron a nuestros padres.

HOMBRE: «La oscuridad espesa en la hierba,
arrecia el frío de la tierra.
Parece que la lejanía errante
a tu puerta se aproxima...»^[40].

MUJER: (*En voz alta y firme*). ¿Errante o enajenada? Ahora hay que decir enajenada. La lejanía enajenada se acerca a mi puerta. ¿Sabes cuándo leí este poema por primera vez? Los alemanes estaban entrando en la ciudad; todos bajaron al sótano, excepto yo, no quise hacerlo. Tenía mucho miedo. Así que, para matar el miedo, saqué un libro cualquiera de la estantería: de repente, desde la calle llegó el zapateo de pasos infantiles y un grito: «¡Los alemanes! ¡Vienen en motos!». Me acerqué a la ventana. La ciudad estaba silenciosa, muy tranquila y muy bella. Nunca la había visto así. Después, en el silencio irrumpió el fragor: brrrrr... brrrr... Me mareé.

HOMBRE: (*En voz muy baja*). Esa misma tarde te llevé al hospital.

MUJER: Sí... Al recibir la noticia de que había parido una niña, le dijiste al médico: «Suerte que no haya sido niño». Hace un momento, mientras dormía, otra vez soñé con ella. No, esta vez no era ella... era yo. Esta vez yo estaba corriendo y gritando algo y, de repente, un muro se erigió delante de mí y me cerró el camino. No podía

pasar. Sí, lo recuerdo perfectamente, es lo que soñé.

HOMBRE: Estás cansada, Klara. Apoya tu cabeza en mi hombro.

MUJER: «Suerte que no haya sido niño...».

HOMBRE: No pienses en ello, no hables. Me lo has prometido... Ah, mira: un rayo de luz. Ha pasado otro coche por la carretera. ¿No te parece extraño? ¡Tantos coches a lo largo del último día! Preguntaré al dueño. Vendrá mañana, traerá pan y leche.

MUJER: ¿Qué es lo que gritó, Artur?

HOMBRE: ¿Quién?

MUJER: Aquel que la mató.

HOMBRE: No hables, quedémonos así, tumbados, en silencio: escucha, Burek está ladrando.

MUJER: ¿Qué gritó?

(Se oye el eco de un grito lejano. El HOMBRE no contesta).

MUJER: ¿Qué gritó?

HOMBRE: *(Resignado). Die Eltern heraustreten*^[41].

(Se oye el eco de un grito lejano).

MUJER: Eso. No conseguía recordar cómo se decía en alemán. *Die Eltern heraustreten*.

HOMBRE: Ella ya estaba muerta, Klara.

MUJER: Lo sé. La dejamos junto a un murete, allí donde había visto al gato. El gato huyó. Se asustó el pobrecito. Nosotros también huimos, ¿no es verdad?

HOMBRE: Eso fue más tarde, Klara, mucho más tarde.

MUJER: Sé que fue mucho más tarde. Pero huimos. Tú y yo.

HOMBRE: Él la mató.

MUJER: ¿Y si no la hubiera matado, si hubiera seguido caminando con nosotros, con todos los demás? No hubiésemos podido huir. Era pequeña, no podía correr bien. Y no comprendía... ¿Si ella hubiera estado con nosotros no habríamos huido, verdad?

HOMBRE: Klara, sabes que fusilaron a todos en el valle, recuerdas lo que contaba el dueño. Nadie se salvó.

MUJER: (*Con firmeza, tranquila*). Contéstame.

HOMBRE: Tranquilízate cariño, piensa...

MUJER: Contesta.

HOMBRE: (*Con voz resignada*). No. No hubiésemos huido.

★ ★ ★

(*Se oye el trino de los pájaros*).

HOMBRE: Klara, ¿estás dormida todavía? ¿Lo oyes? Es una oropéndola. Escucha; la misma voz como gutural. Me despertó el canto de la oropéndola. Como antes. ¡Klara! (*Con un repentino pánico*). Klara, dónde estás... Klara... Hoy vendrá el dueño y traerá pan y leche. (*Desesperado*). ¿Dónde estás? ¿Por qué no estás? Por qué... por qué...

(*El trino de los pájaros calla de repente*).

HOMBRE: (*Un instante después, dice en voz neutra*). Promete ser un día precioso, el sol se levanta detrás del bosque, el rocío brilla en la hierba, reverbera, brilla, brilla, brilla...

LA HUELLA

MUJER I, 22 años

MUJER II, 40 años

ALCALDE, 65 años

DOCTOR, 60 años

PESCADOR, 50 años

JASIO EL BOBO, tartamudo, 18 años

MARIDO DE LA MUJER II, 45 años

I

MUJER I: Fue en 1942. En primavera, por marzo o abril... Usted debe...

ALCALDE: Pero se lo digo: no lo sé. No la vi nunca, jamás había oído hablar de ella. La gente decía que en la casa de los Kępinski se escondía alguien, pero no eran más que habladurías. Y a Kępinski nadie se lo preguntaba por... ya comprende usted. Además, era un hombre parco en palabras y, cómo decirlo, reservado. Ella no. Pero ella estaba sometida, sin su marido: ni una palabra, ni un paso, siempre a su servicio. Pero, es cierto, la gente decía que ocultaban a alguien. Kępinski era jardinero. Tenía una bonita huerta de hortalizas.

MUJER I: ¿Y nunca ha oído el nombre de Stanisława Pokolska?

ALCALDE: Yo no he dicho eso. Conozco el nombre y una vez vi a esa persona. Pero no podía ser su hermana. Tenía unos sesenta y cinco años, vivió durante un corto periodo de tiempo en la casa del doctor, decían que era de su familia. Yo conocí a Stanisława Pokolska, pero no a su hermana. La Pokolska que yo conocí era una señora mayor, vino de vacaciones a casa del doctor. La vi una vez: era gorda, llevaba gafas.

MUJER I: Sé que mi hermana estuvo en casa de los Kępinski, lo sé con toda seguridad. También sé que tenía papeles a nombre de Stanisława Pokolska. Como ya le he dicho, mi hermana tenía doce años. Quizá fuesen los papeles de la hija, o más bien la nieta, de la señora Pokolska.

ALCALDE: (*Con indiferencia*). Puede ser. Pregunte al doctor. (*Un momento después*). Pero... ¿para qué quería esos papeles si estaba escondida? Verla, no la veía nadie.

MUJER I: No lo sé. Quizá alguien la viese alguna vez. Estuve en casa de los Kępinski.

En el poyete de la ventana vi las letras S. P. grabadas con una navaja, y al lado una M. El nombre verdadero de mi hermana era Miła. Es decir, se llamaba Emilia, pero la llamábamos Miła.

ALCALDE: (*Demostrando interés*). ¿Le han dejado entrar?

MUJER I: ¿Quién? ¿Los nuevos dueños? Sí, aunque, a decir verdad, de mala gana.

ALCALDE: Son parientes lejanos de los Kępinski. Aún más huraños. De esos que, ya sabe, miran por encima del hombro y desprecian a los paletos. Porque ellos son de ciudad. Él es contable, todos los días va a trabajar a la ciudad. El jardín está tan abandonado que da miedo. Kępinski, si estuviera vivo, se tiraría de los pelos o les daría con un palo. Porque, sepa que tenía sus prontos. No es una familia demasiado simpática.

MUJER I: «Prontos», dice usted.

ALCALDE: (*En tono poco educado*). Lo digo. ¿Qué más le da, con sus «prontos» o sin ellos? Si no hubiera sido un cabeza loca hoy en día estaría deambulando por este mundo. Se peleó con la mujer, y ¡hop! A la barca. Porque, como habrá visto, detrás de su casa hay un lago. La mujer saltó detrás de él, remaron hasta el centro del lago. La gente oía cómo discutían en la lancha dando voces. Y luego, de repente, vino la tormenta. Escuche... qué sé yo... no sé qué pensar. (*Un instante después, ya en otro tono*). Pero esto no tiene nada que ver con su hermana.

MUJER I: No. Les escribí una carta nada más terminar la guerra, y recibí la respuesta de la comarca, que me comunicaba que ambos habían muerto. Puede ser que, si hubiera podido venir antes... si no hubiera estado enferma tanto tiempo... Volví hace una semana y he venido directamente aquí.

ALCALDE: Hizo bien. Hay que calmar la conciencia sabiendo que se ha hecho todo lo posible.

MUJER I: Todo, sí. Pero ¿qué significa ese «todo»? Usted era alcalde entonces. Pensé que podría ayudarme. Que sabría algo, lo que fuese.

ALCALDE: Stanisława Pokolska... es cierto que estaba registrada como residente temporal. Pero ya se lo dije: era una mujer mayor. Estuvo aquí un mes o dos, salía a menudo, Dios sabe dónde. El pueblo es extenso, el doctor vive en la otra punta. Además, ¡quién preguntaría esas cosas! Uno estaba feliz de estar entero, de que no se metieran con él.

MUJER I: Sin embargo, la gente decía que Kępinski ocultaba a alguien. ¿Quién? ¿No recuerda quién lo decía?

ALCALDE: A mí me lo dijo Stach Wiernik. Pero sería vano buscarle. Murió en Oświęcim. Se lo llevaron ya en el 41 y nunca volvió.

MUJER I: En el 41 mi hermana estaba en casa todavía. Ese señor Wiernik no le hubiera podido hablar de ella. Hablaba de otra persona.

ALCALDE: (*Con indiferencia*). No sé de quién. Dijo, así en general, que Kępinski era un tío majo, así que le pregunté por qué lo decía. A eso él contestó que, al parecer, ocultaba a alguien.

MUJER I: Quiere decir que no solamente ocultaba a mi hermana.

ALCALDE: Así es. Una vez les hicieron un registro en casa. Los alemanes vinieron y sacaron todo de dentro. Pero no encontraron a nadie.

MUJER I: ¿Cuándo fue?

ALCALDE: Más tarde, en 1942 o 1943. Llegaron dos oficiales y un civil. Pero no encontraron a nadie.

MUJER I: ¿Está seguro de que no encontraron a nadie?

ALCALDE: Si se lo estoy diciendo...

MUJER I: Por entonces mi hermana estaba con ellos.

ALCALDE: Si hubiera estado se la habrían llevado.

MUJER I: Tal vez estuviese en algún escondite. (*Pasado un momento*). Iré allí de nuevo. Le pediré a la señora que me deje echar otra ojeada. Quizá encuentre alguna huella.

ALCALDE: Eso es. Busque una huella. Una huella lleva a otra, la segunda a la tercera y así...

MUJER I: Gracias. Y disculpe las molestias. Tal vez vuelva a verlo más adelante.

ALCALDE: Por favor. Pero no puedo ayudarla en nada. No sé nada.

MUJER I: Sí, pero siempre... qué sé yo... quizá me haya olvidado de preguntarle algo.

Quizá...

ALCALDE: (*Concreto, con indiferencia*). Yo también le preguntaré algo. ¿Para qué todo esto? Su hermana no ha vuelto, han pasado casi dos años desde el fin de la guerra y no ha vuelto, quiere decir que ha muerto.

MUJER I: ¿Y si está viva y me está buscando? Ella no sabía dónde encontrarme, qué había pasado conmigo, y yo ignoraba que ella estuviera con los Kępinski. No queda nadie de nuestra familia. El barrio donde vivíamos está en ruinas. ¡Oh, si hubiera vuelto inmediatamente después de la guerra! Pero no pude. Después del campo de concentración estuve muy enferma, con tuberculosis de los huesos.

ALCALDE: Sí, pero también entonces habría sabido lo mismo que hoy. Nadie aquí oyó hablar de ella. Sólo el doctor, quizá sepa algo...

MUJER I: Volveré a la casa de los Kępinski y luego iré a ver al doctor.

ALCALDE: Pues que Dios le ayude.

MUJER I: Gracias.

II

MUJER I: Soy yo otra vez. Le pido disculpas por las molestias, señora.

MUJER II: No es molestia, pase. Sólo que no comprendo por qué. Yo no le puedo decir nada. Vivimos aquí desde hace un año. Antes jamás había estado en esta casa y a los Kępinski los conocía sólo de pasada. A decir verdad, les vi una única vez: en mi boda. Kępinski era tío de mi marido. Eso es todo.

MUJER I: Quisiera... ¿Podría permitirme ver la casa?

MUJER II: (*Indignada*). ¡¿La casa?! ¿Para qué? ¿Cree usted que...? No, esto es verdaderamente... por su parte... Estoy sorprendida.

MUJER I: Quisiera ver la casa. El desván y el sótano también. Quizá encuentre alguna huella.

MUJER II: (*Se muestra incluso poco educada*). Es usted una persona muy extraña. De veras. Pero vamos, véala. Eso sí, que sea rápido, antes de que vuelva mi marido.

Porque a él no le gustaría. (*Un momento después*). No hay sótano. (*Con desprecio*). ¿Ha visto alguna casa sin sótano? ¿Cómo podían vivir aquí? Sólo hay un agujero para las patatas, que ahora está a rebosar. Es que ya hemos comprado patatas para el invierno.

MUJER I: Gracias. Procuraré hacerlo rápido.

MUJER II: ¿Qué está mirando?

MUJER I: Esta mañana, cuando estuve aquí, en el poyete de la ventana vi las letras S. P. grabadas con navaja. Aquí, ¿las ve? Mi hermana tenía papeles a nombre de Stanisława Pokolska. Y aquí, mire, la letra M. El nombre de mi hermana era Miła. Es una huella.

MUJER II: ¿Cómo? Pero si usted ya sabe que ella estuvo aquí, esta huella no tiene importancia alguna. Si lo entiendo bien, usted quiere saber qué pasó con su hermana cuando dejó esta casa.

MUJER I: ¿Dejó? ¿Cómo sabe que abandonó la casa?

MUJER II: ¿Y si la llevaron a otro sitio? Quién sabe... ocurrían tantas cosas. (*Pasado un momento*). ¿Y el alcalde qué dice? ¿No sabe nada?

MUJER I: El alcalde había oído hablar de que alguien se ocultaba en casa de los Kępinski en el 41, es decir, antes de acoger a mi hermana. Es más, conocía a una persona que se llamaba Stanisława Pokolska, una persona mayor, familiar del doctor. Pero como el doctor vive en el otro extremo del pueblo, antes de ir a verle pasé por su casa por segunda vez. ¿Puedo mirar...?

MUJER II: Que sea rápido, porque mi marido... Ésta era la habitación de ellos. No hemos cambiado nada, no tenemos dinero para muebles nuevos. Son como eran. Feos a rabiar.

MUJER I: Quizá empiece por el desván. Lo miré desde fuera, allí arriba hay un ático. (*Unos pasos en la escalera*). Ah, no. No es un desván. Es una habitación abuhardillada; amueblada.

MUJER II: Cierto, está amueblada. No hemos cambiado nada.

MUJER I: Una cama, un armario, una mesa, una cómoda... Quiere decir que alguien vivió aquí.

MUJER II: Eso parece.

MUJER I: ¿Su marido nunca ha mencionado que sus parientes ocultasen a alguien?

MUJER II: No. No tenía relación con ellos. (*Tras un instante de silencio*). Kępinski era jardinero. Toda la vida bregó como un buey y terminó mal.

MUJER I: Lo sé. Me lo dijo el alcalde. Los dos se ahogaron en el lago durante una tormenta.

MUJER II: Exacto. Recibimos esta casa y el jardín en herencia. Si no fuera por eso, hoy viviríamos en la ciudad. No me lo perdonaré nunca. No me gusta el campo.

MUJER I: ¿Me permite abrir el cajón de la cómoda?

MUJER II: Adelante, ábrala, busque, pero que sea rápido.

MUJER I: (*Un instante después*). Aquí hay algunos papeles, pedazos.

MUJER II: Ah, ya lo ve: yo no he mirado esos cajones.

MUJER I: (*Pasado un momento*). Son cartas, trozos de una carta rota.

MUJER II: ¿Quizá la haya escrito su hermana?

MUJER I: (*Dudando*). Nnno, no... Mi hermana tenía doce años y esta carta está escrita con letra muy hecha. (*Lee*). «Querida mamá, mándame sin falta el jersey, aquel gris con rayas verdes, porque por la noche hace frío, y si pudieras también...». Sólo pedazos... (*Sigue leyendo*). «... Que no digan nada, sólo que den... tiempo primaveral... el agua en el lago es muy azul...».

MUJER II: Vete tú a saber... Ni siquiera se sabe quién lo escribió, si un hombre o una mujer... Por otro lado, quienquiera que lo escribiese tenía razón. Por las noches viene mucho frío del lago. Sólo que el agua es verde, no azul. (*Un momento más tarde, interesada*). ¿Qué más pone?

MUJER I: No lo puedo descifrar, la tinta se ha corrido.

MUJER II: Es por culpa de la humedad. Del lago. El reuma garantizado. ¡Se le ha antojado la vida en el campo a mi marido! Si, por lo menos, este aire le hiciera bien, pero ¡qué va! Chasquidos en los oídos, crujidos en las rodillas... ¿Y esos papeles?

MUJER I: Un trozo de vela, un vendaje, un monedero: está vacío. Un momento, otro

trozo más... La letra es diferente, menudita. Lo escribió otra persona. (*Lee*). «Ocurrió lo que temíamos... hoy por la mañana... de repente...».

MUJER II: ¿Qué «de repente»? ¿Qué le pasa?

MUJER I: (*Muy alterada*). «Ocurrió lo que temíamos...». Esto puede tener alguna relación con mi hermana. ¡Dios mío!, debo recomponer de algún modo estos fragmentos, descifrarlos. ¿Me entiende?: «Lo que temíamos»... Un momento.

MUJER II: ¿Y? ¿Piensa usted que lo escribió su hermana?

MUJER I: No, no es letra de una niña, pero quién sabe. Sólo que ella no tenía a quien escribir cartas... tal vez llevase su diario, qué sé yo. Estas hojas están hechas trizas. (*Lee*). «Camisa y botines también...».

MUJER II: (*Divertida*). ¡Botines!

MUJER I: (*Sin prestarle atención, sigue leyendo*). «Estaré siempre... hay que borrar cualquier huella...».

MUJER II: ¡Acabáramos! ¡Borrar las huellas! Y usted está buscando esas huellas...

MUJER I: (*Lee*). «Te beso, amor mío, tiernamente...». (*Con una voz desilusionada*). Creo que es una carta de amor...

MUJER II: Pudo haberse enamorado. Doce, trece años, ya es edad de enamoramientos.

MUJER I: No puedo descifrar nada más. Es una letra muy confusa y la carta ha sido destruida con tanta minuciosidad. Ah, ve usted... (*Lee*). «Yo te... cuida... niños...». «Cuida de los niños», seguramente.

MUJER II: Es el marido que escribe a su mujer. Un matrimonio con hijos. Los Kępinski no tuvieron hijos.

MUJER I: (*Pasado un largo momento*). Un momento... aquí hay algo más.

MUJER II: (*Con admiración*). ¡Usted sí que tiene buen ojo!

MUJER I: Esto no es una carta, es un recibo. (*Lee*). «Confirmo la recepción de tres botes de mermelada y diez huevos». (*Un momento después*). Probablemente es un mensaje cifrado...

MUJER II: Los partisanos quizá. En estos bosques había partisanos.

MUJER I: (*En voz muy alta de repente*). ¡En eso no he pensado! Dios, cómo pude... Ella pudo haber ido al bosque, quizá se la llevaran al bosque. No parecía judía... tenía largas trenzas rubias, ojos claros. Debo enterarme de si...

MUJER II: ¿Dónde se va a enterar? Sin nombre, ni dirección...

MUJER I: Buscaré. El alcalde seguro que sabrá algo.

III

ALCALDE: ¿Y qué pasa con esa Pokolska? ¿Qué dijo el doctor?

MUJER I: (*Excitada*). Todavía no he visto al doctor, estuve en casa de los Kępinski. ¿Sabe? En su casa se ocultaban partisanos...

ALCALDE: (*Secamente*). Pero usted está buscando a su hermana.

MUJER I: Sí, pero piénselo: mi hermana estuvo en casa de los Kępinski, lo sé. Ahora sé también que la gente de la resistencia se ocultaba allí, como ella. Encontré trozos de una carta y un recibo cifrado. Aquí está: «Confirmo la recepción de tres botes de mermelada y diez huevos». Esto está cifrado.

ALCALDE: (*Secamente*). ¿Y qué?

MUJER I: ¿Y si se fue con los partisanos al bosque? Ese Wiernik seguro que habló de los partisanos.

ALCALDE: En el 41 no hubo aquí ninguna resistencia.

MUJER I: Pero más tarde. Podía haberse ido con ellos al bosque. Me comprende... Por eso nadie...

ALCALDE: Puede ser, pero no es seguro...

MUJER I: Por favor, dígame quién de este pueblo estuvo en la resistencia.

ALCALDE: Varios estuvieron...

MUJER I: ¿Quién?

ALCALDE: ¿Quiere nombres? Eso ya es más difícil. Porque hubo diferentes grupos de

partisanos y ahora el que estuvo por aquí no está bien visto por las autoridades. Así que no puedo y no quiero darle nombres. La gente sufrió lo suyo, ahora quiere vivir en paz.

MUJER I: Yo también sufrí lo mío.

ALCALDE: Me imagino. (*Cambia de tema*). Y qué tal la mujer del contable, ¿estaba enfadada?

MUJER I: En absoluto, incluso resultó ser una persona amable. Se lo pido por favor: puede confiar en mí, no se lo diré a nadie.

ALCALDE: (*Firme*). No puedo, señora. Además, a decir verdad, ni siquiera sé a ciencia cierta quién y cómo. Y personalmente dudo muy mucho de que su hermana se hubiera ido con ellos al bosque, que la hubieran aceptado. Además de ser judía... era demasiado joven. Las niñas de trece años sólo son un estorbo. (*Un momento después*). ¿No ha encontrado nada más?

MUJER I: Trozos de cartas. En una de ellas alguien dice que ocurrió lo que temían. ¿Quizá alguien delató a los Kępinski porque ocultaban a una judía? Me habló de un registro...

ALCALDE: Aquella vez no encontraron a nadie. Ni siquiera se sabía qué o a quién estaban buscando.

MUJER I: Ese Kępinski tuvo que ser un hombre valiente.

ALCALDE: ¡Pero con un pronto que pa'qué! ¡Y jardinero! Si viera sus repollos. ¡Cabezas como torres de la iglesia ortodoxa! Y las bocas de dragón: ¡así de grandes! Les hablaba a las flores. ¿Por qué no? Si se puede hablar a los animales, por qué no a las flores.

IV

DOCTOR: Cierto, podré darle algo de información. Mi pariente lejana, Stanisława Pokolska tenía buenas relaciones con los Kępinski. Dicho sea de paso, era gente muy simpática, aunque él era increíblemente nervioso, neurasténico, con recaídas en la depresión. Supongo que conoce usted las circunstancias de la trágica muerte de ambos. Un accidente muy triste y... muy... Es que... Pero, volviendo a los asuntos de su interés: en abril de 1942 doña Stanisława Pokolska le entregó a Kępinski el

certificado de nacimiento de su sobrina, del mismo nombre y apellido. La niña tenía entonces cuatro años y estaba en el internado de las hermanas ursulinas en algún lugar cerca de Varsovia. Lo sé porque Stanisława me pidió consejo sobre si con ello ponía en peligro a su sobrina. Una tarde, después de volver de la casa de los Kępinski —en poco tiempo se hicieron muy amigos, lo cual era bastante sorprendente porque tenían fama de huraños y vivían apartados—, me contó lo de Kępinski, que tenía que traer en tren desde Varsovia a una joven y que para el viaje necesitaría unos documentos.

MUJER I: ¿Sólo para el tiempo del viaje?

DOCTOR: Sí, lo recuerdo muy bien. Se trataba de asegurar el viaje en tren. Stanisława le prestó el certificado —tuvo que ir a buscarlo al internado—, y luego se lo devolvieron.

MUJER I: ¿Y mi hermana?

DOCTOR: No tengo la menor idea de qué fue de ella. Kępinski nunca me habló de este tema. Sé que la trajo en la primavera de 1942, fue cuando Stanisława vivió en mi casa unos meses. Eso es todo. (*Una pausa*). Un momento... Stanisława me comentó una vez que había visto a la niña. Pasó por casa de los Kępinski al anochecer, para devolver un libro o pedir prestado otro; la puerta entre la cocina y la habitación estaba abierta. Allí, junto a la mesa, estaba sentada la niña. Recuerdo que Stanisława incluso se sintió ofendida por la reacción de Kępinski, que se levantó de un salto, cerró de golpe la puerta de la habitación y preguntó: «¿Por qué no llama a la puerta? ¿Quién entra sin llamar?». Se quedó, cómo decirlo, algo desconcertada por ese comportamiento, porque, para qué tantas historias si había sido ella precisamente quien le había facilitado el certificado. ¿Verdad? Pero creo que habló una vez más con él sobre el tema porque, cuando le pregunté si todavía tenían a la niña, me contestó: «Kępinski dice que no».

MUJER I: ¿Puedo pedirle la dirección de Pokolska?

DOCTOR: Pero, joven... Stanisława Pokolska está muerta. Murió aun antes de la insurrección.

MUJER I: ¿Y la sobrina?

DOCTOR: No sé nada de ella, ni siquiera llegué a conocerla. Además, ¿qué podría decirle? Probablemente no tuvo la menor idea...

MUJER I: De modo que sé lo mismo que antes. Estuvo aquí y nadie sabe qué le pasó.

DOCTOR: ¿Sabe usted? Le voy a dar la dirección de un hombre. Vive al otro lado del lago, en Polana. Este hombre —pescador y barquero— conocía muy bien a Kępinski. Quizá él sepa algo. Dígale que va de parte del doctor, ¿de acuerdo?

V

PESCADOR: Hmm... Viejos tiempos... Señora, ese Kępinski, que Dios le tenga en la gloria, era un espíritu inquieto. Cuidaba de sus rosas, plantaba coles, pero en su cabeza tenía... Pero que hubiera acogido a una judía, eso no lo sabía. Me dijo que había venido la hija del cuñado a pasar una semana, para comer, porque en la ciudad había hambre. (*Un momento después*). ¿Se puede saber qué tienen que ver usted, sus padres y Kępinski? Porque él no tenía a nadie en Varsovia, pocas veces iba allí.

MUJER I: No lo sé. Yo tenía entonces diecisiete años, no hablaban conmigo de estas cosas. No lo había visto jamás. Su nombre lo oí de boca de mi padre ya en otoño de 1942, cuando nos llevaban al campo de concentración. Mi padre me dijo entonces: «Eres joven, quizá sobrevivas. Recuerda, después de la guerra ve a Polana Dolna donde Józef Kępinski. Miła está en su casa».

PESCADOR: Ah, claro... Sé que trajo de Varsovia a una niña. Flaca, con trenzas. En la barca se sentó como un tronco; inmóvil. No me fijé en ella, además, estaba ya a punto de anochecer. Kępinski decía que había que alimentarla y echaba pestes de que para su mujer era un problema porque no estaba acostumbrada a los niños. Los trasladé a ambos de Polanka Górna a Polanka Dolna, los Kępinski vivían allí junto al lago, justo del otro lado.

MUJER I: ¿Y qué pasó con ella? ¿La vio alguna otra vez?

PESCADOR: Si era judía no la hubiesen tenido expuesta como en un escaparate. Nunca volví a verla. Y cuando volví a llevar a Kępinski, algunos días, quizá dos semanas, más tarde, pregunté si la sobrina ya había ganado un poco de carnes. «¿Qué sobrina?», preguntó. «Aquella niña; Józio, pero si os llevé a ella y a ti, aquella noche...». «¡Aah, Stasia!», se rio y dijo que había vuelto a casa y que con las gachas de su mujer había ganado dos kilos. (*Un instante después*). Jo, jo, que yo no me diese cuenta... Ese Kępinski... Cómo me engañó...

MUJER I: Los señores Kępinski murieron en 1944, algunos meses antes de la liberación.

PESCADOR: Fue el 2 de abril; por la mañana, ni una nube, y a mediodía se levantó un

viento de repente...

MUJER I: ¿Y ella? Estaba allí. *Estaba*. ¿Dónde está ahora?

PESCADOR: Usted pregunta como si viviera en la luna. ¿No sabe qué pasaba con la gente? Anda ya...

MUJER I: Sé que Kępinski estaba en contacto con los partisanos...

PESCADOR: ¿Con los partisanos? De eso no tengo ni idea.

MUJER I: Lo dice el alcalde.

PESCADOR: (*Interrumpe con desdén*). Vaya con el alcalde... El alcalde anduvo toda la vida a la gresca con Kępinski. Lo hubiera ahogado en una cucharada de agua.

MUJER I: Estuve en casa de los Kępinski. Encontré allí un justificante escrito por alguien de la resistencia.

PESCADOR: Kępinski, que Dios le tenga en la gloria, era un alma inquieta. Pero con la gente se mostraba huraño. No se confesaba ni delante del cura.

VI

JASIO EL BOBO: (*Tartamudeando, con voz jadeante*). ¡Señora! ¡Señora! Oí lo que hablaba con el pescador. Estaba ordeñando vacas y lo oí. Yo sé. Yo la vi.

MUJER I: (*Excitada*). ¿Quién es usted? ¿A quién ha visto?

JASIO EL BOBO: A esa chica... Ésa por la que usted ha preguntado. Yo lo sé... La vi...

MUJER I: Cuándo... Dios... ¿Quién es usted?

JASIO EL BOBO: Soy Jasio... (*Se ríe, bobalicón*). Jasio el Bobo. Yo la vi, a esa chica... de la que habló con el pescador...

MUJER I: (*Sorprendida, agitada*). ¿Ha visto usted a mi hermana? ¿Sabe qué pasó con ella?

JASIO EL BOBO: La vi. El domingo. Hacía calor. Iba al lago a bañarme. Estaba en la ventana.

MUJER I: ¿Dónde? ¿En qué ventana?

JASIO EL BOBO: (*Se ríe*). ¡Cómo que «en qué ventana»! La de Kępinski, claro. En el desván.

MUJER I: ¿Cuándo la vio? Se lo pido por favor... ¿Dios mío, cuándo fue?

JASIO EL BOBO: Cuando Hitler. Estaba en la ventana. En domingo. Hacía mucho calor, yo me iba a bañar en el lago. Pasé a través del jardín de Kępinski, porque el camino por allí era más corto, hacía calor y quería darme un baño. En domingo. Estaba en la ventana, detrás del cristal. La ventana estaba cerrada.

MUJER I: (*Sin aliento*). ¿Y qué... qué más?

JASIO EL BOBO: Entonces yo grité: «Y tú, ¿quién eres?». Entonces la Kępinski salió de la casa corriendo, me cogió de la mano, me llevó dentro y preguntó: «¿A quién está hablando Jasio?». «A la muchacha de la ventana, señora Kępinski». «Te lo habrás imaginado, allí no hay ninguna muchacha». «Cómo que no la hay, señora Kępinski, si la vi con estos ojos...». «Mira...», dijo, y me arrastró escalera arriba. El desván estaba vacío, no había nadie en la ventana. Pensé que me habría parecido algo por culpa del sol, porque hacía mucho calor. Fue un domingo. Llegó Kępinski, no dijo nada, sólo que me miraba así, como...

MUJER I: ¿Cómo...?

JASIO EL BOBO: Nada. Me miraba. (*Un instante después*). Pero, de todas formas, me pegó. Me dio una buena zurra.

MUJER I: ¿Por qué le pegó?

JASIO EL BOBO: No fue entonces, más tarde.

MUJER I: ¿Por qué?

JASIO EL BOBO: Porque pensaba que yo había dicho a los alemanes que escondía a judíos.

MUJER I: ¿Usted lo denunció? ¿A los alemanes?

JASIO EL BOBO: No lo denuncié. Palabra que no lo hice. Fue Burecki, el Ignac ése. Él estaba con los alemanes, tenía un kiosco en la estación. Vendía tabaco, cerveza... Él me decía: «Eres tonto, Jasio, pero tienes la cabeza sobre los hombros...». Cuando los alemanes huyeron, Ignac se fue con ellos. Eso.

MUJER I: (*Cortante*). ¿Y cómo sabía ese Burecki que Kępinski ocultaba a alguien? ¿Se lo dijo usted?

JASIO EL BOBO: (*Dudoso*). Supongo que sí... Se me escapó. Porque la vi otra vez en esa ventana. De noche. Fui allí para ver si la señora Kępinski me había engañado. Observaba la ventana sentado entre los arbustos. Una noche de luna llena, la ventana se abrió de repente y, en la ventana, apareció la misma chica... ¿Sabe usted? Ella me gustaba mucho... Desde la primera vez... esa chica. No pensaba nada malo, en absoluto. La ventana se abrió de repente y en la ventana estaba ella, con el pelo suelto, la cara blanca como en una estampita.

MUJER I: (*Conmocionada*). ¿Y usted...?

JASIO EL BOBO: Nada. Se quedó un rato en la ventana, luego la cerró. Quise llamarla, pero ya era demasiado tarde. Pasé toda la noche entre los arbustos. Me gustaba mucho.

MUJER I: (*Indignada, con ironía*). Y por eso la denunció ante Burecki...

JASIO EL BOBO: No denuncié. Palabra. Sólo se me escapó. Ni siquiera dije: «Judía». Fue Burecki quien dijo: «Esconden a una judía». Y mandó a los alemanes. Le tiraba mucho el dinero, porque entonces daban dinero y vodka por cada judío. Hubo un caso aquí cerca, en que por un comerciante de telas dieron quinientos zlotys y cinco litros de vodka.

MUJER I: Y los alemanes se la llevaron...

JASIO EL BOBO: Qué va. No la encontraron. Buscaron por toda la casa. Y ¿sabe usted? Burecki después amenazó a Kępinski y éste me sacudió en el culo. Durante dos días casi no podía ni arrastrar las piernas.

MUJER I: ¿Y qué pasó con ella? ¿No la volvió a ver más? Por favor, dígame la verdad, era mi hermana.

JASIO EL BOBO: Lo sé, la escuché cuando hablaba con el pescador. Sí, la vi otra vez. En la estación de Polana, sentada sobre el banco: esperando el tren.

MUJER I: (*Estupefacta*). ¿Esperando el tren? ¿Cuándo... cuándo? ¿No se equivoca?

JASIO EL BOBO: Cuando los alemanes se habían ido. Justo después de terminar la guerra. Sentada sobre el banco, esperaba el tren. La reconocí. Estaba sentada sobre el

banco, llevaba un pañuelo en la cabeza y una cesta al lado. Esperaba el tren, el de las seis de la tarde. En Polana para sólo un minuto. La vi sentada sobre el banco, a su lado estaba la cesta. Llevaba un bebé en brazos.

MUJER I: (*Atónita*). ¿Un be... bebé?

JASIO EL BOBO: Lo que estoy diciendo: un bebé.

MUJER I: No podía ser ella.

JASIO EL BOBO: Era ella, la misma. La reconocí enseguida, aunque su aspecto era, cómo decirlo, como diferente. Pero era ella. Me dejaría cortar la mano a que era ella.

MUJER I: (*Con la misma expresión de estupor*). ¿Con un niño...?

JASIO EL BOBO: Eso es. Con un bebé. El bebé estaba arropado con una mantita de cuadros. Ella llevaba el abrigo y el pañuelo. La miré detalladamente.

MUJER I: (*Incrédula*). ¿Con un niño? ¿De dónde habría sacado a ese niño?

JASIO EL BOBO: (*Suelta una risotada tonta*). Je, je, cómo que... Usted tiene que saberlo...

MUJER I: Quería decir: ¿de quién era ese niño?

JASIO EL BOBO: Suyo. Eso se veía. Ala, así le sujetaba. El tren llegó, ella se santiguó, subió y se fue.

VII

MUJER I: Señor doctor, estoy tan alterada... Usted era el único médico en los alrededores...

DOCTOR: (*Le interrumpe*). Catorce años y medio... Un caso raro, lo recordaría y no me acuerdo... Ese Jasio, querida señora, ese pobrecito huérfano... Ciertamente, es astuto, pero tiene una imaginación desbocada, como a menudo les ocurre a los deficientes que desean llamar la atención del entorno. Yo en su lugar trataría esa información con gran reserva.

MUJER I: (*Con impaciencia*). Pero yo presiento que dice la verdad.

DOCTOR: No lo pongo en duda. El hecho de que no hubiera atendido este parto no prueba que su hermana no haya tenido un niño. Pudo haber parido sin asistencia médica, también ocurre.

VIII

MUJER II: ¡Menuda historia! Quiere decir que, según lo que dijo ese Jasio bobalicón ha encontrado usted a su hermana... una huella viva. Aunque no hay que confiar en ello, porque si a alguien le llaman «Jasio el Bobo», por algo será. Quizá no sean más que sus fantasías.

MUJER I: La describió: pálida, con trenzas. Era ella. (*Tras un momento de silencio*). Vengo de nuevo tan sólo para subir una vez más arriba, al desván.

MUJER II: (*Desagradablemente sorprendida*). ¿Sospecha usted que sabemos algo que no queremos revelar? ¿Por qué llora?

MUJER I: Sólo quiero despedirme.

MUJER II: No comprendo... Despedirse... ¿de quién?

MUJER I: Bueno, yo misma no lo comprendo muy bien. Quiero despedirme de mi hermana y es el único lugar donde sé con seguridad que ha estado.

MUJER II: ¿Despedirse? Si ha sobrevivido, tarde o temprano la encontrará.

MUJER I: No... no creo que la encuentre. Precisamente ahora, cuando me enteré de que había sobrevivido, perdí la esperanza. Tantos anuncios en los periódicos, la radio, en diversos comités, y nada; silencio. Es muy extraño, pero precisamente ahora, cuando encontré una huella palpable, me ha dado la sensación de que no la encontraré nunca... que ella no me está buscando... No buscará... Que no quiere.

MUJER II: (*Después de un prolongado silencio dice secamente, en tono firme*). ¿Sabe? Yo no sirvo para este tipo de historias porque yo pienso en línea recta, no con meandros. Si vive, aparecerá. Sólo que yo, en su lugar, no tendría fe en los tontos. Así de claro.

MUJER I: Subiré un momento. Tengo el tren dentro de media hora. El mismo que cogió ella. A las seis de la tarde.

MUJER II: (*Concreta*). El mismo porque no hay otro. (*Se oyen unos pasos en la escalera, el susurro del lago. Un momento después*). Empólvase un poco la cara, está tan llorosa que da pena. ¡Ah! Mi marido. Se va usted en buen momento, tengo que poner las patatas en el fuego.

IX

MUJER II: ¿Sabías que el tío ocultaba aquí a una judía?

MARIDO: No tenía ni idea. Por otro lado, es una historia muy rara...

MUJER II: ¿Rara? ¡Ésa sí que es buena! Como si sólo una o dos personas hubiesen desaparecido y no se supiese dónde están. ¡Pero ella creyó a ciegas al tontaina ése!... (*De repente en otro tono*). ¿Qué te pasa? ¿Por qué no comes?

MARIDO: (*Despacio, sopesando las palabras*). ¿Sabes? Recordé algo. Cuando vine aquí por primera vez después del accidente de los tíos... (*Estupefacto*). Ahora me acuerdo de un detalle: delante de la casa había una cuna de madera... Me extrañó mucho porque los tíos no habían tenido hijos, ni nietos, y la casa estaba cerrada y abandonada desde hacía algunos meses. Sí. Recuerdo que me extrañó mucho: ¿una cuna? Pensé que tal vez hubiese alguien en la casa. Grité: «¡Hola! ¿Hay alguien aquí?». Nadie contestó. Y, por supuesto, dentro no había nadie. Me olvidé completamente de eso. (*Un momento más tarde*). ¿Dónde está ella?

MUJER II: Ya se ha ido a la estación. Son las seis. Se va ahora mismo.

X

(*Se oye el traqueteo de un tren acercándose. El tren llega a la estación, se detiene, la locomotora de vapor resopla. Un instante después el silbido da la señal de salida. Se oye el traqueteo de las ruedas, primero lento, luego cada vez más rápido. Al mismo tiempo se dejan oír los pasos de un hombre que corre detrás del tren*).

JASIO EL BOBO: ¡Se... señora, yo quiero de... decirle algo... algo mmmuy impor... importan... te! (*Su voz se debilita*). Decirle algo importante... Decir...

(*El traqueteo del tren se aleja. Cae el silencio*).

Pieza para cuatro voces y basso ostinato.

LA MESA

FISCAL, 34-40 años

GRUMBACH, 50 años

MUJER I, 45 años

ZACHWACKI, 60 años

MUJER II, 35 años

El escenario está oscuro y vacío. La luz ilumina únicamente al testigo, sentado en la silla, y al fiscal sentado detrás del escritorio. El fiscal habla en tono amable y oficial, jamás levanta la voz.

I

FISCAL: ¿Ha descansado ya, señor Grumbach? ¿Podemos volver a nuestros asuntos? ¿Dónde nos quedamos? (*Un momento después*). Ah, sí... De modo que usted recuerda bien que allí había una mesa.

GRUMBACH: Sí. Una mesita pequeña.

FISCAL: ¿Mesita, no mesa? ¿Cuántas personas pueden sentarse alrededor de una mesa de ese tamaño?

GRUMBACH: ¡Qué sé yo! Hoy me resulta difícil decirlo.

FISCAL: ¿De qué tamaño era? ¿Un metro? ¿Ochenta centímetros? ¿Cincuenta?

GRUMBACH: Una mesa pequeña. Hace tantos años... Además, en un momento como aquél, quién se hubiera fijado en una mesa...

FISCAL: Lo comprendo, lo comprendo, por supuesto, pero también debe usted comprenderme, señor Grumbach: cada detalle es extremadamente importante. Debe comprender que sólo por el bien de la causa lo molesto con tantos detalles.

GRUMBACH: (*Resignado*). Que sean ochenta centímetros. Quizá noventa...

FISCAL: ¿En qué sitio estaba esta mesa, o mesita? ¿Por el lado derecho o izquierdo de la plaza, mirando desde el ayuntamiento?

GRUMBACH: Por el lado derecho de la plaza del mercado mirando desde las oficinas del ayuntamiento. Así es.

FISCAL: ¿Está seguro?

GRUMBACH: Sí. (*Después de un momento*). Vi cuándo la trajeron.

FISCAL: Quiere decir que, en el momento en que usted llegó a la plaza, la mesa aún no estaba allí.

GRUMBACH: No. (*Pasado un instante*). O quizá sí estaba allí... Sabe usted... no me acuerdo. Quizá viese cómo la trasladaban de un sitio a otro. ¿Pero, señor fiscal, es importante si la traían o la llevaban...?

FISCAL: Por favor, piense.

GRUMBACH: ¿Cuántos años ha? Veinticinco. Y usted me pide que recuerde tales pequeñeces. A lo largo de veinticinco años no pensé ni una sola vez en esa mesa.

FISCAL: Sin embargo, hoy, durante su relato, usted, por propia iniciativa, y no inducido por ninguna pregunta, dijo: «Estaba sentado detrás de la mesa». Piénselo y dígame lo que vio al entrar en la plaza.

GRUMBACH: ¿Qué vi? Yo llegué desde el lado de la calle Rózana, de modo que del otro lado, porque Rózana está por la parte opuesta de la plaza del mercado. Me chocó el silencio... Fue mi primer pensamiento: tanta gente y tanto silencio. Avisté un grupo de conocidos, entre otros el boticario Weidl, así que me acerqué y pregunté a Weidl: «¿Qué cree, licenciado, que harán con nosotros?». Y él me contestó: «Querido señor Grumbach...».

FISCAL: Ya lo ha mencionado; no nos alejemos del tema. ¿Qué es lo que vio en la plaza?

GRUMBACH: La plaza parecía negra de tanta gente como había.

FISCAL: Antes dijo que la gente reunida en la plaza se hallaba al fondo de la misma, enfrente del ayuntamiento, y que entre los reunidos y el edificio había espacio libre, vacío.

GRUMBACH: Conforme.

FISCAL: De modo que la definición «la plaza parecía negra de tanta gente como había» no es del todo exacta. Este espacio libre, vacío, diferenciándolo del espacio ocupado

por la multitud, digamos que era blanco. Sobre todo porque, como mencionó, por la noche había nevado.

GRUMBACH: Conforme, señor fiscal.

FISCAL: Ahora, señor Grumbach, piense si en ese espacio libre, blanco, vio a alguien o algo.

GRUMBACH:... Kiper sentado en la silla golpeaba sus botas con la fusta.

FISCAL: Quisiera llamar su atención sobre el hecho de que ninguno de los testigos hasta ahora ha mencionado que Kiper anduviese con una fusta. ¿Está seguro de que Kiper se golpeaba las botas con dicha fusta?

GRUMBACH: A lo mejor era un palo o una ramita, en cualquier caso sí que se golpeaba las botas con algo. Eso lo recuerdo bien. A veces uno recuerda pequeñeces... Junto a él estaban Hamke y Bondtke, y fumaban. Alrededor de la plaza había gendarmes y ucranianos. Muchos, hombro con hombro.

FISCAL: Sí, eso ya lo tenemos. De modo que usted recuerda que Kiper estaba sentado en una silla.

GRUMBACH: Con toda seguridad.

FISCAL: Asumiendo que en la plaza había una silla, ¿debemos suponer que había una mesa también?

GRUMBACH: Mesa... Un momento... mesa... No. Porque precisamente esta silla me pareció tan... Un momento... No, no había mesa allí. Sacaron la mesita después. Ahora lo recuerdo bien. Dos gendarmes sacaron la mesita de las oficinas del ayuntamiento.

FISCAL: (*Aliviado*). Vamos, por fin algo concreto. ¿Qué hora podía ser?

GRUMBACH: (*Con tono de reproche*). Señor fiscal...

FISCAL: Piénselo.

GRUMBACH: ¿La hora? Por Dios, no lo sé. Salí de casa a las seis y cuarto, eso lo sé. Pasé por la casa de mi tía en la calle Poprzeczna; esto me llevó diez minutos, luego seguí por la calle Miodna, luego Krótka, Okólna y Mickiewicz. En Mickiewicz me escondí unos minutos en el portal de una de las casas porque había oído disparos. Mi trayecto duró alrededor de media hora.

FISCAL: ¿Cuánto tiempo pasó desde su llegada a la plaza hasta el momento en que vio usted a los gendarmes sacando una mesita del ayuntamiento?

GRUMBACH: No mucho. Digamos media hora.

FISCAL: Es decir, que alrededor de las siete y cuarto los gendarmes sacaron a la plaza una mesa. Una mesita.

GRUMBACH: Así es. Ahora recuerdo que Kiper les indicó con la fusta dónde tenían que poner la mesita.

FISCAL: Marque en el plano que acaba de confeccionar el lugar donde los gendarmes depositaron la mesa. Con una cruz o un círculo. Gracias. (*Satisfecho*). Perfecto. Kiper está sentado en la silla, los gendarmes traen la mesa. El largo de la mesa: probablemente ochenta centímetros. ¿En qué dirección orientaron la mesa? Digamos, ¿en qué posición con referencia a Kiper sentado en la silla? ¿Delante de él? ¿A su lado?

GRUMBACH: No lo sé. No pude verlo.

FISCAL: Verlo, pudo haberlo visto, si vio cuando traían la mesa; quizá no se acuerde. ¿Se acordará de en qué lugar estaba sentado Kiper? ¿Detrás de la mesa? ¿Al lado? ¿Delante?

GRUMBACH: Por supuesto que detrás de la mesa. Se trae una mesa para que la persona que la está esperando se siente detrás. Se sentó detrás de la mesa. Normal.

FISCAL: ¿Solo?

GRUMBACH: Cómo fue al principio, no lo sé. No estaba mirando en esa dirección incesantemente. Pero después, y eso lo sé, ya estaban todos presentes: Kiper, Hamke, Bondtke, Rossel, Kuntz y Wittelman.

FISCAL: (*Lentamente*). Kiper, Hamke, Bondtke, Rossel, Kuntz y Wittelman. En su declaración de hace un año no mencionó usted ni a Rossel ni a Wittelman.

GRUMBACH: Puede ser que me hubiese olvidado de ellos. Ahora recuerdo que también estuvieron allí.

FISCAL: ¿Estaban todos sentados detrás de la mesa?

GRUMBACH: No, no todos. Algunos estaban de pie, al lado.

FISCAL: ¿Quién estaba sentado?

GRUMBACH: Yo vi sentados a Kiper, Hamke, Bondtke y Kuntz. Los otros se quedaron de pie. Eran más de una decena: no recuerdo los nombres.

FISCAL: ¿Cómo estaban sentados, uno junto al otro?

GRUMBACH: Sí.

FISCAL: ¿Pueden sentarse cuatro hombres adultos, uno junto al otro, a una mesa de ochenta centímetros de largo?

GRUMBACH: No lo sé. Quizá la mesa fuese más larga, quizá no fuese suficiente para todos. En cualquier caso sé que estaban sentados en una sola fila.

FISCAL: ¿Quién leía los nombres de la lista?

GRUMBACH: Hamke o Bondtke.

FISCAL: ¿Cómo se hizo?

GRUMBACH: La gente se acercaba a la mesa, sacaba sus *Arbeitskartas*^[42].

FISCAL: ¿Era Kiper quien realizaba la selección?

GRUMBACH: Sí, con toda seguridad.

FISCAL: ¿Durante toda la operación de lectura de los nombres, Kiper no se movió de su sitio? ¿No se levantó de la mesa?

GRUMBACH: No lo sé. Quizá se levantara. No le estuve mirando sin cesar. Duró mucho. Y además... ¿qué importancia tiene?

FISCAL: Siento molestarle con detalles aparentemente sin importancia. Es decir, que es posible que Kiper se hubiese levantado y alejado de la mesa, y que eventualmente abandonase la plaza.

GRUMBACH: No puedo darle una respuesta concreta. No estuve mirando todo el tiempo a Kiper. Puede ser que se hubiese levantado de la mesa. No se puede descartar. Sin embargo, era él quien mandaba en la plaza del mercado. Él y nadie más. Y fue él quien mató a la madre con el niño.

FISCAL: ¿Lo vio con sus propios ojos?

GRUMBACH: Sí.

FISCAL: Describa, por favor, ese incidente.

GRUMBACH: La mujer no era de nuestra ciudad, así que no sé ni su nombre ni su apellido. Era joven, trabajaba en la fábrica de ladrillos. Tenía una niña de diez años, se llamaba Mala. Recuerdo el nombre de la niña, era una niña muy mona. Cuando leyeron el nombre de la mujer se acercó a la mesa con su hija cogida de la mano. Kiper le devolvió la *Arbeitskarta* y la mandó a la derecha, pero a la niña le ordenó ir a la izquierda. La madre empezó a implorar para que la dejara con ella: se negó. Entonces ella dejó su *Arbeitskarta* sobre la mesa y se fue con la niña a la izquierda. Kiper la llamó y preguntó si sabía qué consecuencias traía el no cumplimiento de la orden, y primero disparó a la niña y luego a la madre.

FISCAL: ¿Vio usted el momento del disparo?

GRUMBACH: Vi a la mujer cuando se acercaba con la niña a la mesa. Vi cómo estaban de pie delante de Kiper. Un momento después oí dos disparos.

FISCAL: ¿Dónde estaba en ese momento? Por favor, indíquelo en el plano. Con una cruz o un círculo. Gracias. Estaba usted cerca de la farmacia. ¿Cuánta distancia podía haber entre la mesa y la farmacia?

GRUMBACH: Treinta metros, a lo mejor cincuenta...

FISCAL: En tal caso, no pudo haber oído la conversación entre la madre y Kiper.

GRUMBACH: Es cierto. No oía lo que estaban diciendo, pero veía que la madre estaba intercambiando algunas frases con Kiper. Era perfectamente claro que estaban hablando. La situación estaba completamente clara. Cualquiera podía comprender sin palabras lo que pedía la madre. Vi después cómo la madre depositó su *Arbeitskarta* sobre la mesa y se dirigió con la niña a la izquierda. Oí cómo Kiper las llamó. Se dieron la vuelta.

FISCAL: Volvieron y se detuvieron delante de la mesa, ¿sí?

GRUMBACH: Así es.

FISCAL: Eso quiere decir que tapaban a aquellos sentados detrás de la mesa, o al menos a algunos de los que estaban sentados detrás de la mesa.

GRUMBACH: Es posible. No me acuerdo muy bien de eso. En cualquier caso, vi cómo

se acercaron otra vez a la mesa, un momento después hubo dos disparos, las vi caídas en el suelo. La gente que estaba cerca oyó claramente que Kiper preguntaba si conocía las consecuencias del no cumplimiento de una orden.

FISCAL: En aquel momento, ¿Kiper estaba sentado o de pie?

GRUMBACH: No me acuerdo...

FISCAL: Así que usted no le vio en el momento de los disparos. ¿Vio un arma en su mano? ¿Qué tipo de arma era? ¿Una pistola? ¿Una metralleta?

GRUMBACH: Disparó con una pistola. Eran disparos de pistola.

FISCAL: ¿Vio la pistola en la mano de Kiper?

GRUMBACH: No. Quizá la madre y la hija lo tapaban con sus cuerpos, o quizá yo estuviese mirando a las víctimas y no al asesino. No lo sé. Pero vi algo que, además de otros indicios, confirma que disparó Kiper, y no otro.

FISCAL: ¿Qué ocurrió entonces?

GRUMBACH:... Entonces, inmediatamente después de los disparos, cuando la madre y la hija yacían en el suelo, vi con mis propios ojos cómo Kiper se frotaba las manos, como si quisiese limpiarlas de la suciedad, las sacudió con un gesto de repulsión. Jamás olvidaré ese gesto.

FISCAL: (*Resumiendo*). De modo que usted, señor Grumbach, vio a Kiper sentado detrás de la mesa en compañía de Hamke, Bondtke, Rossel y Kuntz. Seguidamente, vio a Kiper haciendo selección y a Kiper sacudiéndose las manos justo después de los disparos que habían terminado con la vida de la madre y la hija. En cambio, no vio arma en la mano de Kiper ni el momento del disparo. ¿Es así?

GRUMBACH: Sea como fuere, afirmo con total convicción que el asesino de la madre y la hija es Kiper.

FISCAL: ¿Estaba Kiper sentado detrás de la mesa cuando leyeron su apellido?

GRUMBACH: (*Dudando*). Fui uno de los últimos en ser llamado. Mi *Arbeitskarta* la recogió, y luego devolvió, Bondtke. No recuerdo si Kiper estaba presente. Yo estaba medio muerto en aquel momento.

FISCAL: Por supuesto. ¿Qué hora podía ser cuando pronunciaron su nombre?

GRUMBACH: ¿Hora? Por Dios... no lo sé... Fue ya después del mediodía.

FISCAL: ¿Fue testigo de otros asesinatos cometidos ese día?

GRUMBACH: El número de fusilados en la ciudad ascendía a cuatrocientas personas. El grupo de no trabajadores fusilados en el cementerio, a ochocientos.

FISCAL: ¿Vio usted que alguno de los funcionarios de la Gestapo matase a alguien de un disparo?

GRUMBACH: No.

FISCAL: ¿Estuvo en el grupo encargado de enterrar a las víctimas en el cementerio?

GRUMBACH: No.

FISCAL: ¿Quiere añadir algo más con referencia a aquel día?

GRUMBACH: Sí.

FISCAL: Por favor.

GRUMBACH: Era un día soleado y frío. Había nieve en las calles. La nieve estaba roja.

II

MUJER I: Era domingo. Lo recuerdo con exactitud. Cuando iba hacia la plaza tañían las campanas de la iglesia. Era domingo. El domingo negro.

FISCAL: ¿Así llamaban después a aquel día?

MUJER I: Sí.

FISCAL: Algunos de los testigos afirman que el nombre era «domingo sangriento».

MUJER I: (*Secamente*). El nombre no tiene importancia, creo. Sangriento lo fue, sin duda, sin sombra de duda. Después decían: cuatrocientos muertos sólo en la ciudad... Las calles estaban cubiertas de nieve dura, aplastada: estaba roja de sangre. El peor de todos era Kiper...

FISCAL: Vaya despacio. Presente por orden los acontecimientos que ocurrieron en la

plaza.

MUJER I: A las seis nos ordenaron salir de las casas y dirigirnos a la plaza del mercado. Primero decidí no ir y corrí al desván. Allí había una ventanita: miré por ella. Vi cómo, por las calles Różana, Kwiatowa, Piękna y Mickiewicz, la gente caminaba en dirección a la plaza. Mientras estaba mirando por la ventanilla, de repente vi a dos SS saliendo de la casa vecina. Habían permanecido en ella un momento, luego salieron. Sacaron a rastras al matrimonio de ancianos Weintal. La señora Weintal estaba llorando. Lo veía perfectamente. Era gente muy mayor. Tenían una papelería. Aquellos dos SS les ordenaron ponerse de cara a la pared de la casa, y a continuación les dispararon.

FISCAL: ¿Sabe usted cómo se llamaban aquellos dos SS?

MUJER I: No. Uno era flaco y alto. Tenía una cara horrible. Quizá le reconociera en una foto. Una cara así no se olvida. Pero eran SS locales, porque aquel día no había en la ciudad ninguno de fuera. Era su obra, de los locales. Cuatrocientos asesinados en la calle, otros tantos en el cementerio.

FISCAL: Despacio. De modo que usted vio cómo los dos SS sacaron al matrimonio Weintal y lo pusieron contra la pared. Usted vivía en la calle Kwiatowa. ¿Aquella casa estaba situada también en la misma calle Kwiatowa?

MUJER I: Yo vivía en la calle Kwiatowa número 1, la casa de la esquina. Los Weintal vivían en una casa situada en la calle Różana.

FISCAL: ¿Qué número?

MUJER I: Eso no lo sé, no me acuerdo.

FISCAL: ¿Vio usted cuál de los SS les disparó? ¿El alto o el otro?

MUJER I: Eso no lo pude ver porque cuando les ordenaron ponerse de cara a la pared ya supe qué iba a pasar y no pude mirarlo. También tenía miedo. Me aparté de la ventanilla. Tenía mucho miedo.

FISCAL: ¿Vio después al matrimonio Weintal en el suelo, muertos?

MUJER I: Les dispararon desde dos metros de distancia, supongo que sabían disparar.

FISCAL: ¿Vio después los cuerpos de esta gente?

MUJER I: No. Bajé corriendo desde el desván porque temí, y con razón, que buscaran

por las casas a quienes se hubiesen escondido, pero no salí a la calle sino, por la salida trasera, al jardín y, de allí, dando un rodeo, llegué a la plaza del mercado.

FISCAL: ¿Reconocería a aquellos dos SS en las fotos?

MUJER I: Puede que sí. A ese alto y flaco creo que sí. Una cara así no se olvida...

FISCAL: Mire este álbum. Contiene fotos de funcionarios de la Gestapo en su ciudad, pero también fotos de personas que nunca habían estado allí.

MUJER I: (*Hojea, y un momento más tarde*). Aquí, ése...

FISCAL: ¿Es uno de aquellos que vio por la ventanilla?

MUJER I: No, éste es ese terrible asesino... Es Kiper. Sí, a éste lo recuerdo, es él, con toda seguridad.

FISCAL: Vea todas las fotos.

MUJER I: (*Hojea. Añade*). No, no encuentro esa cara. Lo siento.

FISCAL: Dijo usted «terrible asesino». ¿Fue testigo del asesinato cometido por Kiper?

MUJER I: (*Se ríe*). ¿Testigo? Bromea. Los testigos de sus asesinatos están muertos.

FISCAL: Sin embargo, hay quien le vio disparar.

MUJER I: Yo también. Por ejemplo, en la plaza. Disparando a la multitud, así de simple.

FISCAL: ¿Sabe usted a quién mató entonces?

MUJER I: No lo sé. Éramos más de mil personas en la plaza. Pero le vi: corría como enajenado y disparaba. Él y también los otros. Por ejemplo, Bendtke.

FISCAL: ¿Cuándo fue?

MUJER I: Por la mañana. Antes de la selección. Y posiblemente durante la selección también. No me acuerdo. Sé que disparaban a la multitud, sin más.

FISCAL: ¿Quién leía los nombres de la lista?

MUJER I: Uno de los SS. No sé cómo se llamaba.

FISCAL: ¿Cómo se realizó la operación?

MUJER I: Simplemente leían los nombres y la gente iba a la derecha o a la izquierda. A la izquierda significaba la muerte.

FISCAL: ¿Quién hizo la selección?

MUJER I: Estaban todos ellos: Kiper, Bendtke, Hamm, Rossel...

FISCAL: ¿Cuál de ellos revisaba las *Arbeitskartas*?

MUJER I: No me acuerdo.

FISCAL: ¿Quién le ordenó ir a la derecha? ¿Kiper? ¿Bendtke? ¿Hamm? ¿Rossel?

MUJER I: No me acuerdo. En un momento así... ya sabe... En un momento así, cuando no se sabe... si cara o cruz... No miraba sus caras. Todos tenían la misma cara para mí. ¡Todos! ¿Qué más da si Kiper o Bendtke, si Hamm o Rossel? ¡Estaban todos allí! Eran diez, o quizá hasta quince asesinos. Estaban de pie formando un círculo, con las metralletas colgadas del cuello. ¿Qué más da cuál de ellos? ¡Todos daban órdenes, todos disparaban! ¡Todos!

FISCAL: Por favor, tranquilícese. Siento muchísimo tener que molestarla con tantas preguntas detalladas. Pero ¿sabe usted? Tan sólo podemos condenar a aquel de quien probemos el crimen. Usted dice: todos los de la Gestapo local. Pero pudo haber ocurrido que uno hubiera estado de vacaciones precisamente aquel día, o, digamos, que tuviera guardia en la *Dienststelle*^[43]. Y que no disparara.

MUJER I: Todos disparaban. Si no aquel día, otros. Durante la segunda o la tercera *Aktion*, durante la liquidación...

FISCAL: La ley exige pruebas. Y yo, en calidad de fiscal, se las solicito. Le pido los nombres de los asesinos, los de las víctimas, las circunstancias de los asesinatos cometidos. De lo contrario, estaré impotente.

MUJER I: (*En voz baja, aterrada*). Dios mío...

FISCAL: ¿Perdón?

MUJER I: Nada, nada.

FISCAL: Piense, por favor, cuál de ellos dirigía la selección en la plaza.

MUJER I: Todos participaron en la selección. Kiper, Bendtke, Hamm, Rossel. Formaban un semicírculo...

FISCAL: ¿De pie? ¿Todos de pie? ¿O quizá alguno estaba sentado?

MUJER I: No señor, estaban de pie. Además, ¿es eso importante?

FISCAL: Muy importante. ¿Recuerda que en la plaza había una mesa con algunos gestapos sentados detrás? Los demás estaban de pie junto a la mesa.

MUJER I: ¡¿Mesa?! No la recuerdo. No había ninguna mesa allí.

III

ZACHWACKI: He aquí el plano. La plaza del mercado tenía forma de trapecio. En su parte superior estaban las oficinas del ayuntamiento, un bello edificio antiguo, fundado por un magnate polaco en el siglo XVIII. El orgullo de la ciudad. La plaza era inclinada, descendía hacia la verdadera plaza del mercado, donde se hallaban las tiendas. Parecía que el edificio del ayuntamiento reinaba sobre la ciudad. A la izquierda, restos de muralla defensiva; es allí donde estaban todos aquellos despojados de su tarjeta de trabajo, eventualmente aquellos que no la tenían. Fíjense, las calles se expanden en forma de estrella. Aquí la Różana, aquí Sienkiewicz, después Piękna, después Male Targi, después Nadrzeczna —aunque no había río en la ciudad, puede ser que en el pasado por allí hubiera fluido alguno— y Zamkowa. Todas las calles que he marcado pertenecieron después al gueto, con la excepción de Piękna. Detrás de la calle Male Targi se hallaba el cementerio. Así fue. Allí los fusilaron. La calle Nadrzeczna, que lindaba con el cementerio, era en realidad una calle habitada por la población polaca, no obstante, fue anexionada al gueto, y precisamente por el cementerio. Porque el cementerio desempeñaba un papel de importancia en nuestras vidas de entonces. Entre Różana y Sienkiewicz se encontraban los comercios. Primero la farmacia de Weidl, a quien mataron en el campo, después la ferretería de Rosenzweig, asesinado de un tiro durante la segunda *Aktion*. Después el almacén de telas de Kreitz, el restaurante y hotel de los Hauber —eran los más ricos de la ciudad y su hija vivía en Canadá—, Różana y otras dos tiendas coloniales, una pegada a la otra: Blumental y Hochwald. Toda su vida compitieron entre ellos y ahora descansan en la misma tumba. Así es, señor fiscal... Puedo dibujarle cada piedra, describir a cada persona... ¿Sabe cuántos quedamos con vida?

FISCAL: Cuarenta.

ZACHWACKI: ¿Cómo lo sabe?

FISCAL: Son mis testigos.

ZACHWACKI: ¿Los encontró a todos? ¿Los interrogó a todos?

FISCAL: A casi todos, pero todavía no a todos. Y no interrogaré a todos. Algunos de los testigos viven en los EE UU; éstos serán interrogados por las autoridades consulares y, llegado el caso, serán llamados al juicio. Dos viven en Australia, uno en Venezuela. Quisiera pedirle detalles sobre la selección durante la primera *Aktion*. ¿Se acuerda de cuándo fue?

ZACHWACKI: Por supuesto. Fue un domingo, en diciembre, a finales del mes. Era un día soleado y gélido. La naturaleza, señor fiscal, también estaba en contra de nosotros. Se burlaba de nosotros. Sí, así es. Si hubiera habido lluvia, o viento fuerte, quizá no hubieran estado disparando de la mañana a la noche. Ya estaba oscureciendo cuando llevaron a aquéllos al cementerio. Ah... Usted pide pruebas... La nieve en las calles de la ciudad estaba roja. ¡Roja! ¿No le basta con eso?

FISCAL: Lamentablemente, señor Zachwacki, la nieve no es prueba para los jueces, sobre todo una nieve que se derritió hace veinticinco años.

ZACHWACKI: La nieve estaba roja... El domingo sangriento... Cuatrocientos cincuenta cadáveres en las calles. ¿¡No es una prueba!? Vaya allí, ordene abrir las fosas comunes...

FISCAL: Estoy hablando de la selección. ¿Quién la hacía?

ZACHWACKI: Kiper... Criminal, asesino. Era el peor. No soy capaz de mantenerme tranquilo... No... Permítame que encienda un cigarrillo... Son asuntos... Tengo sesenta años, la tensión alta... Ese criminal.

FISCAL: ¿Cómo sabe que era Kiper quien hacía la selección?

ZACHWACKI: ¿Cómo? Yo mismo le entregué mi *Arbeitskarta*. Me miró de reojo y chilló: *Rechts!* Me mandó a la derecha, lo que quería decir que estaba salvado. Salvado hasta la próxima.

FISCAL: Describa, por favor, esta escena con más detalle.

ZACHWACKI: Estaba lejos de él, ya que cualquiera de nosotros procuraba estar lo más

lejos posible de él, como si eso pudiera servir de ayuda. Yo estaba junto al hotel de los Hauber. Era la una de la tarde. La campana de la iglesia sonó una vez: ¡dong!, y como en la plaza reinaba el silencio, las campanas se oían nítidamente, aunque la iglesia se halla en otra parte de la ciudad, junto a Wały Książce. Llevaban ya una hora leyendo nombres. De repente oigo: ¡Zachwacki!

FISCAL: ¿Quién pronunció su nombre?

ZACHWACKI: Uno de los gestapos, pero no sé cuál de ellos.

FISCAL: ¿No vio quién sujetaba la lista en las manos?

ZACHWACKI: Señor fiscal, me exige demasiado. Hubo lista porque de ella leían los nombres, pero no la vi. Si uno viera una escena como ésa en el teatro quizá podría describirla con todo detalle. Eso, aquello, lo otro. ¿Pero cuando la tragedia ocurre en la vida? ¿Tengo que mirar una lista cuando mi vida pende de un hilo? Estaba allí, de pie, con mi mujer. Ella tenía la *Arbeitskarta* de la serrería, era un buen sitio; yo de la cementera. Tampoco malo. Cuando pronunciaron mi nombre, mi mujer me agarró de la mano: «¡No nos separemos!», gritó. A nuestro lado estaba el doctor Gluck, un buen médico, ya viejo. Le dijo a mi mujer: «Señora Zachwacka, tranquilícese, su marido tiene una buena *Arbeitskarta*, relájese...». Y ella repetía lo suyo: «No quiero separarme», dijo, «porque ya no nos veremos más», dijo, «tengo miedo...». Tuve que arrancarme de sus manos, literalmente, me agarraba con tanta fuerza... Lo que es el instinto, la intuición. Ya no volví a verla. A todas las mujeres que trabajaban en la serrería las mandaron a la izquierda... (*Carraspea*).

FISCAL: (*Tras un breve silencio*). ¿Qué pasó después?

ZACHWACKI: Salí apresuradamente de la multitud. Entre nosotros y ellos había un espacio, unos treinta metros, y había que atravesar la plaza vacía. Primero, lo recuerdo, me propinaron una patada; me encogí y corrí para llegar cuanto antes a la puerta de la oficina del ayuntamiento. Cuando saqué mi *Arbeitskarta*, la mano me temblaba como la hoja de un chopo temblón, aunque no soy cobarde. ¡Eso no!

FISCAL: ¿A quién le dio su *Arbeitskarta*?

ZACHWACKI: Ya se lo he dicho: a Kiper. La abrió, la leyó, me la devolvió y chilló: *Rechts!* Yo era joven, grande y fuerte. Me concedió la condicional.

FISCAL: ¿En el momento de entregar la *Arbeitskarta* Kiper estaba sentado o de pie?

ZACHWACKI: De pie, con las piernas muy separadas, la metralleta en el pecho, la cara

abotargada, roja...

FISCAL: ¿Y el resto de ellos?

ZACHWACKI: No les veía. No recuerdo si alguno de ellos estaba cerca de Kiper.

FISCAL: ¿Veía la mesa?

ZACHWACKI: Por supuesto que sí. Pero la mesa estaba un poco más lejos, a la derecha, como apartada de todo aquello que estaba ocurriendo allí.

FISCAL: ¿Una mesa pequeña?

ZACHWACKI: Todo lo contrario. Era una gran mesa alargada de madera de roble, como las que podemos encontrar, digamos, en los monasterios. Es muy posible que fuese una de las antiguas mesas que pertenecían al mobiliario del ayuntamiento.

FISCAL: Larga, dice usted. ¿Qué tamaño, más o menos, podría tener?

ZACHWACKI: Qué sé yo... dos, tres metros... Los de la Gestapo estaban sentados detrás de ella hombro con hombro, era un grupito bastante numeroso. Bendtke estaba sentado, Rossel estaba sentado: me acuerdo de esos dos. Y había por lo menos seis más.

FISCAL: ¿No se fijó en que también Kiper había estado sentado detrás de la mesa y el procedimiento de revisar las *Arbeitskartas* se desarrolló en la mesa?

ZACHWACKI: No me fijé. Cuando me llamaron a mí, Kiper estaba de pie, a unos metros de distancia de la mesa.

FISCAL: ¿Quién, según usted, dirigía la operación?

ZACHWACKI: Kuntze. Era de mayor rango.

FISCAL: ¿Le vio en la plaza? ¿Dónde?

ZACHWACKI: No recuerdo si vi a Kuntze. Probablemente estaba sentado detrás de la mesa. Pero yo recuerdo sólo a Bendtke y Rossel.

FISCAL: Cuando llegó usted a la plaza ¿la mesa ya estaba allí?

ZACHWACKI: Sí.

FISCAL: ¿Quién estaba sentado detrás?

ZACHWACKI: Nadie.

FISCAL: Algunos afirman que Kiper estaba sentado en una silla incluso antes de que hubiesen traído la mesa, y que después estaba sentado detrás de la mesa en el sitio central. Recogía las *Arbeitskartas* sentado.

ZACHWACKI: Es posible. Todo es posible. Cuando me llamaron, Kiper estaba de pie.

FISCAL: Señor Zachwacki, ¿recuerda usted el incidente con la madre e hija muertas de un disparo en la plaza?

ZACHWACKI: Afirmativo. Eran Rosa Rubinstein y su hijita Mala. Procedían de otra ciudad, se instalaron en la nuestra ya después del estallido de la guerra. Las conocía.

FISCAL: ¿Quién las mató y en qué circunstancias?

ZACHWACKI: Yo estaba ya en el grupo de los que iban a trabajar, por el lado derecho de la plaza, al lado del pozo.

FISCAL: Marque el sitio en el plano, por favor. Con una cruz o un circulito. Gracias. En este punto estaba el pozo, dice usted. Hasta ahora nadie ha mencionado ese pozo...

ZACHWACKI: Era un viejo pozo, de madera, con una cerca también de madera. Alrededor, en semicírculo, crecían los árboles. De repente oí un disparo, los que estaban más cerca dijeron que acababan de matar a Rosa Rubinstein y a su hijita. Al parecer, las mandaron a las dos al lado izquierdo, pero fueron al derecho. Decían que Kiper corrió detrás de ellas y disparó.

FISCAL: Usted se expresó: oí un disparo. ¿Oyó un único disparo?

ZACHWACKI: Eso dije. Pero si era un disparo, o dos, o tres, me cuesta afirmarlo. Seguro que disparó al menos dos veces...

FISCAL: ¿Vio usted con sus propios ojos el momento del disparo?

ZACHWACKI: No. Vi los cuerpos en el suelo. Yacían una junto a otra. Después el *Ordnungsdienst* se las llevó. Quedó una mancha roja en la nieve.

FISCAL: ¿Usted perteneció al grupo que después ayudaba a enterrar a las víctimas?

ZACHWACKI: Así es. Hubo tantas víctimas que el *Ordnungsdienst* tuvo que coger a veinte hombres para ayudar. Cuatrocientas cincuenta personas de la ciudad fueron asesinadas durante los registros de casas y en la plaza. A ochocientas cuarenta las fusilaron en el cementerio. Entre ellos, a mi mujer, señor fiscal...

FISCAL: (Pasado un momento). Pero ¿no vio usted con sus propios ojos ningún asesinato? ¿Puede decir: vi con mis propios ojos cuando éste mató a tal?

ZACHWACKI: Vi mil trescientas víctimas. La fosa tenía treinta metros de largo, tres de alto, cinco de profundidad.

IV

MUJER II: No, no estuve en la plaza. Porque yo trabajaba como limpiadora en la Gestapo, y cuando todos se dirigían a la plaza, mi madre me dijo: «Inténtalo, quizá te dejen quedarte en el trabajo». Cogí el cubo, el trapo y el cepillo y me despedí de mis padres en la esquina de las calles Mickiewicz y Różana. Nosotros vivíamos en la de Mickiewicz. Mis padres siguieron su camino, yo doblé en Różana, di unos pasos cuando, de repente, vi a Rossel y Hamke delante. Me asusté, de un salto me metí en el primer portal, ellos pasaron sin haberme visto. Después los vi entrar en la casa número 13. Yo seguí.

FISCAL: ¿Quién vivía en esa casa?

MUJER II: No lo sé; era muy joven, tenía trece años, aunque había dicho tener dieciséis para que me cogieran para el trabajo. Era una suerte. Entonces la Gestapo andaba por las casas buscando a quienes no habían salido a la plaza, y cuando encontraban a alguien disparaban en casa, o en la calle...

FISCAL: ¿En la casa del 13 vivía la familia Weintal?

MUJER II: ¿Weintal? No, no he oído hablar de los Weintal. Me pasé todo el día en la Gestapo, es decir, escondida: conocía el edificio y sabía dónde podía esconderme. Se puede decir que tuve suerte.

FISCAL: ¿Qué gestapos estaban ese día en el edificio?

MUJER II: Eso no lo sé. Me escondí en el trastero junto a la escalera que conducía al sótano, al final del pasillo, donde estaba la puerta de salida al patio. Una vez me pareció oír la voz de Wittelman, creo que estaba hablando con alguien por teléfono y

gritaba muchísimo.

FISCAL: ¿En el periodo de su trabajo en la Gestapo fue testigo de ejecuciones?

MUJER II: Sabía que las había y sabía dónde. Pero nunca vi cómo fusilaban: tenía miedo y, en cuanto traían a alguien, me escondía, me quitaba de su vista; tenía miedo de que me fusilaran a mí también. Los mataban junto a la cerca.

FISCAL: ¿Qué cerca?

MUJER II: Detrás del edificio había un patio rodeado de una cerca, y detrás de la cerca había un foso. Allí les disparaban, y luego venía el *Ordnungsdienst* y se llevaba los cuerpos de los asesinados. Sólo una vez vi cómo se llevaban al médico muerto. Se llamaba Gluck. Pero eso fue después de la primera *Aktion*, en primavera. En otra ocasión vi a un grupo de gestapos saliendo al patio e inmediatamente después oí una serie de metralletas.

FISCAL: ¿A quién vio entonces?

MUJER II: Eran Bondtke, Rossel, Hamke y Wittelman.

FISCAL: ¿Todos juntos?

MUJER II: Sí, todos juntos. Yo estaba entonces fregando la escalera que conducía al sótano.

FISCAL: ¿La serie de disparos que oyó procedía de una sola metralleta o de varias?

MUJER II: Eso no lo sé. No pensé en ello. No supuse que alguien algún día me lo preguntaría. Puede ser que disparase uno, puede ser que dos... Puede ser que se turnasen... qué sé yo...

FISCAL: ¿Cuándo fue?

MUJER II: Fue antes de la primera operación, en otoño, creo...

FISCAL: ¿Sabe a cuántas personas fusilaron entonces? ¿Conoce los nombres de ellos?

MUJER II: No lo sé. No vi cómo se llevaban sus cuerpos, sólo una, o dos veces, por casualidad, llegué a ver cómo se llevaban a los muertos... No sé a quién mataron entonces...

FISCAL: ¿Y no le sucedió nunca ver a un gestapo disparando?

MUJER II: No. Trabajé allí solamente hasta la segunda *Aktion*, no aguanté más, preferí ir al campo... Los días normales eran buenos conmigo, no me hacían daño. Una vez Bondtke me dio cigarrillos. El más educado era Kiper. Era un hombre inteligente, igual que Kuntze. Porque el resto, para nada. Kiper tenía muchos libros en la habitación. Exigía flores frescas en el florero cada día. Una vez no traje flores: me gritó. Una vez rompió el florero y sólo porque las flores estaban marchitas. Sobre el escritorio de su cuarto había una foto de una elegante mujer con un perro. Pero el que tenía perro era Hamke. Yo preparaba la comida para ese perro. Se llamaba Roosevelt. Un perro lobo, adiestrado. Despedazó al niño del boticario Weidl. Oí cómo se jactaba Hamke: *Roosevelt hat ein Jüdlein zum Frühstück bekommen*^[44]. Se lo dijo a Kiper. Kiper hizo una mueca de disgusto. Kiper no soportaba a Hamke y se peleaba con Bondtke. En general, se mantenía apartado. No bebía. Aquel domingo volvió el primero...

FISCAL: ¿Cómo sabe que era Kiper? ¿Le vio?

MUJER II: Oí su voz.

FISCAL: ¿Con quién hablaba?

MUJER II: Se hablaba a sí mismo. Parecía como si recitara un poema. Al menos sonaba así. Después se dirigió a su cuarto y se puso a tocar el violín. Se me olvidó decir que era músico de profesión. Bondtke se reía de él y le llamaba *Gestapogeiger*^[45]. No entiendo de música, pero me parecía que tocaba muy bien. Le oí algunas veces. Siempre lo mismo. No sé qué melodía era, no entiendo de música.

FISCAL: ¿Lo vio aquel día?

MUJER II: No, sólo oí cómo tocaba.

FISCAL: ¿Qué hora era?

MUJER II: No sé. Estaba anocheciendo.

FISCAL: ¿En el edificio de la Gestapo se oían disparos procedentes del cementerio?

MUJER II: No sé. Quizá no. El cementerio está en la calle Male Targi y la Gestapo en la plaza de Świąty Jerzy. Lejos. Pero en silencio, en aire puro...

FISCAL: Cuando Kiper volvió, ¿oía usted disparos?

MUJER II: No se lo puedo decir. Porque me ocurrió que aquel domingo, y también

algunos días después, oía disparos sin parar y mis padres pensaban que me había vuelto loca. Decía sin cesar: «¿Oís? Están disparando...», y corría a esconderme. Mamá me llevó a Gluck, que me dio unos polvos, pero no surtieron efecto. Sólo pasada una semana dejé de oír disparos. Eran nervios.

FISCAL: ¿Cuándo volvieron los otros gestapos?

MUJER II: Eso no lo sé. Cuando oscureció salí a hurtadillas por el patio y volví a casa. La ciudad estaba vacía como si no quedara nadie vivo en ella. Me sorprendió que la nieve estuviese negra. Era sangre. Donde más sangre había era en las calles Sienkiewicz, Piękna y Różana. En la plaza del mercado tampoco encontré a nadie. Estaba vacía. En medio de la plaza había una pequeña mesa rota, patas arriba, tirada.



Ida Fink nació en Polonia en 1921 y estudió música hasta la ocupación nazi. Confinada en un gueto durante 1942, sobrevivió a la guerra utilizando papeles falsos. En 1957 emigró a Israel, donde trabajó en una biblioteca musical y donde murió en septiembre de 2011. Ida Fink es también autora de *El viaje*, una colección de cuentos que recibió el Premio Anna Frank de Literatura. En 1995 recibió también el Premio Yad Vashem, el más alto reconocimiento a la literatura sobre el Holocausto. En 2008, el director de cine Uri Barbash dirigió la película *Spring 1941*, basada en su trabajo.

Notas

[1] Los *pierogi* son uno de los platos más típicos de la cocina polaca: consisten en una pasta rellena de diferentes tipos y variedades de verduras que posee alguna similitud con los ravioli o las empanadillas. (Todas las notas al pie de esta edición son de la traductora). <<

[2] «Entonces, vámonos» en alemán. <<

[3] «Más rápido, más rápido». <<

[4] «Se lo ruego, se lo ruego». <<

[5] «Mira, es tan fácil...». <<

[6] *Kasha* es un plato típico eslavo que se compone de cereales, posee alguna similitud con el *porridge* inglés o con las gachas, y puede elaborarse con distintos cereales: trigo sarraceno, avena, cebada, mijo y centeno. Es uno de los platos más antiguos de la cocina eslava, pues ya se elaboraba hace unos mil años. <<

[7] «Abran, fuera, vamos» en alemán. <<

[8] «Posada, taberna» en alemán. <<

[9] «Oh, Heidelberg, bella ciudad». <<

[10] «Mi pequeña, querida mamá». <<

[11] «¡Vive Dios!». <<

[12] «En la patria, en la patria». <<

[13] «No puedo». <<

[14] «¡A levantarse, niños!» en alemán. <<

[15] En los campos de concentración, se denominaba *musulmán* a quien estaba totalmente desnutrido, lo cual afectaba a sus capacidades físicas y mentales, y le llevaba a perder toda dignidad humana: eran personas que habían llegado a un estado total de deterioro y degradación, sin poder mantener siquiera la conciencia de sí. Los otros prisioneros de los campos, que no se encontraban en ese estado (aún), los consideraban como *muertos en vida*. Para un acercamiento más profundo al significado de este término y sus consecuencias morales y políticas, véase: Primo Levi, *Si esto es un hombre*, Barcelona, El Aleph editores, 2010; y Giorgio Agamben, *Lo que queda de Auschwitz*, Valencia, Pre-Textos, 2010. <<

[16] «Coquería» en alemán. <<

[17] *Stammlager* quiere decir aquí el campo de concentración central, es decir, la unidad administrativa superior, de la cual dependen uno o varios campos anejos, en algunos casos muy alejados del principal. <<

[18] «Prisionero». <<

[19] «¡Al tonel!». <<

[20] «¡Ya basta!». <<

[21] «El trabajo os hará libres», famosa inscripción que se encontraba a la entrada del campo de concentración de Auschwitz. <<

[22] Un tipo de carroza tirada por caballos, similar a una calesa, destinada a los viajes, muy ligera y que solía tener un techo descapotable. Su nombre en polaco procede del nombre austríaco: *bristzschka*. <<

[23] Palabra que designa a los «desplazados, huidos, refugiados» en ruso. <<

[24] «¿Profesión?» en alemán. <<

[25] «Profesor». <<

[26] «¡Larga vida a una Ucrania libre!» en ucraniano. <<

[27] «Muerte» en alemán. <<

[28] «Jefe del distrito administrativo». <<

[29] El Preußische Ostbahn era la línea ferroviaria de las provincias del este del Reino de Prusia: Brandemburgo, Pomerania, Poznan, Prusia Oriental y Prusia Occidental. Establecía, por tanto, la conexión entre Berlín y ciudades como Danzig o Königsberg (hoy en Polonia, entonces parte del Reino de Prusia). La primera parte de la línea se abrió en 1851. Tras la Primera Guerra Mundial, con la firma del Tratado de Versalles, que reconocía la independencia polaca, parte de esta línea estuvo bajo el control de Polonia. Los conflictos que surgieron entre este país y Alemania en el periodo de entreguerras por el control de dicha línea ferroviaria forman parte de las causas que el gobierno nazi esgrimió para justificar la invasión de Polonia. El 22 de enero de 1945 salió el último tren de Königsberg con destino a Berlín. <<

[30] «Mar, en el mar hay un barco...» son las primeras palabras del manual de hebreo para los inmigrantes. <<

[31] En polaco, Miła significa «simpática, encantadora». <<

[32] Zamarła Turnia (2179 msnm) es una de las cumbres de los montes Tatra o Tatras (en polaco y eslovaco *Tatry*), que forman una cordillera en la frontera de Polonia y Eslovaquia y son el sector de mayor altitud de los Cárpatos. <<

[33] «Un entorno maravilloso». <<

[34] «¿Se va?». <<

[35] «Vino, mujeres y canciones». <<

[36] «Una niña muy dulce» en alemán. <<

[37] *Judenrat* es el nombre que recibían, en alemán, los consejos judíos de gobierno de los guetos establecidos por los nazis en varios lugares, y especialmente en el territorio del Gobierno General de Polonia, la parte de Polonia ocupada pero no anexionada por Alemania. <<

[38] Hedwig Courths-Mahler (1867-1950) es una autora alemana de novela romántica que escribió más de doscientos relatos y novelas que tuvieron gran éxito de público.

<<

[39] «Están apaleando judíos». <<

[40] Se trata de una cita del poema «Al anochecer» del poeta modernista polaco Boleslaw Leśmian. <<

[41] «Fuera los padres» en alemán. <<

[42] «Tarjetas de trabajo»: en el original, esta palabra, originalmente alemana, está «polonizada». <<

[43] «Las oficinas, la administración». <<

[44] «Roosevelt se ha desayunado a un pequeño judío» en alemán. <<

[45] «El violín de la Gestapo». <<